CARAS Y CARETAS



PURA QUIMICA

Irigoyen. — Por más vueltas que le doy, no encuentro la forma de unir estos colores.
Gómez. — Echele


LIPTON
COSECHEROS DE TE CAFE Y CACAO CEYLAN
PROVEEDORES DE TE
POR MANDATO ESPECIAL
DE SU MAJESTAD
EL REY DE INGLATERRA.
TÉ EXTRA FINO. MEZCLADO
PROVENIENTE DE LOS PAISES QUE PRODUCEN LOS MEJORES TES
CALIDAD Nº 1
¼ lb = 115 GRAMOS
CALIDAD Nº 1
TÉ LIPTON
El único
cuyo tipo no ha variado
y cuya calidad no ha
desmejorado.
Hoy más que nunca:
"EL MEJOR QUE
LA TIERRA
PRODUCE"
UNICOS IMPORTADORES:
MOSS & Cía.
BUENOS AIRES

COMENTARIOS

Le cuentan que Salinas
al final de sus cartas pone *Vale*.
—¡Miren con lo que sale!—
grita airado Lencinas:—
Cuando lucirme quiero,
yo pongo *Vale cuatro,* y le supero.

* * *

Si algún ministro habló, no fué Torello.
No hay que insistir en ello.
No sabemos de fijo
quien diablos fué el que dijo:
—Puede hacer lo que quiera
la oposición aleve,
¡mientras que no me quite la cartera
todo el mil novecientos diez y nueve!

* * *

—Año nuevo... No me atrevo
a usar el sable que llevo—
dice el Ministro de Hacienda
Y añade con voz tremenda:
—¡Año nuevo, sable nuevo!

* * *

Ciertos polvos de arroz sueles usar
que son lo más atroz
que se pueda en el mundo imaginar.
Se acerca uno y te quiere saludar
y esos polvos de arroz
le hacen estornudar.

* * *

Habla un joven que se halla sin empleo:
—Con esto que me pasa
voy a perder el juicio.
Ni el patrón de mi casa
me levanta el bloqueo
ni el sastre me concede un armisticio.

* * *

—Le fastidian, le inquietan,
le censuran, le aprietan,
le hacen pasar disgustos, pesadumbres...
—¡Oh, tiempos! ¡Oh, costumbres!
Hoy ya ni a los apóstoles respetan.

* * *

Al ver a los diputados
radicales distanciados,
dice el menos perspicaz
que el Congreso, según esos,
no puede ser el Congreso
de la Paz.

* * *

Si no lo remedia Dios,
será, tras de lo ocurrido,
el radical un partido,
"partido por gala en dos".

* * *

—Vea a aquel usurero que, impasible,
explota a un desgraciado. ¡Qué impudencia!
Ese tiene más negra la conciencia
que el bigote de Crotto.
—Es imposible.

* * *

—¿A ti que te trajeron
los Reyes?
—Un Carlitos
de barro, muy gracioso.
—A mí un fusil magnífico.
—¿Y a ti, Laurita?
—Un frasco
de aceite de ricino.

* * *

A un diputado "desopilante"
le escuchan todos con impaciencia,
porque están hartos de su elocuencia
gelatinosa y edulcorante.

* * *

—Pues el año pasado—
Llambías exclamó—
¡qué contenta a la gente hemos dejado
entre la gripe y yo!

* * *

Como cansa y destruye el organismo
gobernar hábilmente las naciones,
se toma Clemenceau unas vacaciones
y Pueyrredón lo mismo.

* * *

Ve que el entusiasta se hace disidente,
ve cuantos disgustos pasa el Presidente,
ve que algo tremendo
tiene que ocurrirle necesariamente;
y, esas cosas viendo,
se sonríe Crotto bonachonamente.

* * *

Atrácase en Pekín cierto magnate
de mosquitos con salsa de tomate.
Y en el mismo lugar un desdichado
delira por el perro escabechado.
Cosa que hace decir a sus vecinos:
—¿Por qué hay en China chinos tan cochinos?

* * *

Hojas del árbol caídas,
se las trata con despego
y en tabaco convertidas,
hay quienes se las fuma luego.

* * *

Esta pregunta siempre va "in crescendo":
—El gris, el desteñido, el misterioso,
el esfumado, el mudo, el nebuloso
Gómez ¿qué estará haciendo?

* * *

Viendo un drama espeluznante,
gritó un crítico dogmático
radical recalcitrante:
—Eso es del horripilante
género Melo-dramático.

Correo sin estampilla

V. L. E. — Buenos Aires. —
Aquí como en cualquier parte
se divaga en los cuartetos,
se hace igual en los tercetos,
y en eso consiste el arte
de escribir malos sonetos.

K. — Buenos Aires. —
Vea, usted que desprecia al que es rico
y simula admirar al obrero
y se finge sencillo y sincero,
es un Gorki del género chico.

D. G. I. — Buenos Aires. —
No vamos a aceptar su indicación;
pero le agradecemos la intención.

P. Q. — Buenos Aires. —
No hay en el orbe un cristiano
que a **P. Q.** pueda aguantar
cuando se obstina en cantar
como un grillo wagneriano.

E. G. — Buenos Aires. —
«... soy un hombre perdido que se agrieta a fuerza de arrastrarse por el suelo.»

¡Un hombre que se agrieta! ¡Cómo le admira el resto de la humanidad que no se agrieta!

C. P. G. — Buenos Aires. —
Que el kaiser muera de sed,
que le arranquen el ombligo,
todo ello está bien, amigo;
pero sus versos de usted
son demasiado castigo.

D. P. N. — Buenos Aires. —
Es bueno oir los chismes de quien los trata,
porque son muchas veces interesantes:
—¿A qué van los copleros a Mar del Plata?
—A poner en remojo los consonantes.

E. V. M. — Buenos Aires. —
Crea que de ningún modo
llegará a ser «colorista»
mientras no olvide del todo
su prosa de oficinista.

M. J. G. — Buenos Aires. —
Ante la patulea
que se dedica al verso y a la prosa
vamos a terminar por una cosa:
que escriban todos y que nadie lea.

R. R. P. — Luján. — No.

Ernestina. — Lobería. — La receta culinaria nos ha llenado de admiración. Es usted una «doctora en pescado frito».

N. S. M. — Rosario. — No.

L. L. — Rosario. —
Al escribir, otro día,
sea en serio, sea en broma,
no trate usted al idioma
con tan poca cortesía.

X. Z. — Montevideo. — No.

C. A. P. — Montevideo. — «... pronosticar en uno de estos dos sentidos: si hay en mí garra de escritor o uña de agricultor». No somos profetas.

Banquete dado por la colonia italiana, en los salones de la «Sociedad Rural», celebrando la victoria de las armas aliadas.


Violeta
Parfumerie théâtrale
Polvo graseoso Leichner
MARQUE DÉPOSÉE
POLVO GRASEOSO DE LEICHNER
Obsequio del Polvo Graseoso
LEICHNER
$ 4.650 en EFECTIVO = 1.287 PREMIOS
Los propietarios del afamado Polvo Graseoso LEICHNER, queriendo agradecer el constante favor que las damas vienen dispensando a su exquisito producto, han resuelto obsequiar $ 4.650 m/n. c/l. distribuídos en 1.287 premios, bajo las siguientes
BASES Y CONDICIONES
1 Gran Premio.............................. $ 500.—
1 Segundo premio............................ » 250.—
2 Terceros premios, de $ 100 c/u............ » 200.—
5 Cuartos premios, de $ 50 c/u.............. » 250.—
10 Quintos premios, de $ 25 c/u.............. » 250.—
50 Sextos premios, de $ 10 c/u............... » 500.—
100 Séptimos premios, de $ 5 c/u............. » 500.—
1000 Octavos premios, de una caja de Polvo Graseoso LEICHNER, de $ 1.50.................... » 1.500.—
1169 $ 3.950.—
y los siguientes premios adicionales para aquellas personas que envíen la mayor cantidad de cuartetas, sean o no premiadas:
1 Gran Premio, de........................... $ 200.—
1 Segundo premio, de........................ » 100.—
2 Terceros premios, de $ 50 c/u............. » 100.—
4 Cuartos premios, de $ 25 c/u.............. » 100.—
10 Quintos premios, de $ 5 c/u............... » 50.—
100 Sextos premios, de una caja del Polvo Graseoso LEICHNER, de $ 1.50 c/u.................. » 150.—
118 $ 700.—
Total de premios: 1.287 — Total: $ 4.650
Para optar a estos premios, las condiciones son las que siguen: Remitir una cuarteta haciendo referencia al Polvo Graseoso LEICHNER, la que debe ser escrita en castellano.
Cada cuarteta debe venir acompañada con la mitad adherida a la estampilla fiscal que indica (Polvo Graseoso Leichner y firma) que traen adheridas cada caja de Polvo (ver indicación al pie para mejor entendimiento).
No será tomada en cuenta ninguna cuarteta que no se ajuste a estas condiciones.
El primer premio, de $ 500.—, será otorgado al mejor verso (cuarteta), y en orden de mérito los siguientes premios.
No habrá división de premios y el jurado será formado por redactores de «Caras y Caretas», «Atlántida», «Mundo Argentino», «Fray Mocho» y «El Hogar», cuyo fallo será inapelable.
Todas las contestaciones deberán ser dirigidas a «Concurso obsequio del Polvo Graseoso LEICHNER» a/c de «Caras y Caretas», Chacabuco, 151, Buenos Aires.
La casa Mendel y Cía. se reserva el derecho de publicar o no las cuartetas, y semanalmente se publicarán algunas. Este concurso queda abierto desde la fecha y se clausurará indefectiblemente el 31 de marzo de 1919, a las 6 p. m.
MENDEL y Cía. - Bolívar, 879 - Buenos Aires
El Polvo Graseoso
LEICHNER
deleita a las damas con su exquisita fragancia

CONSULTORIO DE CARAS Y CARETAS

Todas las preguntas que se nos hagan respecto a Artes, Ciencias, Historia, Geografía, Curiosidades, etc., serán contestadas en esta sección. — Las preguntas deben ser formuladas en forma breve y clara; las publicaremos con la firma y domicilio del remitente. — Confiamos en la buena voluntad de nuestros lectores para que cuando sepan algo de lo que se pregunta, envíen la respuesta, que publicaremos con la firma del remitente.

N.º 1419. — La práctica del beso, considerada desde el punto de vista simbólico, ¿es muy antigua?

RAMÓN SOES. — Capital.

Es práctica generalmente seguida por los soberanos en sus visitas de Estado, cambiar estrecho abrazo seguido de un sonoro beso, que, en muchas ocasiones, está muy lejos de nacer al calor de los afectos particulares o de las meras simpatías personales.

Ese beso, no es, en efecto, sino una ceremonia más del complicado ritual cancilleresco, un símbolo que indica al profano en esas prácticas de la diplomacia, la igualdad de rango de las personas que de él hacen uso ante la mirada curiosa de la galería. De ahí que únicamente se besen en sus encuentros los soberanos entre sí, y nunca soberanos y príncipes, o reyes y presidentes de repúblicas. Tan sólo ha habido, en la larga serie de visitas regias registradas de veinte años a esta parte, una excepción a esa práctica: el beso dado por el zar Nicolás II al presidente Faure, cuando éste último llegó a Petrogrado, y que repercutió en todas las cancillerías europeas con alarmantes sonoridades democráticas, puesto que hasta entonces el saludo de ceremonia entre un monarca y un presidente de gobierno republicano se había limitado a un apretón de manos, sin más requilorios afectivos.

Esto del beso oficial, del beso fríamente ceremonioso, que ningún parentesco tiene con el beso engendrado por el cariño, es achaque antiguo. En la antigua Grecia, los iniciados en los misterios de Eleusis se besaban en señal de hermandad y de coparticipación de conocimientos, práctica que heredaron los primeros cristianos y que llevaban a cabo en sus místicos ágapes, hasta que Inocencio III la prohibió para evitar escándalos.

Cuando la república romana se convirtió en imperio, introdujeron los césares la costumbre de que, a su advenimiento al trono, besasen la punta de su sandalia sus dignatarios y el pueblo, en demostración de acatamiento; costumbre copiada desde el siglo VII o VIII por los Papas, y que aun subsiste en el Vaticano, si bien ha habido un Pontífice, Pío X, que intentó abolirla a raíz de su elección.

En la Edad Media se conoció el "beso feudal", que era el que el señor daba a su vasallo, como muestra de agradecimiento, cuando éste le rendía pleito homenaje. Y era, además, señal del recíproco auxilio que debían prestarse uno a otro, y del firme propósito de cumplir sus deberes.

Por aquella época existían también los llamados "beso de paz" y "esponsalicio", dado el primero en el acto de reconciliarse ante el juez dos enemigos, y el segundo por los prometidos esposos en confirmación simbólica de los esponsales contraídos.

Antes del siglo XV, los monarcas estaban obligados a ir a besar la sandalia del Papa, de acuerdo con una costumbre establecida por el emperador Justiniano, quien al entrar en Constantinopla, en el año 710, se postró humildemente ante el Pontífice Constantino y posó sus labios en el pie del augusto jefe de la iglesia católica. A partir de la época antes expresada, los soberanos abandonaron esa forma de salutación en sus visitas al Papa, limitándose a besarle el anillo, si de monarcas católicos se trata, y la mano si pertenece a la iglesia reformada.

Otra manifestación del beso oficial es la costumbre de los besamanos en algunas cortes europeas con motivo de los cumpleaños y fiestas onomásticas de los reyes. En Inglaterra, los arzobispos, embajadores y ministros plenipotenciarios, así como los grandes dignatarios de la corte, besan la mano al rey al terminar la audiencia en que éste les notifica su nombramiento o la concesión de alguna gracia o condecoración. La misma práctica se sigue en las cortes de Rusia, Austria, Alemania, Turquía, Suecia y Noruega y Dinamarca.

Un besuqueo oficial bastante agradable, era el que subsistió en Inglaterra hasta comenzar el reinado de Eduardo VII. Toda esposa o hija del par, al ser presentada en la corte, debía ser besada en la mejilla por el soberano, y si la presentación se efectuaba en el castillo de Dublín, correspondía usar del dulce privilegio, en nombre del monarca, al virrey o "Lord-Lieutenant". Mucho habrán lamentado los presuntos gobernantes de la Verde Erín la supresión del ósculo de referencia, pues sabido es que las irlandesas son, por lo general, muy bonitas.

Para terminar, diremos que el antiguo y galante ademán de besar la mano a las señoras, puesto en moda por los cortesanos de Catalina de Médicis, como símbolo de rendimiento y apasionada devoción, se practica hoy todavía entre las familias aristocráticas de Alemania, Austria y Rusia, así como en ciertas casas nobles del "faubourg" Saint-Germain, de París, apegadas a todo lo que trasciende a antiguo régimen.

———o———

N.º 1420. — ¿De qué clase de hongos se saca tinta para escribir?

ESTUDIANTE. — Capital.

Los "coprinos" son hongos de la familia de los agaricáceos, y entre sus numerosas especies europeas, es muy conocido el "Coprinus atramentarius", que crece con abundancia en los prados, en los ribazos y bordes de los caminos, jardines, y, en general, en terrenos abonados y húmedos, donde haya excrementos o materias orgánicas en descomposición, de lo cual le viene su nombre genérico (del griego κόπρος excremento, estiércol), así como el nombre específico ("atramentarium", el tintero) lo recibe de la singular propiedad de "convertirse en tinta".

En efecto, este hongo, fácil de reconocer por su sombrerillo en forma de campana, de 3 a 6 ctms. de anchura y recubierto por una especie de polvo brillante, es primeramente blanco, luego gris o rojo, y, por último, después de una efímera existencia, se resuelve rápidamente en un líquido negro, semejante a la tinta. Para obtener en abundancia este líquido — que debe su color negro al de las numerosas esporas que contiene — basta recoger los coprinos y meterlos en una botella, dentro de la cual, y en el espacio de un par de días, se transforman en un magma negro, que filtrado a través de un lienzo no muy tupido, constituye una tinta de buena calidad, negra o azulada obscura, comparable a la tinta china. Si acaso resultara algo clara, se la deja reposar, y luego se separa por decantación el líquido transparente que ocupa la superficie. Añadiéndole una pequeña cantidad de goma arábiga, y un poco de esencia de clavo, que le quita el mal olor, conserva la fluidez durante largo tiempo.

Algunas veces se ha recomendado el empleo de esta tinta en documentos notariales o en otros en que es de temer una falsificación, pues con el microscopio es fácil distinguir las esporas que la colorean, y los falsificadores no sospechan que el documento puede estar escrito con tinta diferente de la ordinaria. Aparte de esto, en todos los casos es útil el empleo de esa tinta, que tiene la cualidad de ser indeleble, y recientemente se ha recomendado en Francia, para prevenir la escasez de las tintas ordinarias. Se ha de agitar antes de usarla.

Otros coprinos, como el "C. comatus", que crece en los pasturajes, tiene también la misma propiedad.

———o———

N.º 1421. — ¿Qué seudónimo usó La Bruyere cuando publicó su célebre obra "Caracteres"?

FELIPE RUIZ. — San Isidro.

La Bruyere alcanzó bastante tarde la celebridad; tenía ya cuarenta y tres años, cuando dió a la estampa sus "Caracteres". Se publicaron sin nombre de autor, bajo la apariencia modesta de una simple adición a la obra del filósofo griego Teofrasto y con este título: "Los Caracteres de Teofrasto, traducidos del griego, con los caracteres y costumbres de este siglo.

La afición a las máximas y a los retratos, nacida en los salones de la sociedad culta, se hallaban entonces en moda. Las "Máximas" de la Rochefoucauld, la "Recopilación", de Mademoiselle (1659) y todas las descripciones de caracteres individuales que llenaban las novelas, las comedias y hasta los sermones del siglo.

Todo el libro de La Bruyere se hallaba constituído por máximas y retratos.

La obra tuvo un éxito sin precedentes. Las tres primeras ediciones fueron arrebatadas en el mismo año; seis años más tarde aparecía una octava edición; el autor preparaba una novena, cuando le arrebató la muerte.

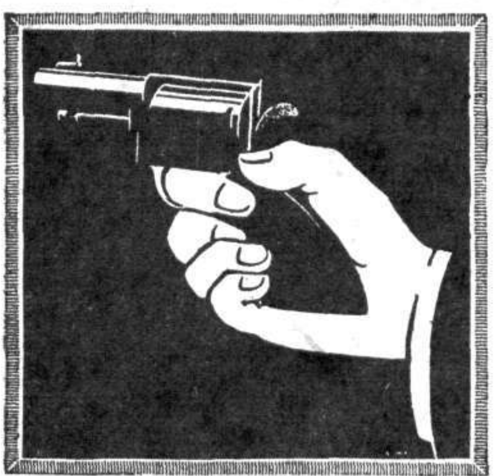
———o———

N.º 1422. — ¿Qué año fué fundada la Universidad de Yale?

AMERICANO. — Tucumán.

La Universidad de Yale es, sin disputa, la más famosa de los Estados Unidos, comparable por su nombradía a la de Salamanca, en la España medieval; a las de Oxford y Cambridge, en Inglaterra; la de Bonn, en Alemania; la de Pavía, en Italia, y la Sorbona, en Francia. Se estableció en Saybrook, el año 1701, y cinco años más tarde fué trasladada a New-Haven. Se la llama Universidad de Yale, porque en 1718 un caballero londinense, llamado Elihu Yale, donó la suma de de 562 libras esterlinas — cuantiosa en aquella fecha — para iniciar una biblioteca, y regaló un retrato del rey. Todos los años se celebran reñidísimos partidos de football entre los alumnos de la Universidad de Yale, contra los de las no menos famosas de Harvard y Princeton, en la amplia cancha llamada vulgarmente "el platillo de Yale", que mide 286 metros de largo por 230 metros de ancho, y costó 500.000 dólares. Caben en las localidades de la cancha 60.617 concurrentes.

ARMENSE!



Sí, ármense ustedes contra los resfríos, toses, bronquitis y catarro, tomando el Alquitrán-Guyot.

El uso del **Alquitrán - Guyot,** tomado en todas las comidas, en dosis de una cucharadita de café por vaso de agua, basta, en efecto, para hacer desaparecer en poco tiempo el resfrío más persistente y la bronquitis más inveterada. Se consigue también, en muchos casos, detener y curar una tisis bien declarada, pues el alquitrán impide la descomposición de los tubérculos del pulmón, destruyendo los malos microbios, causantes de esta descomposición.

Cuando se os quiera vender tal o cual producto en vez del **verdadero Alquitrán - Guyot, desconfiad, es por interés.** Para conseguir la cura de vuestra bronquitis, catarros, resfríos crónicos por el descuido y a *fortiori* del asma y la tisis, es absolutamente necesario que pidan bien en las boticas el **verdadero Alquitrán-Guyot.**

A fin de evitar cualquier error, fíjense en la etiqueta; la del **verdadero Alquitrán - Guyot** lleva el nombre de Guyot impreso en grandes caracteres y su firma en tres colores: violeta, verde y rojo, al biés, como también la dirección: Maison Frere, 19, rue Jacob, París.

P. S. — Las personas que no puedan acostumbrarse al gusto del agua de alquitrán, podrán reemplazar su uso por el de las Cápsulas Guyot, al alquitrán de Noruega de pino marítimo puro, tomando dos o tres cápsulas en cada comida. Obtendrán así los mismos efectos saludables y una cura igualmente segura.

La Obesidad



Se cura con el Té del profesor **Densmore,** de New York, sin dieta y sin la menor molestia. No olvide que engordar es **envejecer.** Vea lo que dice la distinguida médica de Buenos Aires, doctora María Faulín:

«**Dra. María Faulín,** Médica del Hospital Rivadavia. — Mercedes, 117, Vélez Sársfield.

Certifico haber usado, en varias enfermas, el «Té Densmore» contra la obesidad, con resultado satisfactorio, sin molestias y con mejorías del estado general para las pacientes.

Salúdalos atte., firmada: **Drs. M. FAULIN.**

Diciembre 6, 1917.»

Por instrucciones y precios, dirigirse a los únicos introductores:

M. FIGALLO y Cía., Buenos Aires, calle MAIPU, 212.

Enlaces




Señorita María Isabel Attardi, con el señor Alfredo Cotone. — Capital.




Señorita Rufina Rosell, con el señor Albino G. Gay. — Casilda




Enlace Olivera-Mutone. — Mar del Plata.




Señorita María Luisa Metrallier, con el señor Antonio Cordero. — Rafaela.




Señorita Eduvigis Alcain, con el señor Santos López. — Speluzzi (F. C. P.)


Especialidades para la
Estación VERANIEGA
Precios excepcionales.
Calidades extras :: ::
TRAJES en casimires ingleses, de pura lana, gustos adecuados, para playa, campo, etc., corte elegante de gran moda, a $ 80.—, 75.—, 70.—, 65.—, 60.—, 58.—, 55.—, 52.—, 48.—, 45.— y $ 40
Excepcional surtido en TRAJES DE BRIN de la más alta Calidad.
Sastrería sobre medida
La reputación alcanzada por nuestra sección medida, es una consecuencia lógica por la atención preferente que prestamos a cada cliente.
El más insignificante detalle es escrupulosamente cuidado, los materiales que empleamos son de la más alta calidad, y los cortes exclusivos son de los más espléndidos y novedosos gustos.
TRAJES de saco, desde .... $ 70
Artículos para baño
TOALLAS genovesas, blancas o de color, varios tamaños, a $ 3.90, 3.50, 2.90 y .... $ 1.90
SABANAS para baño, blancas o de color, a $ 20.50, 18.50 y .... $ 14.—
SALIDAS DE BAÑO, blancas o de color, en género turco, muy buena calidad, a $ 19.50, 17.50, 14.80 y pesos 13.20
Valijas
VALIJAS de suela, forma caja, muy prácticas y de moda,
ctms. 55 60 65 70 75
$ 50 $ 55 $ 60 $ 65 $ 70
CREDITOS en condiciones liberales.
M. ZABALA
Bme MITRE Y ESMERALDA

Notas varias



Fragmento del discurso, con el que la niña Elena Mendoza Garibay Guichón, de 7 años de edad, dió la bienvenida al eminente hombre público del Uruguay, doctor Baltasar Brum, a su retorno a la patria, después de realizado su viaje a Estados Unidos y a otros países de América: «En vuestro reciente viaje por los distintos países de América habeis sentido vibrar a vuestro paso la verdadera juventud del Continente. Fueron los pueblos niños de América los que a vuestro camino alzaban arcos de triunfo y deshojaban a vuestras plantas las flores simbólicas del bien, de la virtud y de la fecundidad.»



Placa ofrecida al señor Alberto Soulignac, por el personal de la «Droguería del Pueblo», con motivo de seguir ese establecimiento bajo su sola firma.



Alberto Fernández Cueva (hijo), autor del tango «El Rabonero», producción musical en que denota poseer excelentes condiciones de músico.

Señor Luis Maurel, joven ejecutante que ha dado recientemente, con buen éxito, un concierto de piano en la capital.



Facsímile del diploma con que ha sido premiado nuestro corresponsal fotográfico, en San Luis, en el concurso de fotografías organizado por el «Touring Club Argentino». En círculo: el ganador, señor José La Via.

Colegio Nacional "Mariano Moreno"

Bachilleres egresados (3.ª División)



Primera fila, de izquierda a derecha: Antonio Ranzato. Ramón Ribera, Licerio Lahitóu, Simón Cherctoff, Gilberto Tuchi y Nuño Breyter. Segunda fila: Eugenio Ducau, Alfredo Carri, Samuel Grossi, Ramón González, Bruno Santini, Antonio Pécora y Juan C. Thompson. Tercera fila: Martínez y Martínez, Roberto A. Gargaglione, Horacio Bordo, Domingo Vacotti, Juan Cobos, Dante Casale y Enrique Lagomarsino. Cuarta fila: Armando Cámere, Eugenio Anselmi, Luis M. Gómez, Camilo Cichero, Juan Dini y Ernesto Demateis.

La Belleza Juvenil

puede conservarse casi indefinidamente.

Consejos prácticos de la célebre especialista

Charlotte Rouvier

* * *

Cómo me libré de los barrillos

Los barrillos y puntos negros en el rostro fueron para mí, durante algunos años, motivos de tan tristes días, que muchas veces me vi imposibilitada de presentarme en sociedad por la persistencia con que tan repugnante molestia atacaba mi rostro. Pero luego encontré el stymol y fué tan rápido y lisonjero el resultado obtenido, que la felicidad de este acontecimiento hízome olvidar muy pronto los sufrimientos pasados. Trátase de un procedimiento tan sencillo como agradable; tan sólo son necesarias algunas tabletas de stymol, que obtendrá en la farmacia y conservará bien tapadas en un lugar seco. Eche una tableta en un vaso con agua caliente y cuando haya cesado la efervescencia que se produce, lave abundantemente su rostro con el líquido, secándose por último con una toalla blanda. El resultado le sorprenderá; todos los barrillos habrán quedado en la toalla y habrá desaparecido la grasitud para ofrecerse a su vista una cara aterciopelada, fresca y encantadora. A fin de que el resultado sea definitivo, repita la operación algunos días después.

Extirpación completa del vello

Como quitarse de un modo permanente, no sólo temporalmente, el vello que desfigura la belleza, es cosa que muchas damas desean conocer. Es una lástima que no esté extendido más generalmente el conocimiento de que basta para el caso el uso de porlac puro pulverizado, de venta en todas las farmacias. Debe aplicarse directamente al pelo que se quiera hacer desaparecer. Este tratamiento se recomienda porque no sólo borra instantáneamente el vello sin dejar la menor señal, sino también porque mata por completo las raíces.

Un maravilloso shampoo

"He tenido una verdadera sorpresa sabiendo que esta señorita, con el cabello tan bellamente aterciopelado, no se lo lava nunca con jabón o con polvos de shampoo artificial. Se hace ella misma su propio shampoo disolviendo una cucharadita de las de café llena de granulados stallax en una taza de agua caliente". "Yo le encargo el stallax a mi boticario — dice esta señorita — y él lo recibe en paquetes que vienen sellados, y solamente se venden así, conteniendo cada paquete cantidad suficiente como para hacerme de veinticinco a treinta lavados de cabeza. Es de tan rico olor el stallax, que muchas veces lo comería como si fuera una golosina". "Ciertamente, y aun con esta extraña idea, el pelo de esta señorita se conserva tan hermoso, que desde este momento voy a probar en mí misma el efecto del plan."

No encanezca antes de tiempo

Pocas personas saben que las canas no son un distintivo necesario de la edad y que pueden ser evitadas sin recurrir a los tintes para el cabello. Un remedio muy antiguo, casero, devuelve a las canas el color natural del pelo, al cabo de pocos días.



Solamente es preciso ir a lo del boticario, comprarle dos onzas de tammalite concentrada y mezclarlas con tres onzas de bay rhum o espíritu de laurel. Aplíquese al cabello esta sencilla loción por medio de una esponjita durante algunas noches, y nos daremos el placer de ver que las canas van desapareciendo paulatinamente. Esta receta es completamente inofensiva, no es grasienta ni pegajosa, y ha sido del éxito más satisfactorio de cuantos han conocido el secreto durante muchas generaciones. Mezcle Vd. mismo la loción en su casa, consiguiendo un frasco completo de tammalite concentrada, con el sello intacto, lo cual será suficiente para asegurar éxito.

Un procedimiento sin igual para conservar la belleza

Como que he sido siempre muy interesada en todos los estudios científicos relacionados con la conservación de la belleza natural del cutis, me ha impresionado vivamente la popularidad siempre creciente del nuevo y sencillo procedimiento de "absorción".

Miles de mujeres emplean privadamente este procedimiento en sus hogares. Se basan sobre razonada teoría que me parece de buen criterio, es decir, que el cutis viejo y descolorido debe ser extirpado, máxime cuando la acción de los años, el uso de jabones cáusticos, cosméticos, etc., ha determinado manchas y arrugas en aquél. Dicha epidermis de mal aspecto, sólo sirve para ocultar la hermosa, vigorosa y fresca piel nueva que hay debajo y que espera ser relevada para exhibir su hermosura y lozanía.

Con este objeto, las mujeres aplican únicamente un poco de cera mercolizada, tal como puede obtenerse en cualquier farmacia importante, extendiéndola a modo de cold cream sobre el cutis. Tal procedimiento observado por espacio de algunas noches, determina la absorción completa de la epidermis muerta y vieja. Cera mercolizada de buena calidad no es una substancia desagradable, y los resultados inmediatos de este sencillo e ingenioso sistema, son realmente sorprendentes.

Tengo entendido que el producto genuino se vende solamente en un envoltorio de cartón blanco, cuya cubierta exterior tiene la inscripción en inglés "pure mercolized wax", impresa en azul.



BIBLIOGRAFÍA

"Tres repiques", por Agustín Alvarez. Edición de La Cultura Argentina.

"El Duque de El", comedia, por S. y J. Alvarez Quintero. — "Estética y erotismo de la pena de muerte", por A. Cansinos Assens. Renacimiento. — "Lascas", por S. Díaz Mirón. Editorial América. — "La Tierra Natal", novela de costumbres argentinas, por V. Margueritte. Editor: Garnier Hermanos. Rep.: Agencia General de Librería y Publicaciones.

"Moral cívica y política", por el doctor Guillermo Correa.— "Instrucción cívica", por Agustín de Vedia. Editor: Cabaut y Cía.

"Antonio Maura", 35 años de mi vida. Biblioteca Nueva.

"Juan burlón", "Juan terrible", "Juan destructor", cuentos para niños. Editor: Muntañola. Rep.: Editorial Tor.

"Guerra del Paraguay", por el doctor Rebaudi. Editor: Julio Suárez.

"Origen y patria de Cristóbal Colón", por Rómulo D. Carbia. Edición de la Facultad de Filosofía y Letras.

"Revista Militar". N.º 214. Mes de noviembre.

"En la legión", por Máximo Sáenz. Edición de La Novela para Todos.

"Raquela", por Benito Lynch. Edición de La Novela del Día.

"Historia Estética de la Música", por Mariano Antonio Barrenechea. Edición de la Cooperativa Buenos Aires.

República Zoológica

LA GALLINA

¡Es toda una persona la gallina!
a la ley refractaria y la moral,
viciosa, sin vergüenza, material,
de entre las aves torpe Mesalina.

No distingue la alcoba de la esquina
para faltar al sexto en el corral,
y su poco recato proverbial
la hace ser condenada a degollina.

Pero es apetitosa, y con placer
su carne pecadora saborea
el que comprende bien lo que es comer;

Y aunque molesta cuando cacarea,
sus huevos satisfacen por no haber
manjar que más indispensable sea.

Carlos de Montero.

ANÉCDOTA

De un alcalde de San Sebastián se cuenta que recibió un día a la Emperatriz Eugenia, la augusta protectora de Biarritz. Nuestra compatriota dejó unas horas la playa biarrota para visitar la hermosa ciudad del Cantábrico. La acompañaban las damas y magnates de su corte. Visitó la capital guipuzcoana, y cuando iba a tomar el tren imperial que la había de devolver a Francia, manifestaba al alcalde donostiarra su admiración por el pueblo que tan cariñosa acogida la había dispensado.

—¡Qué lástima — decía S. M. I. — que no pueda hacerse el viaje sin el transbordo de Irún! ¿Cómo se les ocurriría a ustedes hacer sus ferrocarriles con vía más ancha que la de los franceses?

— Señora — contestó el alcalde, — es cuestión de estrategia...

— No comprendo...

— Sí; es para que no pueda entrar el enemigo.

¡Y se lo decía a la Emperatriz de los franceses!

EPIGRAMAS

—¡Te quiero más que a mi madre!—
Muchas veces me decías.
Nunca pude figurarme
Lo poco que la querías.

M. Pina Domínguez.

Dos recuerdos tengo tuyos,
Uno alegre y otro triste:
El abrazo que te dí
Y el bofetón que me diste.

* * *

Me diste ayer un pañuelo
Bordado a la perfección;
Y hoy me has dado un desengaño
De los de marca mayor.

Carlos Cano.

UN INTERESANTE DESCUBRIMIENTO

Estará llamado a tener sensacional resonancia.—¿Un bluff o un hecho verídico?—Conversando con Don Rafael Benguria.—Resultados a que arribamos en nuestra investigación.

Encontrándose actualmente en Buenos Aires, el hijo del Dr. Benguria, y registrándose en los diarios locales algunos certificados sobre los sorprendentes resultados obtenidos con el uso del Específico del mismo nombre para las afecciones del cabello, creemos de interés, para nuestros lectores, transcribir algunos párrafos del reportaje hecho por "La Nación", de Santiago de Chile.

Una de las vulgaridades que ya más se viene acostumbrando a oir es aquella que se relaciona con los remedios para la caída del cabello.

En las páginas de avisos de los diarios, en secciones especiales de muy conocidas revistas, en las vidrieras de las boticas, en las paredes, en los tranvías, por donde quiera se mire, ¡allí!... se encuentra clavado un aviso...

Que las canas se ensombrecen, que la raíz del pelo se fortifica, que el cabello adquiere especial brillo, que brota, que crece, que se multiplica, que sana, que espléndido, vigoroso, surge espontáneo, que cual la hierba bendita invade el campo, antes triste, desierto, maldito!...

Y cada específico, cada remedio ofrece un nuevo y prodigioso descubrimiento... la ciencia de algún químico, que después de muchos años de paciente labor logró extraer activo principio desde sutiles cuerpos que se combinan con ignoradas sales... algún monje de mirar sereno, y de poblada barba, que después de muchos años de contemplaciones y asperezas en apartado bosque, logra sorprender imponderable secreto, que en el centro mismo de su escondido nido, retiene encantado pajarito... los estudios de toda una falange de sabios, obligados a discurrir en oriental corte, por un Sátrapa tirano... el secreto que una monja reveló al morir... La arcaica fórmula que a través de muchos siglos, de padres a hijos, se transmite en antiquísimos papiros, en amarillos pergaminos... todos los recursos de la fábula y de la imaginación se agotan y se continúan agotando, alrededor de la solución de un problema que, para hombres y mujeres, representa algo que íntimamente se relaciona con el proceso de su misma vida!

No se puede creer...

Después de oir, de conocer, de experimentar, desde el fondo del pensamiento de toda una falange de seres desengañados brota la misma sugerente duda:

—La naturaleza, más sabia que los hombres y todos los médicos,—repiten muchos—señala las caídas del cabello, y las prematuras calvicies, como síntomas precursores, como verdaderos avisos de enfermedades que se anuncian... en otros casos—dicen no pocos—la caída del cabello viene a significar un castigo, una marca con la cual señala la vida a aquellos, que en un tiempo, audaces... hicieron caso omiso de ciertos principios, que representan moralidad, que significan pureza...

Y una, diez, ciento, mil veces, claman en instante dado en el mismo unísono tono:

—¡No creemos en remedios que se presentan basados, antes que en la experimentación, en el imperioso deseo de humana vanidad!... ¡No podemos creer en específicos, cuya base cierta y principal se funda, antes que todo, en el propósito de algunos de extraer el dinero, en cualquiera forma y de cualquier modo!



El hijo del inventor, actualmente en Buenos Aires.

Un hecho...

Discurriendo en esta o parecida forma, leímos no hace mucho en la prensa diaria un interesante certificado que, casi a nuestro pesar, nos hace por un instante detenernos.

Hubimos de leer:

"Señor Dr. Rafael Benguria B.—Moneda, 875.—Santiago.

Distinguido señor y amigo:

Me es muy grato manifestar a usted, por medio de la presente, que estimo asegurado el éxito en el tratamiento de la calvicie por medio del Específico de que es inventor su señor padre.

Usted me ha hecho unas veinte aplicaciones y algunas otras me he hecho yo mismo. Desde el comienzo se detuvo la caída del cabello y a la séptima aplicación se pudo notar que venía el cabello nuevo en abundancia y ahora ya ha desaparecido la calvicie de las partes afectadas.

Por todo ello estoy muy agradecido a usted, y creo de mi deber recomendar el utilísimo invento de su señor padre.

Y me es muy grato subscribirme su affmo., amigo y S. S.—**Egidio Poblete E.**"

La lectura de este corto documento, en realidad, nos hizo quedarnos perplejos.

Tenemos el honor de conocer personalmente al señor don Egidio Poblete; fuimos en un tiempo empleados de "La Unión", de Valparaíso, acreditado diario del cual el señor Poblete continúa hoy como Director, y, en verdad, como del señor Poblete seguimos teniendo una alta idea en materia de inteligencia y personal honorabilidad, después de leer y releer el certificado aquél, todavía por espacio de algunos segundos restregábamos nuestros ojos: ¿Habríamos leído mal? ¿Seríamos víctimas de alguna alucinación?

¿Don Egidio dando un certificado que no fuese la imagen fiel y exacta de la verdad?

En realidad, aquello no podía ser... Ronquillo, el popular Ronquillo, el eximio maestro literato, el psicólogo y el escritor que en materia de tipos y costumbres nacionales, ha sabido presentar tan maestras cinceladas... ¿Ronquillo, acreditando con su firma un negocio que no está basado en la verdad? ¿Don Egidio Poblete presentándose en público como uno de los que, mediante un tratamiento, había recuperado el cabello?

En realidad, todo aquello despertó, provocó en nosotros inmediata curiosidad.

En casa del Doctor

El aviso publicado señalaba como casa del Doctor Benguria, la calle de Moneda N.º 875.

A las 6 ½ de la tarde nos presentamos allí.

—¿El señor Benguria?

Un caballero joven, de aspecto distinguido, nos contestó de pie, en el último tramo de la escalera:

—Yo, señores, ¿se les ofrece?...

—Algo muy fácil de exponer...

—¿Será?

—Desearíamos conversar con usted.

—Pero yo voy a salir... ¿Se trata de algo urgente?

—Relativamente...

—En ese caso, pasen ustedes.

—Usted disculpará...

En el momento en que en el escritorio de la casa del señor Rafael Benguria, nos encontramos frente a frente de este caballero, después de algunos segundos de vacilación...

—Disculpará usted, señor, el objeto de nuestra visita...

—¿Se reduce?

—A algo que tal vez puede llegar a molestarle...

—¿Molestarme a mí? ¿De qué se trata?



Excmo. Sr. Dr. Severo Fernández Alonso, ex Presidente de Bolivia.



Don Egidio Poblete, Director del diario "La Unión", de Valparaíso.

El señor Benguria se levanta en ese momento de la poltrona en que se encontraba sentado, y, nerviosamente, con un gesto de verdadera extrañeza, nos mira de hito en hito.

—Comprendemos, señor, el motivo de su extrañeza.

—Verdaderamente... no sé qué pensar...

—No se asombre usted y nos explicaremos con absoluta claridad...

Digan ustedes.

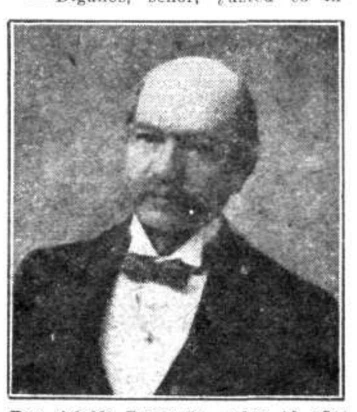
—Debemos comenzar por hacerle presente que somos periodistas.

—¿Periodistas?...

—Sí, señor... y hoy llegamos hasta su casa de usted con el propósito de imponernos de algunos hechos...

—Felizmente, nada tengo que reservar a los periodistas.

—Díganos, señor, ¿usted es in-



Don Adolfo Benguria, a los 40 años de edad.

ventor de un remedio para hacer salir pelo?

—No, señores.

—¿Cómo no?

—El inventor del específico, fué mi señor padre... yo lo expendo...

—¡Ah!... ¿Y dice usted tener un certificado orignal del Director de ''La Unión'', de Valparaíso?

—Sí, señores.

—Nosotros llegábamos a dudar.

—Pues, no duden ustedes... se trata de un certificado que se me entregó sin que yo lo pidiera.

—¿Sin que usted lo pidiera?

—Como ustedes lo oyen.

—Es curioso todo esto.

—¡Muy curioso!... ¿Quieren conocer algunos detalles?

—Por supesto.

Lo primero

—Han de saber ustedes, que yo soy boliviano, y vine a Chile a continuar mis estudios de medicina...

—¿Su profesión no es entonces, curar el pelo?

—Tengan ustedes un momento de paciencia.

—¿...?

—Como les decía. Yo vine desde Bolivia, con el objeto de continuar mis estudios...

—¿...?

—Mi padre, Adolfo Benguria, muchos años atrás, también se había educado en Chile, en el, aquella época, famoso Colegio en Valparaíso de ''Golfinche'' y ''Brun''.

—¿Su señor padre fué?

—Médico cirujano.

—¿Y decía usted que toda su familia es de Bolivia?

—Sí... La rama de mi abuelo, porque el apellido Benguria, han de saber ustedes, que es argentino.

—¿...?

—Mi abuelo, Sixto Benguria, perteneciente a nobiliaria casa argentina, llegó por primera vez a Bolivia huyendo de la tiranía del dictador Rosas...

—¿Y allí se radicó?

—Desde aquella época.

El origen del invento

—¿...?

—El origen del invento, al cual hoy me dedico, tuvo un origen tan humano como curioso...

—¿...?

—Mi padre, era total y absolutamente calvo a los 40 años de edad.

—¿...?

—Y esta razón de su prematura calvicie fué lo que a él le impulsó a buscar para él mismo su propio remedio.

—¿...?

—Médico, y recibido en las mejores Universidades de Europa, ¿qué no estudiaría, qué recursos no ingeniaría a fin de encontrar un remedio eficaz y seguro para su dolencia?

—Es de suponer...

—Todos sus esfuerzos durante muchos años, resultaron inútiles.

—¿Inútiles?

—Inútiles, hasta el día en que aburrido, desesperado, resolvió ir a buscar en la flora de su país, lo que la ciencia y los específicos le negaran...

—¿Un médico que busca en la flora?...

—Noto en la pregunta de ustedes cierto resabio irónico...

—No... es que...

—Comprendo la ironía de ustedes... Me hago cargo...

—Cargo, ¿de qué?

—Me explicaré; ustedes, que no pueden evitar una sonrisa cuando yo les hablo de los remedios encontrados en la flora... ¿Saben, conocen el origen del remedio contra la mordedura de la serpiente cascabel?

—La verdad es que no.

—Pues, oigan ustedes...

Entre los bosques

—¿...?

—Cuando años atrás, en toda una comarca de Bolivia, la serpiente cascabel se había convertido en un verdadero azote; cuando por aquella época, centenares de personas morían a los pocos instantes de ser mordidas por el terrible reptil, presas de las más espantosas convulsiones, cuando todos buscaban y nadie podía encontrar un seguro remedio, un indio, ¿saben ustedes lo que observó un indio?...

—¿Qué observó ese indio?

—Escondido en la copa de un frondoso árbol, ese indio pudo observar, cómo allí, a pocos metros de distancia de él, se batían en terrible duelo una serpiente cascabel y un buitre...

—¿...?

—Después de algunos minutos de porfiada lucha, la serpiente mordía al buitre...

—¿...?

—El ave de rapiña, al sentirse mordida, solamente atinaba a restregar su herida entre las hojas de un arbusto...

—¿De un arbusto?

—Sí... del arbusto cuyas hojas destiladas daban al cabo de muy poco tiempo, antídoto seguro para precaver las consecuencias de la terrible mordedura.

—Curiosa historia...

—Y verídica.

El específico para el cabello

—¿...?

—Después de frecuentes estudios, después de prolijas investigaciones, entre las innumerables plantas de los exuberantes bosques de mi país, mi padre encontró, por fin, la yerba que contenía, en principio, los jugos que habían de atacar al microbio que destruye la raíz del cabello...

—¿Y su señor padre, curó con su medicamento su propia calvicie?

—Por supuesto... aquí tienen ustedes dos fotografías: mi padre a los cuarenta años, absolutamente calvo, y veinte años después, ya con pelo en la cabeza...

Contemplamos en silencio, por espacio de algunos segundos, aquellas dos fotografías.

—La verdad, señor Benguria..., esto, ya va pareciendo una prueba.

Mi padre no explotó su invento

—Mi padre—como la mayoría de los inventores—nunca supo apreciar bien cuánto valía y, comercialmente, representaba su invento.

Después de descubierto, y comprobada su eficacia, se contentó con prepararlo para regalarlo a quienes lo solicitaban, para vender de cuando en cuando algún frasco, al generoso que quisiera pagar!...

Mi padre, señores, fué, antes que todo un hombre de corazón; piadoso para con el necesitado, generoso con el desvalido, tan pronto ganaba el dinero, como veloz se escurría éste, por entre las incontables grietas de aquel



Don Adolfo Benguria, después de usar el específico.

inmenso campo que se denomina la humana aflicción!

—Díganos, señor Benguria, y usted, como hoy...

—Como les decía, mi padre nunca pensó sacar de su invento una fuente de riqueza, tanto fué así, que el rumbo de la vida de sus hijos decidió encaminrlo a una profesión; a mí me señaló la carrera de la medicina.

—¿Y cómo se decidió usted?...

—Escúchenlo ustedes, si es que se interesan...

—Escuchamos.

Al principio me avergonzaba...

—¿...?

—Desde que yo era muchacho, recibía de Bolivia, mandados por mi padre, algunos frascos del medicamento.

—¿Que usted los vendía?

—Al principio con verdadero rubor... Conocía la malevolencia de algunas personas, y, francamente, temía se me diera el nombre de curandero...

—¿Pero usted no debía temer ese calificativo?

—¡Qué quieren ustedes! Mucho tiempo pasé cohibido por esta timidez de mi espíritu, hasta que un buen día el señor Cónsul General de Bolivia en Valparaíso, don Daniel Ballivián, persona a la cual yo había curado con el específico de mi padre, me dice:

—¿Quiere hacer un servicio a la humanidad con el invento de su padre?

—No veo la manera...

—¿Conoce usted al director de ''La Unión'', de Valparaíso, don Egidio Poblete?

—En realidad, no tengo el honor...

—Pues, sepa usted que don Egidio Poblete es calvo...

—¡Qué me dice usted!

—Cure usted a don Egidio de su calvicie, y se hará célebre. Yo le presentaré al señor Poblete.

Y el señor Ballivián, une a su ofrecimiento de palabra, el hecho.

Llama por teléfono a "La Unión" y anuncia mi visita.

La curación del Director de la "La Unión"

Dos días después de la conversación por teléfono, me presentaba yo a "La Unión", de Valparaíso.

Su Director me recibe amablemente, con su sonrisa bondadosa, un tanto irónica.

— Don Daniel Ballivián me ha indicado que le podía yo hacer algunas curaciones al pelo...

— Vea, señor Benguria... ¿quiere usted que yo le manifieste mi franca opinión al respecto?

— Diga usted, señor...

— Yo creo que el único remedio de los calvos, consiste en quedarse calvos...

— Yo creo, señor, lo contrario.

— Pruébeme usted que estoy en un error, y yo lo haré célebre...

— Bueno... veámoslo.

Y desde el día siguiente a aquella conversación, comencé a ir asiduamente a casa del señor Poblete; yo mismo le aplicaba el específico, ¡y lógico! el efecto no tardó en hacerse visible.

El señor Poblete comenzó por perder la caspa, poco a poco notó que le salía alguna pelusa, y después, francamente, vió que le venía pelo.

Agradecido el señor Poblete por la atención que había tenido con él, en "La Unión" del día 6 de abril de 1911, publicó una interesante información que terminaba con este párrafo textual:

"Siempre nos resistimos en este "diario a la publicación de cualquier noticia que pueda tener aspecto de réclame comercial; pero "en este caso, en que se trata de un "específico nuevo, y que es de gran "interés para muchos millares de "personas, hemos creído que era de- "ber nuestro dar algunas noticias "sobre el invento del señor Ben- "guria."

El efecto de aquella publicación

resultó mágico, sorprendente.

Una verdadera avalancha de personas, de todas clases y condiciones, puede decirse, se precipitó al Hotel donde yo me hospedaba.

En los primeros días, todavía tímido en mi nueva profesión, huí verdaderamente del puerto y me vine a Santiago... La gente me siguió aquí, y de todas partes de la República comenzaron a lloverme cartas...

— ¿Y hoy, señor Benguria?

— Hoy, vencidos los escrúpulos de mi nerviosa timidez, aquí, en mi domicilio, Moneda, 875, me dedico a atender a todo aquel que quiera consultarme.

— ¿Manda usted también remedio a provincias?

— Donde se me pida.

— ¿Recibe usted el específico?

— De Bolivia, donde voy con frecuencia, y donde yo personalmente lo preparo.

— ¿Se habrán producido algunas falsificaciones?

— Más de diez o doce.

— ¿Y usted?

— He perseguido a los falsificadores, y para librarme en lo sucesivo de ellas, he resuelto vender mi específico personalmente, sin agentes de ninguna especie.

— ¿Tendrá usted numerosa clientela?

— Francamente, no puedo quejarme. Viene aquí, a mi clínica, lo más selecto de todo Chile.

— ¿Contará usted con numerosos certificados?

— ¡Incontables!... no solamente de Chile; de Bolivia, el Perú y otros países.

— Y entre otros, ¿puede darnos algunos nombres?

— Con el mayor agrado: aquí tienen ustedes cartas del ex Presidente de Bolivia, Excmo. Sr. D. Severo Fernández Alonso; del ex Ministro de Italia en Chile y Argentina, marqués Durand de la Penne; del ex Ministro de Austria-Hungría en Chile, Barón J. Le Sailer; del coronel Manuel Lazo; del notario público de Valparaíso, don Enrique Gana, del doctor del mismo puerto, don Pedro Casteignau; del agente de la Casa Luis Güevara, señor A. A. Salazar; del Presidente de la Cámara de Diputados de Bolivia, doctor Ortega; del señor Ricardo Echeverría; del Cónsul de Bolivia en Antofagasta, don Enrique Ascarrunz Vega; del Gerente del Banco Perú y Londres, don Aníbal Morante; del señor Eduardo Romero, revisador general de los ferrocarriles del Norte del Perú; del señor Alejandro Blaker, agente general de las Compañías de Seguros "Sud Americana" y "Sol de Canadá"; del señor Aníbal Castañeda, Fiscal de la Corte de Piura; del coronel don Emilio Vergara; del doctor Roberto Badhan, jefe de la clínica médica del Hospital de Santa Ana; del doctor Denegri. ¿Quieren ustedes más nombres?



Marqués Durand de la Penne, enviado extraordinario de Italia ante los gobiernos de Chile y Argentina.

— La verdad, ya bastan por el momento...

— ¿Conocieron ustedes en Valparaíso al propietario del "Hotel España-Italia", don Manuel Cáraves?

— ¿Cómo no?...

— Pues bien, oigan ustedes lo que dice el señor Cáraves de mis curaciones:

"La manera cómo procede el Doc- "tor Benguria, en sus admirables cu- "raciones, me ha dejado por cierto "maravillado.

"Personalmente me ha tocado con- "versar con todas las personas que "vienen aquí al Hotel, a consultar "al Doctor, ¡y algo nunca visto!... "todas ellas se manifiestan conten- "tas y satisfechas, en vista de los "resultados que, unánimemente, to- "dos, han obtenido.

"En un mes, — tiempo que lleva "el señor Benguria en mi hotel, — "el 50 o|o de los que han venido a "consultarlo, se consideran ya com- "pletamente sanos. Por lo que toca "a mí mismo, debo ser absolutamen- "te franco.

"Yo tenía mi pelo completamente "blanco y ahora lo tengo como es- "taba a la edad de 28 años; advir- "tiendo todavía una circunstancia: "antes de encanecer, el color de mi "cabello era más claro que el de "mis cejas y pestañas.

"Todo lo cual demuestra, a mi "juicio, que el específico del Doctor "Benguria se basa en un principio "de la naturaleza, para robustecer "y hacer brotar todo cabello: ya sea "rubio, negro, castaño o de cual- "quiera otro matiz.

"Aun más.

"Con el mismo específico, el color "del pelo que degenera, adquiere su "color primitivo; esto es, devuelve "su tinte primitivo al pelo, sin te- "ñirlo.

"En algunas de mis visitas a las "capitales de los principales países "de Europa, a propósito del cabe- "llo, consulté a diversos especialis- "tas y usé no pocos específicos; pe- "ro — debo decir y también con sin- "ceridad — con resultado absoluta- "mente *negativo*.

"La mayoría de los remedios que "indican especialistas y notabilida- "del mundo entero, o molestan el "cuero cabelludo, o tiñen, o ensu- "cian los sombreros y las almo- "hadas.

"El específico del Doctor Bengu- "ria no molesta la cabeza, ni tiñe, "ni ensucia.

"Hay que reconocer, en conse- "cuencia, que este específico repre- "senta un invento realmente mun- "dial."

Don Rafael Benguria terminaba de leernos, muy pausadamente, las últimas líneas del certificado, cuando nosotros, sin dejarle expresar el triunfo que ya brillaba en el fondo de sus irónicos ojos, quisimos interrumpir:

— Díganos, señor Benguria, ¿y certificados de grandes damas?

Sonríe el señor Benguria...

— También podría citarles muchos nombres; pero escúsenme ustedes si no lo hago... es preciso ser discreto.

— Sin embargo, la opinión de algunas señoras...

— Búsquenlas ustedes por sí mismos... así concluirán de convencerse...

Con la señora Sara Hübner de Fresno

Decidimos practicar nuestra última averiguación... pero, ¿dónde encontrar esa gran dama, cuya opinión nos fuera posible conseguir en asunto de por sí dificultoso?...

Un nombre se nos ocurre.

La señora Sara Hübner de Fresno, actual *Directora* de la Página Femenina de "Las Ultimas Noticias", de "El Mercurio", es persona tan joven y hermosa, que no temerá, por cierto, hablar de canas ni de calvicie; la señora Hübner es tan inteligente, que impuesta de nuestro propósito, excusará, sin duda, nuestra impertinencia...

Y la señora Hübner de Fresno, se digna recibirnos, en su elegante escritorio de su casa-habitación:

— ¿...?

— Me piden ustedes *una opinión* sobre el específico Benguria.

— Nos atrevemos, señora...

— Pues bien, yo les daré esa opinión con toda franqueza.

Como hace algún tiempo perdía mucho cabello, usé esa preparación con indiscutible éxito, y a más de esta personal observación, he oído a tantas señoras y amigos recomendar ese específico, como estimulante y regenerador del cabello, que, como no hace muchos días, en el "Buzón de Página Femenina" recibiera cartas pidiéndome la recomendación de un específico para el pelo, guardé estas consultas para contestarlas cuando llegasen algunas otras de la misma naturaleza, y recomendar públicamente, para ambos casos, el específico "Benguria".

Terminábamos este último reportaje y con él una convicción clara se dibujaba a través de nuestras ideas.

El específico Benguria, para el cabello, es, sin duda alguna, el producto de un gran invento.

Vidot.

El hijo del Dr. Benguria atenderá consultas en la Policlínica del Dr. A. Mattía, Rivadavia, 2786 (U. T., 800, Mitre), de 9 a 12 m. y de 3 a 7 p. m., como también por correspondencia de Provincias.



LEVADURA DE FRUTAS GIBSON

Lo útil

y lo agradable

Como refresco, con agua y azúcar, o con soda, es un delicioso champagne de frutas.

Calma la sed, evita las erupciones de la piel, mantiene el vientre sano y corriente.

Siempre fresca y activa

FOR

SOLICITENSE FOLLETOS

Farmacia y Droguería DIEGO GIBSON

168, DEFENSA, 192

Sucursal: FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)

Necrología

El fallecimiento de nuestro compañero de tareas Chás, ha causado un general sentimiento de pesar entre el personal de la casa, donde por su bondadoso carácter y la delicadeza de sus procedimientos se había logrado granjear la simpatía y cariño de todos.

Trabajador infatigable, competente y honrado, en él contaba esta dirección a uno de sus hombres de confianza, por lo que su prematura muerte nos ha privado de un elemento útil y sumamente estimado.

Perteneció durante más de 7 años a nuestro personal, ocupando en la actualidad el cargo de 2.º jefe de máquinas y cuando había conquistado un pasable bienestar, el destino siempre inexorable lo arrebata en plena juventud al cariño de los suyos y a la estimación de sus compañeros y amigos de esta casa.



Señor Ramón A. Chás.

Con Pardito, como cariñosamente se le llamaba en el vasto círculo de sus amistades, desaparece una de las figuras más conocidas en los círculos literarios y periodísticos del país.

Como director de las revistas *«Atlántida»* y *«América»*, fundadas por el mismo, veinte años atrás, demostró Pardo, ser un espíritu abierto a cuanto fuera innovación y belleza. El movimiento literario de aquella época, tuvo en él uno de sus más decididos e inteligentes sostenedores, y con Rubén Darío, su grande y entrañable amigo, Lugones, Ingenieros y otros escritores, formó el núcleo que impuso nuevas orientaciones y gustos a nuestra juventud intelectual.



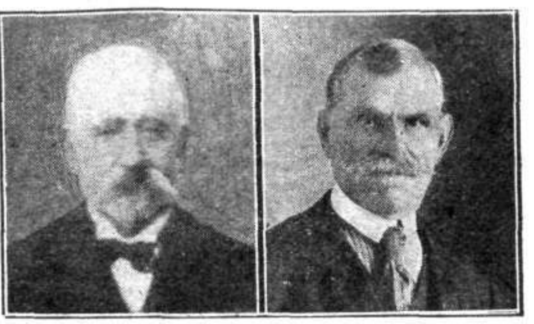
Señor José Pardo.



Señora Ana Ferrari de Santos. — Capital.



Señora Elvira Alonso de Sisniega. — 9 de Julio



Señor José Dapueto. — Navarro.

Señor Luis Filippini. — Jovita (F. C. P.)

CONCURSO DE POSTALES

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso permanente de colaboración popular, en el que podrán tomar parte todos los lectores. En esta página se insertarán las postales que, a juicio de la redacción, sean admisibles, abonándose por cada una de las que se publiquen CINCO PESOS. No se devuelven originales, ni se sostiene correspondencia referente a las mismas.

Una niña, a quien su madre explicaba que los peces grandes se comen a los chicos, pregunta:

—¿Y también comen sardinas?

—Sí, hija mía.

—¿Y cómo hacen para abrir la lata?

INGENUA.



—En Córdoba, estuve cazando tigres.

—¡Si no hay tigres en Córdoba!

—Es natural: yo acabé con todos.

T. V. O.

—¿Puede prestarme diez pesos?

—Bueno... Venga mañana a buscarlos.

—Gracias, señor; nunca sabré cómo pagarle semejante favor.

—Entonces no venga.

PICACERO.

El papá, la mamá y el niño, están junto a la chimenea. Los dos primeros acaban de tener una riña terrible.

—Mamá—pregunta de pronto el niño—¿cuál es el rey de los animales?

La señora, mirando a su marido:

—¡El hombre!

D. M. T.

—¿De modo que tú y tu novia ya sois uno?

—Así lo creía yo cuando nos casó el cura, pero ahora me he convencido de que somos diez.

—¿Cómo es eso?

—Sí, porque ella es uno y yo soy un cero.

RESIGNADO.



Una limosna para un hombre que tiene una pierna de palo...

—Y todavía se queja... Dé gracias que no tiene que gastar tanto en botines.

AMARRETE.



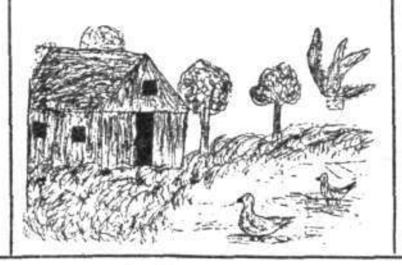
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños.
Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil», CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



8. — Los soldados.
ALBINO Y. SÁNCHEZ.



9. — Un mensaje.
A. CASANOVA.



10. — El retrato de mi hermanita.
RODOLFO GENOVESI.



11. — Al trabajo.
LUISA RIGALLO.



12. — Dando de comer a los patitos.
ROMEO A. GAUNA.



13. — Jugando al gallo ciego.
L. M. ORTHIEL.

EL ABUELO

RECONFORTA
ESTIMULA
VIGORIZA

VINO AÑEJO, SUPERIOR AL MEJOR OPORTO, Y MAS BARATO. PARA ENFERMOS Y SANOS

Unicos importadores-propietarios:

GONZALO SAENZ y Cía.

24 - Maipú - 26 Buenos Aires

Para completar una buena comida son indispensables:



Una copita de *Coñac Domecq* y un *Cigarro Habano*

ROMEO y JULIETA

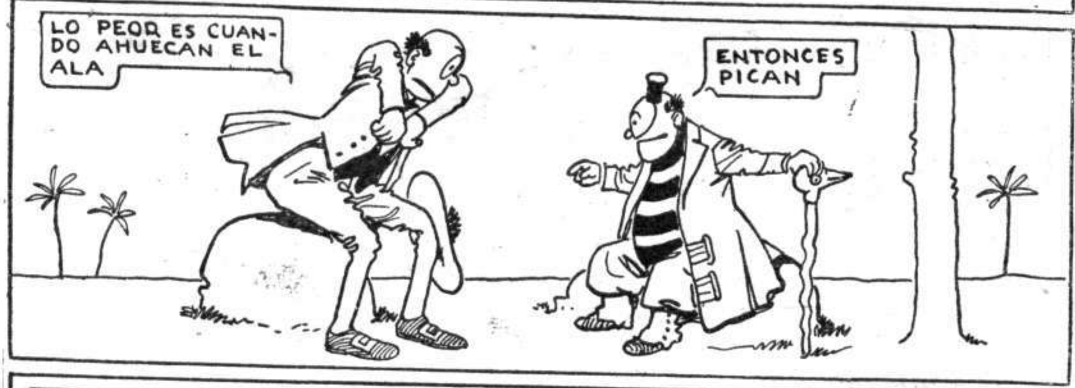
de aroma incomparable y prolija elaboración

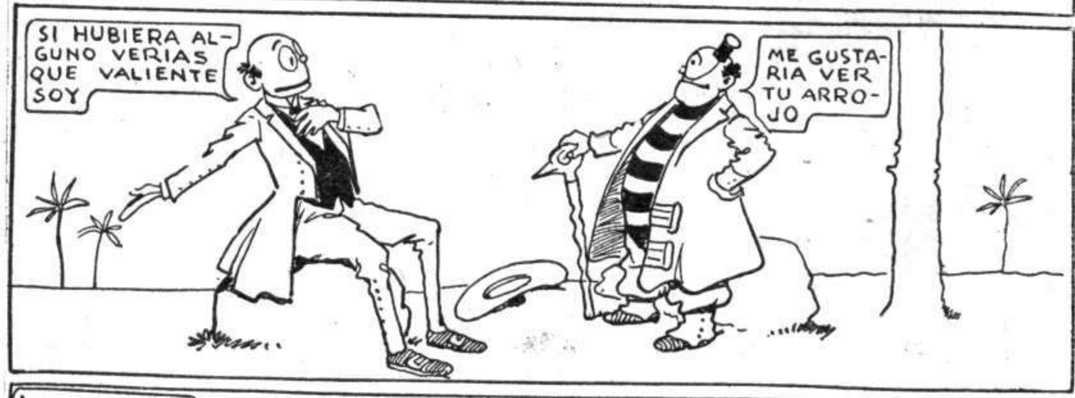
Unicos representantes: ***GONZALO SAENZ y Cía.***


PARA LOS NIÑOS
AVENTURAS DE
VIRUTA Y CHICHARRÓN




YO FUI UN GRAN CAZADOR DE AVEZTRUCES
DICEN QUE SON MALOS...


LO PEOR ES CUANDO AHUECAN EL ALA
ENTONCES PICAN


SI HUBIERA ALGUNO VERIAS QUE VALIENTE SOY
ME GUSTARIA VER TU ARROJO

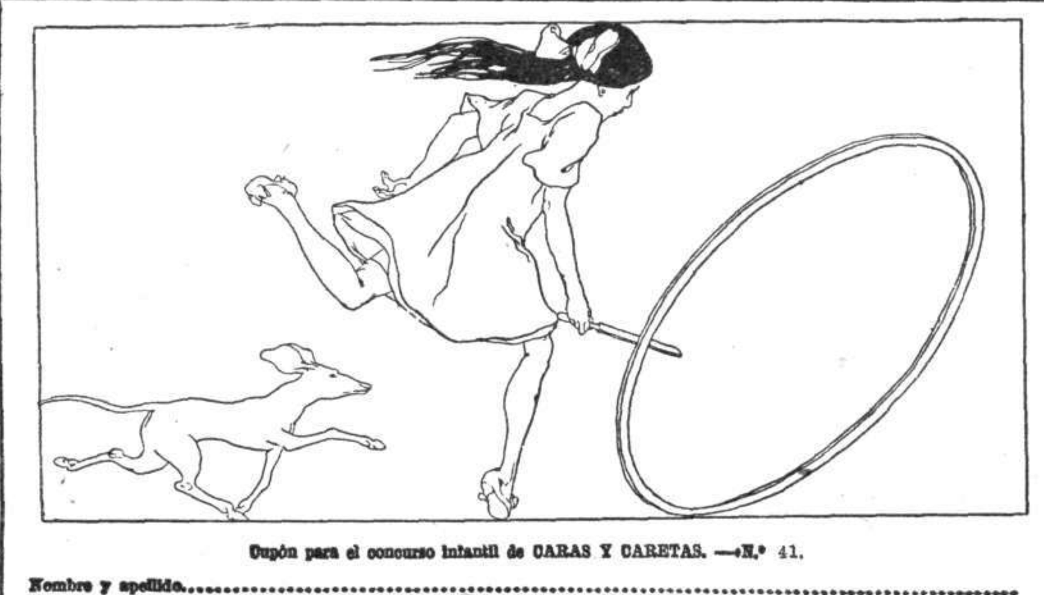

¡LLAMA A UN AUTOMOVIL!
¡GUÁ! ¡GUÁ!

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS —— Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. —N.° 41.

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



Por informes y pedidos a la Administración del "Eden-Hotel", La Falda, F. C. C. N. A. o en Bs. As., Bmé. Mitre, 556, U. T., 2159, Av., de 1 a 7 p. m.

DIABETES

Tratamiento rápido, Racional y científico. Sin régimen especial.

Acción reguladora de la célula hepática.—Disminución rápida de la glicosuria.—Supresión de los accidentes de la DIABETES con las

Tabletas Antidiabéticas

del Doctor CAIVANO

Los señores MEDICOS comprueban la disminución rápida de la glucosa en la orina. Los DIABETICOS se desintoxican rápidamente, aumentan de fuerza, de energía y de peso. Con este nuevo tratamiento que tanto interés ha despertado en el mundo médico, la DIABETES ha sido incluída en la lista de las enfermedades curables.

Depósito: Productos Químicos "SUPER"

PARAGUAY, 1501 - Buenos Aires - U. T., 4012, Juncal.
Precio de la caja: $ 3.—


GRAN CONCURSO
del afamado
Polvo Grasoso
Brissac.
PARIS
Su exquisitez suprema, su adherencia e invisibilidad y su aromático perfume, son las cualidades que distinguen al incomparable Polvo Grasoso Brissac, París.
$ 10.000 en 200 valiosos obsequios
distribuídos en la forma que se detallan en el folleto que le entregarán en las Farmacias, Tiendas y Perfumerías más próximas a su domicilio; entre ellos se destaca un primer premio, consistente en un vale por valor de $ 1.000, a la persona que acierte, o en su defecto, la que más se aproxime a los granos de arroz que contiene la caja de Polvo Grasoso Brissac, que se ha sellado y depositado ante Escribano público, un segundo por valor de $ 500 a la que le siga en orden, y un tercero, de $ 100, a la siguiente. Además de infinitos objetos de oro y fantasía.
Unicos Concesionarios:
L. AUBERT y Cía.
CHILE, 1958/72
U. T., 7260, Libertad
Envíen sus soluciones dentro de la caja vacía de Polvo Grasoso Brissac, con franqueo de cinco centavos, como muestra sin valor.
VALE 1,000
LE 500
VALE 100
BRISSAC
MARQUE DEPOSEE
PARIS
PARFUMERIE HYG

Historia de una golilla

Cada día se hacía más monótona y solitaria la vida de la golilla de plumas de Dorotea.

Quejosa de su suerte, la infeliz golilla se expresó en cierta ocasión de esta manera:

Rizada y coqueta, de una blancura de nieve, constituyendo un adorno vaporoso y elegante, salí de entre las lindas manos de una jovencita que me contemplaba ora con evidentes muestras de codicia, ora con tristeza, acariciándome luego con sus rosados deditos. Antes de colocarme en una cajita, puso en mis extremos unas hermosas borlas de seda que aumentaron mi hermosura y valor. Ya escondida dentro de la caja de líneas rectas, envuelta en delicado papel, hubo de sostener una discusión con las borlas de seda, que sentíanse ofendidas porque mi cuerpo todo descansaba sobre ellas.

Luego, tuve que sufrir durante largos meses el primer abandono a que me condenaron en el almacén de trapos. Aguardaba día a día que una mano me descubriera a la vista de alguna hermosa mujer que me llevara a vivir junto a ella, tan junto, que por algunas horas respirase su aliento perfumado, oyera sus palabras, sus suspiros, sus exclamaciones y sus protestas, tan injustas unas veces y tan deliciosamente tiernas en otras. A mi vez, yo me proponía acariciarla, darle calor, y poner una nota toda blanca próxima a la cabellera rubia o negra. ¿Y si fuese una niña? — me preguntaba en ciertas ocasiones. — También había de sentirme bien en su compañía. Viviría en la vecindad de un corazón que poco sabría aun del mal, sería testigo de pensamientos puros y de frases siempre amables, suaves, afectuosas, ingenuas.

Llegó por fin el ansiado día. Me compró una dama de grandes ojos negros y de gentil donaire. Abierta la caja en que me guardaban, me miró un instante y decidióse en seguida a adquirirme. Pagó sin regatear. Dió las señas de su casa para que me condujesen a ella. Fuí en un carro grande lleno de paquetes de tamaño, forma y peso diverso. Finalmente me depositaron en la residencia de la dama que se dignó fijarse en mí y comprarme. Me depositó sobre un sofacito de su aposento lujoso y coquetón. Allí permanecí hasta el día siguiente. Por la tarde vi a mi hermosa dueña dirigirse al sitio en que me encontraba y pensé que iba a sacarme de la caja para engalanarse. ¡Vana ilusión! La dama me miró atentamente, luego envolvió la caja en fino papel que sujetó con una cintita de seda rosa. Me condujo en un lujoso automóvil a otra casa y me entregó a una joven morena, pálida y de aspecto abatido. Ella fué mi dueña exclusiva desde entonces. Por la noche me usó con gran complacencia mía. Ella se mostraba satisfecha de mí y llegó hasta elogiarme. Pero a poco de sentirme alrededor de su cuello experimenté el primer dolor: estaba enferma. Dos cicatrices y una hinchazón lo desfiguraban. Me expliqué entonces su palidez y abatimiento del primer instante en que la vi. Cosa rara: me sentí con "alma" y desde entonces le presté todo mi calor y todos mis cuidados. Ella también me cuidó mucho al principio y me constituí en su adorno complementario, imprescindible. Después... El uso continuo y la humedad desenrizaron mis plumas, perdí algunas de ellas, y el polvo me ensució, me desfiguró en tal forma que me dió un feo aspecto de vejez. Entonces la cruel indiferencia comenzó a hacerme padecer; tuve la sensación de que habia perdido todo derecho a la consideración humana; mi dueña me tomaba nerviosamente entre sus manos... Y como me puse cada vez más fea, concluyó por impacientarse conmigo, y un buen día me sepultó para siempre en esta prisión, de la que no he de salir más que para ser arrojada al carro de la limpieza.

Todo pasa en este mundo, todo tiene una vida transitoria. Mi esplendor, mi reinado ha durado algunos meses. Comprendo la fragilidad de las cosas humanas, y me resigno. Pero, mi ama, ¿no recordará nunca que la hermoseé, que le di calor?...

Se oyó un leve rumor; la golilla, temerosa, cesó en sus lamentaciones y el silencio reinó con implacable absolutismo.

ADELIA DI CARLO.



Este número

de recetas

Despachadas durante el año 1918, en nuestros laboratorios farmacéuticos, es la demostración más palpable de la confianza que el público ha depositado en nuestra casa.

Esta enorme cifra de trabajo representa para nosotros un éxito.

Drogas, medicamentos y sales químicamente puras.

Escrupulosidad, atención y, sobre todo honestidad y buena fe; es lo que nos ha permitido llegar al número de recetas preparadas.

Agrademos á nuestros clientes la confianza que nos han dispensado.

Farmacia Franco-Inglesa

581, SARMIENTO, 587 — Buenos Aires

De Coronel Dorrego (B. A.)

Concurrentes a la fiesta campestre realizada por la sociedad «Unión Dependientes de Comercio», en ocasión de festejar el aniversario de dicho centro.


ANTISÁRNICOS
LANCERO



Ocurre a veces que usted manda comprar una o varias botellas de Oporto indicando solamente que sea bueno.

Recuerde usted que para que sea bueno tiene que ser **Oporto DOM LUIZ**; por consiguiente, ordene simplemente: **Oporto DOM LUIZ.**

CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA — JOSE S. ALVAREZ, Fundador

Año XXII — BUENOS AIRES, 11 DE ENERO DE 1919 — N.º 1058

Nueva orientación



Irigoyen. — Estas huellas indican que otros se me han adelantado. Positivamente ha de ser el camino que hay que seguir.

Dib. de Alonso.

El cruce de los Andes en aeroplano

Hablando con el teniente Godoy.

Godoy, el teniente Godoy, es el «hombre del día», o el «hombre de hoy», como dijo ya un poeta ramplón de esos que se acoplan a la cola de los héroes. Un grande hombrecito, pequeño de estatura, ha sido quien ha cumplido después de tantos años de ensayos, de fracasos, de esfuerzos y de sacrificios de argentinos y chilenos, la hazaña de cruzar la mole de los Andes a bordo de un avión, y por su parte más alta, conquistando un triunfo que marca, quizá, el paso más grande de la aviación actual.

Con un entusiasmo delirante — delirante puede llamarse a una multitud que se lanzó íntegra a las calles, rompiendo cordones policiales, — pisoteándose, empujándose por ver al pequeño héroe, recibió Santiago al hombre que, como dijera Belisario Roldán, en un discurso, «lanzó la primer mirada que las cumbres vieron venir de más alto que ellas mismas». Inútil hacer crónica de agasajos y congratulaciones. Hay premios, fiestas, medallas, ascensos y mil cosas más con que el ejército, el gobierno, las cámaras y el pueblo han manifestado su entusiasmo.

El teniente Godoy, como buen militar, ha sido reacio a todo reportaje y a toda ostentación. Nada o casi nada ha declarado — como nada dijera antes de su tentativa — y, por lo tanto, tenía yo especial interés en enviar algo de lo que él dijera, para Buenos Aires, donde tanto piloto hay que ha soñado con triunfo semejante. Y logré, felizmente, entrevistarle.

— «Allá tengo grandes amigos — me dijo — y no puedo negarme. Aunque — agregó — no ha habido en mi vuelo impresiones grandes ni violentas. Se me figura que he cumplido solo un raid, Santiago - Mendoza, y nada más.»

Pero antes de que nuestro oficial nos cuente su hazaña, es preciso hacer un prólogo: los preliminares, el proyecto, los ensayos y la partida.

El teniente Godoy abrigaba la idea — ¡y qué piloto, chileno o argentino no la llevaba también dentro de sí! — de intentar algún día, cuando sus condiciones de aviador y una buena máquina se lo permitiesen, la travesía de la cordillera por su parte más alta. El pequeño «sapeur», como se le llamaba en la escuela de aeronáutica, pasábase los días mirando las cumbres andinas, paseándose ante los hangares, las manos en la espalda y la cabeza inclinada. Rara vez dejaba de hacer una observación sobre esa posible travesía.

— ¿Por qué no ha de hacerse? — decía. Pero aunque dejaba entrever su idea fija de intentarla él, nunca se refería a ella como dándose aires de futuro héroe. Nunca. Pero todos sabían, sin embargo, que «sapeur» vivía con su imaginación puesta allá arriba, y que más de una noche, en sueños, había hecho ya quizá el raid del que más tarde sería el héroe.

Un Morane-Saulnier fué comprado por la escuela. Inmediatamente, el teniente Godoy solicitó permiso para hacer vuelos de altura. Desistió, sin embargo, en vista de que el aparato no respondía suficientemente: una vez más veía alejarse su proyecto. Pero hete aquí, que días después comienzan a llegar a la escuela los primeros aviones de caza Bristol, obsequiados a Chile por la Gran Bretaña. Godoy fué el primero en ir a verlos retirar de sus cajones, un poco desilusionado al saber que eran aparatos excepcionalmente «militares». Pero el técnico inglés que venían con ellos, el mayor Huston, dijo aquel día, en rueda de amigos, que los Bristol podían volar bien a 5.000 ó 6.000 metros.

Nuestro héroe no necesitó más. Tomó, según cuentan, al mayor inglés de un brazo, le llevó a la pista, le mostró el macizo andino y le preguntó a boca de jarro:

— ¿Cree usted que «eso» se puede cruzar?

Huston sonrió afirmativamente, encantado ante la vehemencia de aquel muchacho que soñaba con una gloria que quería para él y su patria. El permiso fué concedido y el mismo día de recepción de los aparatos, el teniente Godoy volaba en un Bristol por primera vez. El motor le falló. Volvió a volar dos días después, alcanzando 3.000 metros, y nueva falla. Voló una tercera vez, pero más bajo, ante el Ministro de Guerra, y nervioso ya, por intentar la empresa, solicitó un día martes el permiso para partir. Rápidamente la autorización fué diligenciada en el Ministerio de Guerra y el miércoles por la tarde la firma estaba puesta. ¿Partiría? ¿cuando?

Al día siguiente. Aquella noche el teniente Godoy estuvo hasta tarde con sus compañeros; arregló un pequeño mapa, revisó el avión, haciendo cargar sus estanques, corrigió su brújula y se durmió como de costumbre, sin hacer siquiera comentarios sobre su empresa del amanecer. Despertó temprano, y mientras la escuela toda se movía, más nerviosa que él, en un ir y venir de oficiales, soldados y mecánicos, Godoy pedía una taza de café y un poco de leche con cognac. No había este último.

— «Es lo mismo, — dijo Godoy — bromeando, al cantinero. Lo tomaré entonces en Mendoza... Si llego — agregó — creyendo aún que su frase podía envolver una pedantería...

Se fué a la pista. El Bristol estaba rodeado de los mecánicos, de su jefe y sus compañeros. Sonriendo, sin despedirse, subió al aparato, bien abrigado. Probó el motor un instante, y cuando ya iba a dar la señal de partir cortó la chispa para gritar:

— Voy a probar el motor, y si va bien...

Y el Bristol partió como una flecha hacia las regiones desconocidas. Dió dos grandes círculos subiendo, y enfiló hacia el macizo cordillerano, con una seguridad que denotaba la mano tranquila y enérgica del bravo que lo piloteaba. Media hora después, los picos del Tupungato parecían tragarse el puntito negro que desaparecía junto a ellos.

— «Emoción, ninguna — nos dijo Godoy con sencillez.—Puedo asegurarle, sí, que iba tranquilo, tanto como de costumbre, pues me había habituado a pensar que de mi misma calma pendía el éxito. Si alguna emoción llevaba era la de ver cumplido mi sueño dorado. Iba a ver, por fin, desde lo alto, las cumbres que tantas veces había mirado desde la pista de mi aeródromo... El Bristol trepaba materialmente en el espacio. Yo aun no había mirado hacia abajo. Iba pendiente de mi altímetro, de mi brújula, del trabajo normal de la bomba de aceite, y de las revoluciones de mi motor. Continuamente debía variar la carburación, consiguiendo siempre normalizar el «Le Rhone». Y entonces, cuando mi altímetro había pasado los 15.000 pies, miré hacia abajo.»

«Estaba en un mundo desconocido. La cordillera veíase con una nitidez admirable: todo eran quebradas,

valles enormes como bocas negras, faldas y laderas heladas. A la izquierda el Tupungato se alzaba junto a mí, a mi altura, más alto quizá, como un rascacielo enorme, como una torre magnífica de blancura que emergiera de la tierra en busca del cielo... Tenía en un costado una falda grande y lisa, casi horizontal, una palma de mano, alba y helada, hospitalaria, que incitaba a posarse en ella. Pero todo aquello muy rápido. El Bristol me marcaba entre 180 y 190 kilómetros por hora, y por esto la decoración cambiaba demasiado rápidamente. Un momento después había pasado la frontera. Mi patria atrás: ante mí el país amigo, la tierra hermana y el triunfo, mi pequeño y mi querido triunfo...»

«En aquel momento el motor falló y se detuvo casi por completo: advertí la razón. La bomba automática no funcionaba y la bencina no llegaba al carburador. Trabajé un momento con la bomba de mano y el rotativo partió antes de que el aparato hubiese notado el cambio. Era necesario ya descender. Disminuí, pues, un poco el gas, y comencé a perder altura lentamente. La aguja, que había llegado a una máxima de 17.300 pies, bajaba suavemente. Y allí comenzó un baile infernal que duró, felizmente, tres o cuatro minutos. El avión parecía loco... Aquella mañana había habido un temporal de viento en el lado argentino. Eran quizás restos de ese ciclón. Luego, la calma nuevamente. Y allá, en el fondo, entre los últimos cerritos, humildes junto a las moles de un momento antes, Mendoza se perfilaba. Más allá la Pampa enorme, cubierta por un velo espeso de nubes.»

«Diez minutos después estaba sobre la ciudad histórica. Los Tamarindos, el campo de aviación, no aparecía por ninguna parte. Lo busqué febrilmente hasta que desistí de hallarlo. Y como dos leguas más allá había un buen campo, me lancé a él con mala suerte. Rompí la hélice, y el tren de aterrizaje Y salté a tierra un poco enervado, las manos agarrotadas de frío, algo congestionado aún por el enrarecimiento de la altura, pues no llevé oxígeno. Salté a tierra y sentí una emoción grande y extraña al pensar en mi sueño cumplido... Había cruzado los Andes.»

Y al decir esto, con una modestia grande y sincera, solos como estábamos ambos en su pequeño cuarto de oficial de la escuela de aeronáutica, el teniente Godoy inclinaba la cabeza y cerraba los ojos en un gesto tranquilo de recordación, viviendo nuevamente los momentos inolvidables de ese triunfo magnífico.

—«Aun quisiera que usted agregase algo — nos dice reaccionando.—Aunque he tratado de hacerlo, me parece que no he agradecido lo suficiente las atenciones que se me tributaron en tierra argentina. Al señor Mackern que fué el primero en llegar; a las autoridades, los oficiales que me acompañaron más tarde, al pueblo de Mendoza. Hay cosas que no se olvidan nunca.»

Vamos a despedirnos del bravo muchacho. Y al hacerlo nos pregunta con sencillo interés:

—«¿No sabe nada de Zanni? Le aseguro que he pensado en él, y aunque parezca extraño, he sentido lo que él sentirá viendo como le fué ganado el primer puesto. Es humano que cada uno desee un triunfo para sí. Pero es preciso, es de justicia, que se rinda un homenaje a él, a todos los argentinos, a Newbery que fué alma de esta cordillera. Hicieron mucho: tienen en su haber esfuerzos y sacrificios sin límites, y eso vale tanto como un triunfo...»

CARLOS FCO. BORCOSQUE.

Santiago de Chile, diciembre, 1918.

Teniente general Eduardo Racedo

El ejército argentino, pierde con la desaparición del teniente general Racedo, una de sus figuras más ilustres y brillantemente representativas. Su larga y hermosa foja de servicios, su actuación destacada, el sentimiento del honor que fué una de las acciones de su vida, y su patriotismo acendrado, hacían de él el prototipo del soldado caballeresco y pundonoroso, para quien sus conciudadanos guardarán la veneración y respeto debido a las salientes personalidades que supieron sacrificarse en aras de la patria.

Le tocó actuar al teniente general Racedo, en épocas difíciles para el país: ya sea convulsionado por luchas intestinas, ya sea en la guerra con el Paraguay, y en cualquiera de las acciones en que tomó parte siempre lo hizo con la gallarda bizarría de su valor sereno y bien templado.

En el acto del sepelio, se congregó en un profundo y unánime sentimiento de dolor, todo lo más representativo de nuestro mundo social y político.

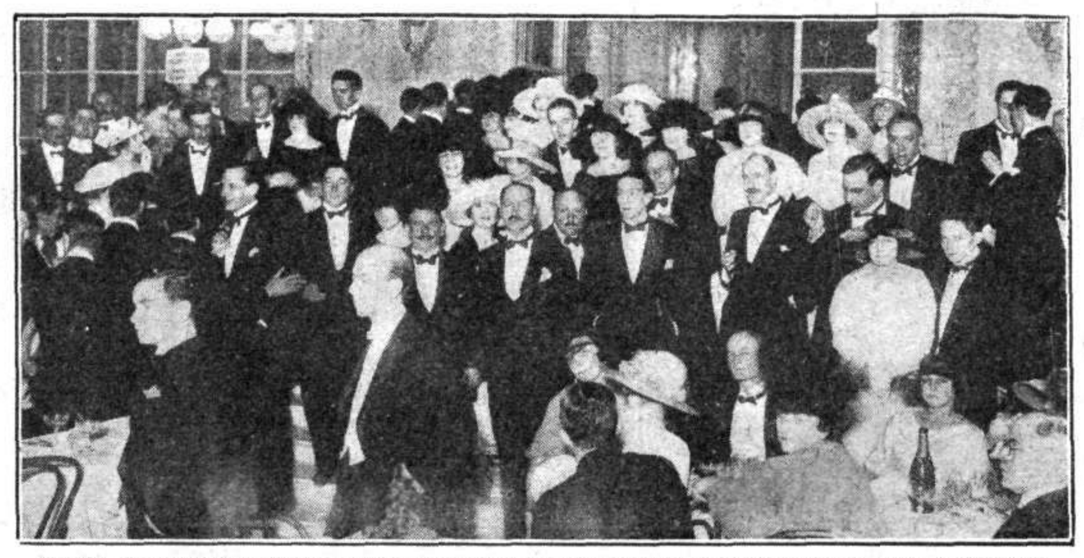


El Ministro de la Guerra, en representación del Poder Ejecutivo, pronunciando su oración fúnebre antes de dar sepultura a los restos mortuorios del teniente general Racedo. — La cureña que conducía el féretro, llegando a la Recoleta.

"Reveillon" en el Tigre

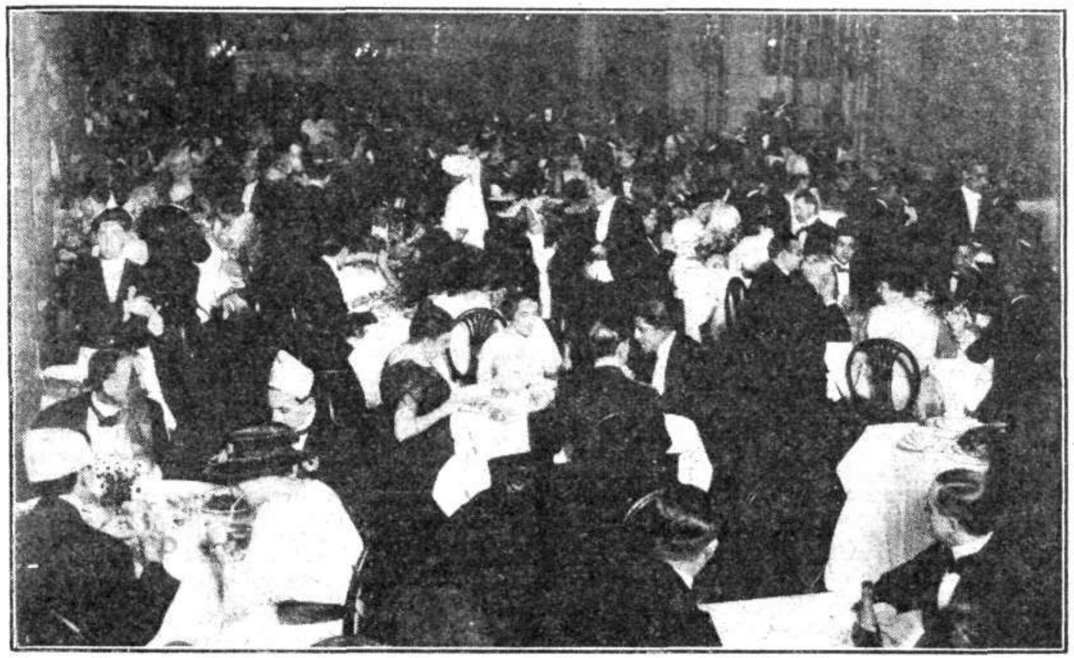
TIGRE HOTEL. — Brillante aspecto de la gran terraza del Hotel, a las doce de la noche, y algunas de las mesas ocupadas por gente conocida.

Superó la hermosa reunión, celebrada en el Tigre festejando el advenimiento del nuevo año, los cálculos más optimistas acerca de su éxito. Fué incalculable el número de las familias de nuestra sociedad que concurrieron a ella, haciéndose derroche, en el transcurso de la misma, de gran entusiasmo y espiritual cultura.



Un núcleo de distinguidas familias y caballeros, después de la cena, preparándose para el baile con que se dió término a la fiesta.

La cena del "New Year"



El gran salón comedor del «Plaza Hotel», ocupado totalmente por las familias de las colectividades inglesa y norteamericana. Siguiendo la costumbre anglo-sajona, a la llegada del nuevo año, se efectuó un animado baile, desarrollándose además un variado programa de concierto, que dió a la tradicional celebración un inusitado brillo e interés.

Notas de Mar del Plata

Desafiando el oleaje. Los primeros bañistas aprovechan las delicias de los baños de mar.

Niños de Cortejarena, paseando por la terraza.

Dos pibes, pasando un buen rato, a pesar de lo inocente de la distracción.

Treinta años de mi vida
por E. Gómez Carrillo

(Continuación)

— Por eso — díjome — no me atreví a dejar su firma... Ya ve usted que ni siquiera la forma de interviú le he conservado... Lo de usted era muy bonito... Lo que yo he arreglado, es un simple editorial político, hecho a medida de los deseos ministeriales.

— Muy bien — contestéle.

Pero en seguida le escribí al general Barrillas explicándole lo que acababa de pasar y mandándole la prueba de mi trabajo. En la misma tarde, un oficial fué a buscarme y con un tono brusco, que inquietó a mi familia, ordenóme que lo acompañara, porque su Excelencia tenía necesidad de verme inmediatamente.

— ¡Con tal que no hayas dicho alguna tontería! — murmuró mi madre.

Yo no estaba tampoco muy tranquilo. Temía que, realmente, el fondo de mi interviú fuese desagradable y me preparaba a oir una dura filípica por mi carta, en la cual me quejaba discretamente de la poca inteligencia del señor Anguiano. Mas, apenas en presencia de Barrillas, comprendí que lejos de disgustarle, mi franqueza le era simpática.

— Todo eso de los periódicos — me dijo riendo — no me importa... Yo no leo periódicos... Yo no leo nada... Eso está bueno para los literatos... Yo no soy ni bachiller...

— Yo tampoco — le contesté.

El se me quedó riendo, asustado, como si le pareciera que un hombre sin diplomas, no tuviera derecho a escribir. Luego, con aire paternal, exclamó:

— ¿Cuántos años tiene?

— Diez y siete — contestéle.

— Entonces, ¿por qué no estudia?

Vacilé un instante entre inventar una patraña honrosa y confesarle la verdad. Al fin, avergonzado, le dije:

— Porque me han expulsado de los colegios y me he escapado del Instituto...

— ¿Es usted?... ¡Qué tipo!...

Y se echó a reir ruidosamente, enseñando una soberbia dentadura y dándome palmadas en las rodillas.

— Si pudiera — agregué — me iría a estudiar a otro país.

— Pues váyase y deje eso de los periódicos para los zánganos... ¿Sabe lo que debiera usted ser?... Ingeniero... En San Francisco de California se hará usted ingeniero en poco tiempo... No sea tonto, aproveche la juventud... Váyase amigo...

— Es que...

— La pereza...

— No, señor, la pobreza... Mi familia vive con mucha modestia de lo que gana mi padre y por eso tengo interés en trabajar para ayudarla...

Pasó por la cara simpática y bondadosa de aquel hombre, que no carecía ni de bondad ni de inteligencia, una nube de amargura.

— La culpa la tiene don Agustín que no se me acerca, que está siempre metido entre los clericales — me dijo.

Y luego:

— Dígale que venga, que me pida lo que quiera...

Al fin, riendo de nuevo:

— Vea: yo he establecido unas pensiones en Europa para los jóvenes que más se distinguen en sus estudios... En París tengo a Toledo, a Rosal, a Ortega... A usted no quiero mandarlo a París, para que no se me pierda... Lo voy a mandar a España... En París hay muchas cocotas...

— ¿En qué me he distinguido yo?...

— En lo malo, mi amigo...

Y volvió a reir, contento de sí mismo, de su gracia, de mi extrañeza y tal vez también de su buena acción.

— Se lo agradezco a usted mucho — le dije — y cuando le sea posible...

— Eso hay que hacerlo ahora mismo, para que no me arrepienta mañana.

Diez minutos más tarde el ministro de Instrucción Pública, llamado con urgencia, había redactado un acuerdo concediéndome una mensualidad de 750 francos «para permitirme ampliar y perfeccionar mis estudios» en Madrid.

Cuando, por la noche, a la hora de la cena, conté a Rubén y a José lo que acababa de ocurrirme y les hice leer mi nombramiento firmado y sellado, ambos me abrazaron, contentos de mi suerte.

— A ti — me dijo mi tío — todo te sale bien, hasta lo que debiera salirte mal... Has nacido bajo una estrella favorable... Tú no te perderás nunca en el camino...

Mi señor director, en uno de esos raptos de generosidad que, por desgracia, no se traducían siempre en hechos, me prometió que al día siguiente el administrador de «El Correo» me pagaría los 300 duros que se me debían.

Yo me sentía feliz, pero temía lo que mi familia iba a decirme. Mi madre, sobre todo, inspirábame inquietudes. Ella tan tierna, ella tan acostumbrada a verme siempre a su lado, ¿consentiría en dejarme partir?... Y aunque yo veía en aquel viaje la realización de un sueño, que ni siquiera habíame atrevido a hacer, sentía que una sola lágrima y una sola súplica podían echar por tierra todas mis ilusiones.

— Si ella se opone — me juré — renunciaré a irme. Ante todo darla a ella gusto.

Pero no se opuso. Al contrario. Llorando de emoción, bendiciendo al Presidente, confesóme que, muy a menudo, la pobreza de nuestra casa le había pesado, porque no le permitía enviarme a Europa a educarme.

— Lloro — me decía cubriéndome el rostro de besos y de lágrimas — pero es de placer... Cuando vuelvas, serás un hombre formal y no te separarás nunca de mí... Es cierto que tienes suerte y que la mereces, por lo bueno...

Mi padre, más satisfecho aún, lejos de llorar, sonreía; me hablaba de nuestra familia de España, me daba consejos prácticos...

— Ese Barrillas es un buen hombre — decíame — pero está mal aconsejado.

XVI

LAS ULTIMAS VISIONES DE MI TIERRA

— No puedes figurarte lo contenta que estoy — decíame a cada instante mi madre, abrazándome con más ternura que nunca.

Y mi padre, siempre tranquilo, siempre risueño, exclamaba:

— ¡Ya verás lo bien que vas a encontrarte en la tierra de tus abuelos!... Desde que sé que te vas, me siento tranquilo en lo que se refiere a tu porvenir...

Pero yo notaba que bajo aquella sincera alegría, iba naciendo, poco a poco, una melancolía inconsciente. Como era por mi bien, mi familia había puesto su voluntad en regocijarse. Sólo que, encima de la voluntad y de la razón, estaba el afecto, y el afecto hacía llorar en secreto todos los ojos. Mi hermana Luz, me lo hizo sentir un día, llamándome ingrato.

— ¿Por qué? — le pregunté.

— Porque te vas y cuando te hayas ido la casa va a quedarse vacía...

— Ya ves, sin embargo, que hasta mamá se alegra.

— ¿Qué ha de decir la pobre?... Pero si la vieras por la noche, en su cuarto...

Los ojos se me llenaron de lágrimas y mi valor flaqueó de tal manera, que fuí en el acto a hablar con mi padre y le ofrecí renunciar a marcharme si él creía que con eso podía evitar futuras tristezas.

— No seas niño — contestóme — Josefina siente, como es natural, separarse de uno de sus hijos. ¡Yo también, demonio!... Pero la sola idea de que por nosotros dejases de aprovechar una aportunidad inesperada de conocer el mundo, nos sería mucho más penosa que la despedida. No se trata, después de todo, sino de un par de años de separación...

Un pariente nuestro que asistía a este diálogo, intervino para hablar en el mismo sentido. Según él, no había ventura mayor que salir de América.

— Pero, — agregó — en lo que no estoy de acuerdo con Agustín, es en eso de que tu ausencia durará poco tiempo. Una vez en Europa, no volverás nunca y harás bien...

Si yo hubiera dado crédito a aquel vaticinio, creo que no me habría movido de Guatemala. La idea de abandonar para siempre a mi madre, de no volver a ver mi casa, de desarraigarme por completo, apenas podía entrar en mi cabeza. Algo antes, al encaminarme hacia

el Salvador, decíame: «Volveré sabiendo trabajar, volveré hecho un hombre, tal vez hasta volveré rico». Y como mis sentimientos filiales lejos de entibiarse habíanse engrandecido cada vez más, el preparar mi partida para España mezclaba el placer de irme con la esperanza de regresar.

De pronto mi padre me preguntó:

— ¿Cuándo piensas marcharte?

— Hay dos vapores en este mes — respondíle — uno el 15 y otro el 24. Para estar un poco más de tiempo con vosotros, me iré en el segundo.

— Si quieres oir mi consejo, márchate en el primero... No hay nada tan inútil como hacer durar las despedidas.

— Pero el 15 está muy cerca. Hoy estamos a 12.

— ¿Tienes, acaso, muchas cosas que arreglar?

— Nada.

— Pues entonces...

— Lo que tú quieras...

Y tres días después, a las 6 de la mañana, salí de mi casa sin hacer ruido, con el pecho tembloroso, con los ojos enrojecidos por el insomnio y por el llanto... De antemano habíamos convenido en que nadie me diría adiós en el último momento, y en que nadie me acompañaría a la estación. Mi equipaje, una maleta modesta de estudiante, había sido facturada la víspera. Yo iba por las calles, despacio, con las manos en los bolsillos, mirando las casas cerradas, encontrando encantos imprevistos en todas las esquinas, evocando recuerdos ante algunas rejas... Había algo de automático en mí. Un miedo vago del porvenir inmediato, angustiaba mi espíritu. La fiebre que dos años antes habíame dado alientos para caminar a pie por las carreteras, en pos de un destino incierto, no acudía de nuevo a mi conjuro. «Dame valor y dame energía; calma mi necia congoja» — decía, dirigiéndome a los dioses ignotos que protegen a los niños abandonados. Pero todo era en vano; nada me animaba; ninguna perspectiva hacía palpitar de impaciencia mi alma. «Vas a ver París, alma, vas a respirar el mismo aire que respiran los grandes poetas, vas a conocer a las mujeres más bellas del mundo... Vas a vivir en Madrid, alma, en el Madrid de tu padre y de tus abuelos; vas a respirar en Sevilla el aroma de los claveles que ornan las cabelleras negras». Mi alma seguía padeciendo en una especie de modorra inquieta que no acertaba a dejarme saber si prefería irme o quedarme... Así tomé el tren y así llegué hasta Escuintla, donde debía parar un día, no recuerdo por qué combinación momentánea de trenes... Y así me acosté en un cuarto de hotel que me pareció lúgubre... Y así me levanté diez o doce horas más tarde...

La razón, sin embargo, habíase sobrepuesto al instinto. En principio, estaba contento y no podía ni vacilar entre volverme atrás o seguir adelante. En Madrid, cuyas escuelas figurábanseme centros milagrosos donde el saber se hallaba al alcance de todas las buenas voluntades, adquiriría, al cabo de unos cuantos años de estudio, la plenitud de la ciencia literaria. Leyendo artículos sobre la organización de los cursos libres del colegio de Francia, me suponía que en España debía existir algo análogo; para que los Menéndez Pelayo, los Valera, los Salmerón, los Pi Margall, pudieran comunicar a los jóvenes el resultado de sus investigaciones. Además, lo que en Guatemala no había podido hacer, pensaba realizarlo en Europa, interviuvando a los hombres ilustres, buscando en el fondo de sus pupilas el secreto de su genio, analizando sus obras a la luz de sus propias confidencias. Hablando de todo esto, la víspera, en nuestra última cena de «El Correo», Rubén Darío habíase opuesto enérgicamente a mis proyectos madrileños:

— En España — decíame — no encontrará usted nada de lo que busca... España es un país de retórica atrasada, de gustos rancios, de ideas estrechas... Quite usted a Castelar, a Campoamor, a Núñez de Arce, a Menéndez Pelayo, y no queda nada...

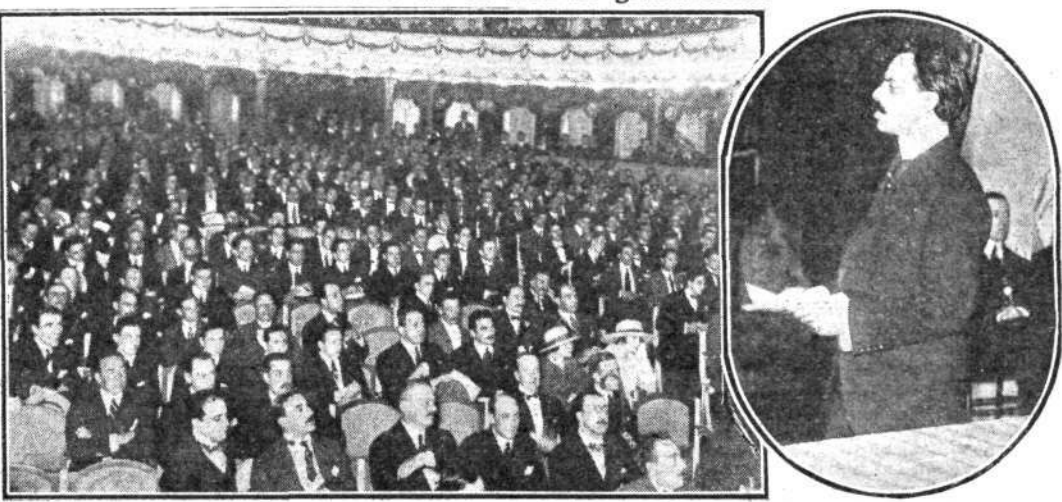
Rubén mismo ha dicho que es a él a quien le debo haber renunciado a la Villa del Oso y del Madroño para convertirme en hijo espiritual de Lutecia. Y también ha contado la historia de un famoso gabán de invierno que me dió antes de marcharme, para que no me muriera de frío en el mes de diciembre de 1900 al llegar a Nueva York. La verdad es que si me regaló, en efecto, un abrigo, fué en cambio de los 300 duros de sueldos que me debía... Y en cuanto a sus consejos, muy cuerdos en el fondo, apenas los oí... Yo pensaba entonces, como él, que la literatura castellana hallábase en la más lamentable decadencia. Pero al fin y al cabo, teniendo yo por fuerza que escribir en mi lengua, creía que sólo en el solar de mi raza podía adquirir los conocimientos necesarios para formar mi estilo y mi espíritu. En cuanto a París, especie de paraíso terrenal, aparecía en mi mente cual una tierra prometida en la cual me proponía pasar un par de meses cada año, para gozar de sus encantos y para refrescarme el alma al soplo vivificador de su poesía.

En todo esto pensaba yo aquella mañana ardiente y luminosa, paseándome por las calles sórdidas de Escuintla. Una punzante nostalgia atormentábame, haciéndome encontrar encantos en todo lo que me rodeaba. El campo verde atraíame con tal fuerza, que quise, como en los días de mi viaje al Salvador, ir a pie hasta un pueblo lejano, famoso por sus frutas y por sus flores. Un campesino viejo prestóse gustoso a acompañarme, enseñándome los senderos frescos, abrigados del sol por las ramas de los árboles. Al cabo de varias horas de marcha, nos hallamos en pleno bosque, en una dulce penumbra a la cual la luz no llegaba sino tamizada y diluída por el palpitante toldo de la fronda tropical. Un perfume extraño, compuesto de mil esencias vegetales, jugueteaba a nuestro derredor, envolviéndonos en sus efluvios al menor soplo de la brisa y desvaneciéndose luego, entre rumor de hojas, cuando el viento arreciaba. Edda, durante nuestros largos paseos por su jardín, me había dado poéticas lecciones de botánica. Con su naturaleza de hija del polo, entusiasmábase ante los lujuriantes productos de la zona tórrida y veía arcanos inverosímiles en lo que para mi era vulgarísimo. «Estas orquídeas — decía acariciando los largos pétalos parásitos — tienen formas que me perturban». Yo recordaba estas palabras en medio de la jungla y buscaba lo que hay de monstruoso en la belleza de aquellas flores que palpitan sobre las ramas de los árboles milenarios, como pájaros cautivos que quisieran en vano alzar el vuelo. Mi cicerone no se explicaba la atención afectuosa con que yo me detenía para acariciar ciertas corolas, entreabriéndolas y admirando sus entrañas. Por primera vez, dábame cuenta de que Edda tenía razón, de que había algo de humano, algo que hacía pensar en labios femeninos, en algunas maravillosas y diabólicas formas vegetales. Los gigantes de la selva ecuatorial, en cambio, inspiraban a mi compañero frases de religioso respeto. Tocando sus troncos enormes con la diestra, me los iba nombrando, uno por uno. Y era el ceibo, que extendía sus ramas como para que una tribu entera se abrigara a su sombra; el ceibo, altísimo, más amplio que una cúpula de catedral, arraigado en la tierra negra para durar eternidades: el formidable ceibo cuyo recuerdo, más tarde, había de hacerme encontrar mezquinos los cedros del Líbano... Y eran cipreses que no se alzan cual mástiles negros lo mismo que sus débiles hermanos de Grecia o de Italia, y que no son melancólicos guardianes de cementerios, sino que se yerguen en grupos desordenados alzando sus pirámides ciclópeas para desafiar, por encima de las copas vecinas, el furor de los vendavales... Y eran guanacastes que, con sus cuarenta metros de altura, tienen delicadezas de planta de jardín y cierran por la noche sus hojas delicadas para que la brisa no les arrebate su perfume... Y eran balsameros y mimosas enormes y magníficos laureles silvestres de ramas barnizadas, y también cedros, cedros innumerables, cedros blancos, cedros rojos, cedros dulces, cedros destronados por sus rivales mayores en tamaño, pero siempre augustos en su belleza bíblica... Y para aumentar la impresión de plétora de vida, de abundancia de savia, los bejucos más robustos, que jamás he visto, enroscábanse al rededor de algunos troncos, haciendo pensar en éxodos de serpientes que trapasen en busca de la luz del sol...

Poco a poco, aquella penumbra llegó a pesarme, hasta el punto de que cuando salimos al llano y nos encontramos entre cañaverales lucientes y ondulantes, sentí una impresión de alivio. Mi alma no estaba hecha entonces, ni lo ha estado nunca, para los espectáculos salvajes o sobrenaturales. Todas las florestas de Asia, no valen para mí lo que un paisaje de la Isla de Francia y todos los templos de Balbec ocupan en mi memoria menos espacio que el minúsculo y divino templo de Erecteo.

(Continuará).

Alianza de la nueva generación



La sala del «Teatro San Martín», durante la asamblea cívica organizada por el Comité Nacional de la Juventud, con el propósito de constituir una nueva entidad cultural, universitaria y política. El señor Ricardo Rojas, leyendo su notable documento, que llamó profesión de fe, y en el cual se exhorta a los ciudadanos a constituirse en el nuevo partido que se denominará «Alianza de la nueva generación».

Demostración



Banquete con que un grupo de amigos y colegas obsequiaron al señor Venancio Serrano Clavero, por su designación de director del suplemento semanal del «Diario Español», que aparecerá con el nombre de «El Correo de España». Ofreció la demostración el señor Morales Navas, siguiendo en el uso de la palabra el señor Justo López de Gomara, a quienes contestó en un elocuente discurso el señor Serrano Clavero.

Antonio J. Manjón



En nuestros círculos artísticos, la desaparición del popular y exquisito maestro Manjón, ha causado intensa pena. Intimamente vinculado a nuestro medio, Manjón era para el arte nacional uno de sus más entusiastas propulsores. Su temperamento de gran artista, y la belleza de sus composiciones, dejará un recuerdo imborrable.

En favor de la mujer



Concurrencia que asistió al acto preliminar, realizado por iniciativa de un grupo de damas universitarias, en el Museo Escolar Sarmiento, con el fin de cambiar ideas para iniciar un movimiento en nuestro país en pro de los derechos de la mujer.

Campeonato del Río de la Plata

Pintoresco aspecto de una tribuna popular, con el público convenientemente preparado para desafiar el calor que reinó durante el partido.

El goalkepper de «Racing», haciendo una dificilísima atajada, a raíz de la cual concedió un corner.

Ante un público entusiasta y numerosísimo se llevó a cabo, en la cancha de «Gimnasia y Esgrima», el partido de football por el «Campeonato Río de la Plata», entre los teams de «Racing» y «Peñarol», cuya realización había logrado despertar un enorme interés entre los aficionados de ambas orillas del Plata. «Racing», después de realizar un considerable esfuerzo, logró el triunfo sobre su poderoso rival por dos goals a uno, marcados por Marcovecchio y Zavaleta, los de «Racing», y por Gradín, el de «Peñarol».



El centro forward de «Racing», Marcovecchio, atacando en rápida corrida la valla defendida por «Peñarol».

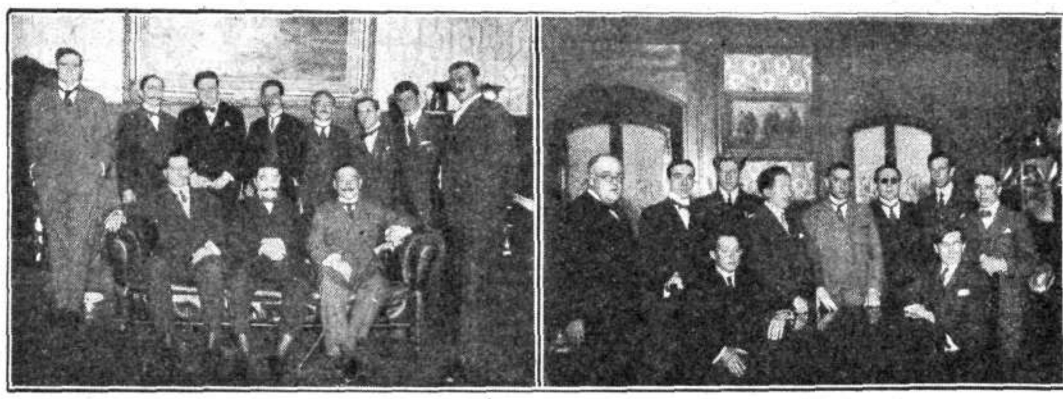


Zavaleta, aprovechando una indecisión del guardavalla uruguayo, para marcar el goal del triunfo de su equipo.

Constitución y elección de las autoridades del Concejo Deliberante



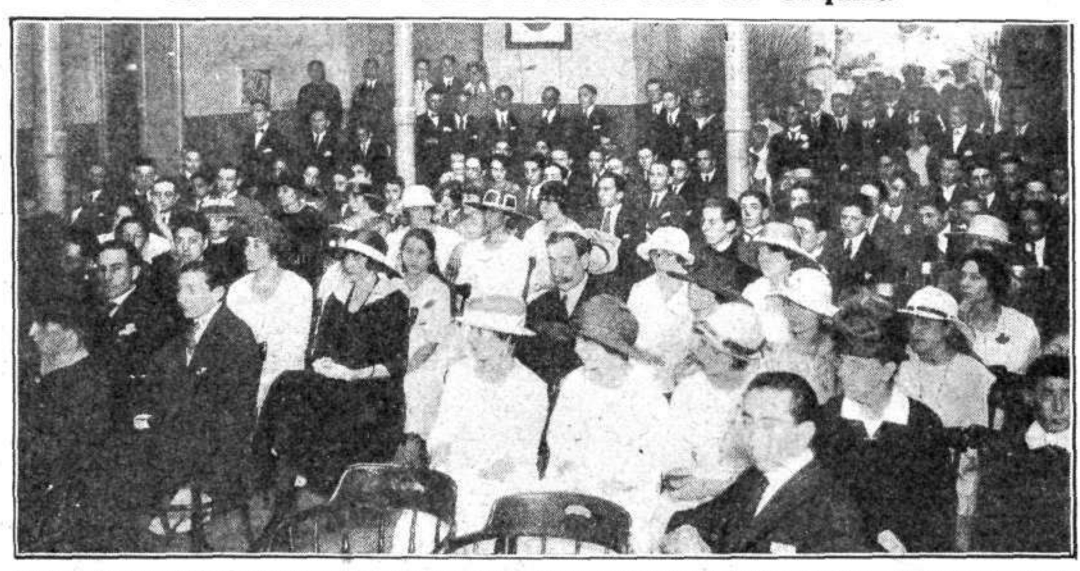
La mesa directiva del nuevo Concejo, formada por los señores: Saturnino García Anido, presidente (radical); doctor Angel M. Jiménez, vicepresidente 1.° (socialista), y Alejandro Mohr, vicepresidente 2.° (del Comité Comunal del Comercio).



Los concejales elegidos por el Partido Radical.

Grupo de los concejales que obtuvieron los votos del Partido Socialista.

En la Escuela "General Justo José de Urquiza"



Concurrencia que asistió a la inauguración, en la escuela citada, de los cursos organizados bajo el patrocinio de la «Junta de Cultura de Flores».

Notas sociales

Reiteradas veces lamentamos que, en medio del vértigo de nuestro género de vida, desaparezca hasta el último vestigio de la cortesanía de otros tiempos... aquel rendimiento romántico y munificente a la vez, de los galanes que ponían a los pies de la *dueña de sus pensamientos* todo cuanto valían: corazón, inteligencia, energía, valor a toda prueba, fortuna fabulosa...

¡Pues bien, amigas mías, felicitémonos! En esta prodigiosa cosmópolis, henchida de ideas prácticas, en plena *city*, dentro de polvorientas, áridas oficinas, palpita aún el sentir caballeresco de los galanes de antaño; puede dar fe de ello, cierta encantadora porteña con ribetes de parisina, pues es ella quien goza hoy del privilegio de ser cortejada como debieron serlo aquellas antepasadas de la época romántica... Muy joven aún, dueña del encanto y atractivo peculiar a las que llevan su mismo apellido, tan difundido y vinculado en los altos círculos sociales y financieros del país, la deliciosa criatura, que ha vivido los primeros años de su juventud en un ambiente netamente parisino, se ha aclimatado completamente al nuestro, que es el que la corresponde, conquistando sinceras afecciones entre los que han podido valorar — a pesar de su modesta reserva — la dulzura de su carácter y el encanto de su trato. No es extraño, por consiguiente, que haya conquistado, casi sin darse cuenta, — en un principio — a uno de los príncipes de nuestro mundo financiero, que reune a su trato gentil *un savoir faire* fastuoso, sin dejar de ser exquisito.

El romanticismo sigue siendo siempre caro a todo corazón de mujer, sentimiento que no logran destruir, ni la edad, ni los pesares.

Por eso recuerdo hoy, con intensa sensación de dolor, al amigo desaparecido; al *romántico*, al poeta brasileño: a Olavo Bilac, en fin, si es menester nombrarle; al que llamó uno de nuestros *croniqueurs* "el eximio señor de las letras brasileñas". Lo contaba siempre entre los leales, verdaderos amigos, cuyo trato y correspondencia han iluminado muchas de las largas horas de mi vida... Fuimos amigos al conocernos, y hoy evoco, entre mis mejores recuerdos, su ya lejana visita, nuestro primer encuentro, el día que pude escucharle, cautivada, en el viejo salón de la calle San Martín, en la residencia patriarcal de los Mitre, cuando un grupo selecto de invitados rodeaba al ilustre anciano y al joven orador, de espíritu vibrante, fascinador... Me parece escuchar aún sus entusiastas elogios, después de oir las inmortales frases de "Samson y Dalila", cantadas con singular maestría por María Antonia Rodríguez de Frías; su emoción intensa, con la exquisita melancolía de nuestros aires nacionales, que le hiciera conocer en aquella tarde Julián Aguirre. Luego, el poeta, *homme du monde accompli*, expresaba su admiración por una de las figuras femeninas más arrogantes y sugestivas de aquella temporada; de tipo genuinamente criollo, su chispeante ingenio hacía sonreir al ilustre, sereno anciano, que recibía el respetuoso homenaje de sus invitados, dando preferente sitio en el estrado de honor, a la interesante criolla, que lucía enorme ramo de rosas rojas prendido al esbelto y airoso talle; la dama de hoy, ha de recordar también enternecida, como yo, al amigo desaparecido, al príncipe de los poetas brasileños, que supo hacerse admirar y que inspiró hondos afectos en más de un espíritu de porteña soñadora...

La dama duende.

DULCE ESPERANZA

Para Caras y Caretas.

Tú, fiero cuervo, que en negras noches,
Vagando ufano en los cementerios,
Con tus ojazos color de fuego
Ves a los muertos.

Ven a las rejas de mi ventana
Y escucha el eco de mis lamentos,
Para que cuentes a mi adorada:
¡Dulce esperanza!

Que son mis días tristes, muy tristes;
Que amante y loco ya voy perdiendo
El claro juicio del pensamiento,
¡Sólo por ella!

Dile que has visto, que ya mis ojos
De llorar tanto no tienen lágrimas;
Y que en pedazos mil hecha el alma
Muere de pena.

Dímele cuervo; mi cuervo amigo;
Que en mis jardines no crecen flores,
Que sólo nacen punzantes cardos
Llenos de espinas.

Dile que aquellas aves cantoras
Que en otro tiempo nos visitaban
Cuando ella amante me sonreía
Tierna en mis brazos,

Hoy ya se han ido lejos, muy lejos,
Y en cambio vienen sombríos buhos
Que con macabros roncos graznidos
Me infunden miedo.

Dile que es todo dolor y llanto,
Que nada tengo y que nada ansío,
Que ya murieron todas mis rosas
Junto con ella.

Dile que el beso de la mañana
Que ardiente lanza Febo a la tierra,
Ya no se cierne sobre mi frente
Sombría y pálida.

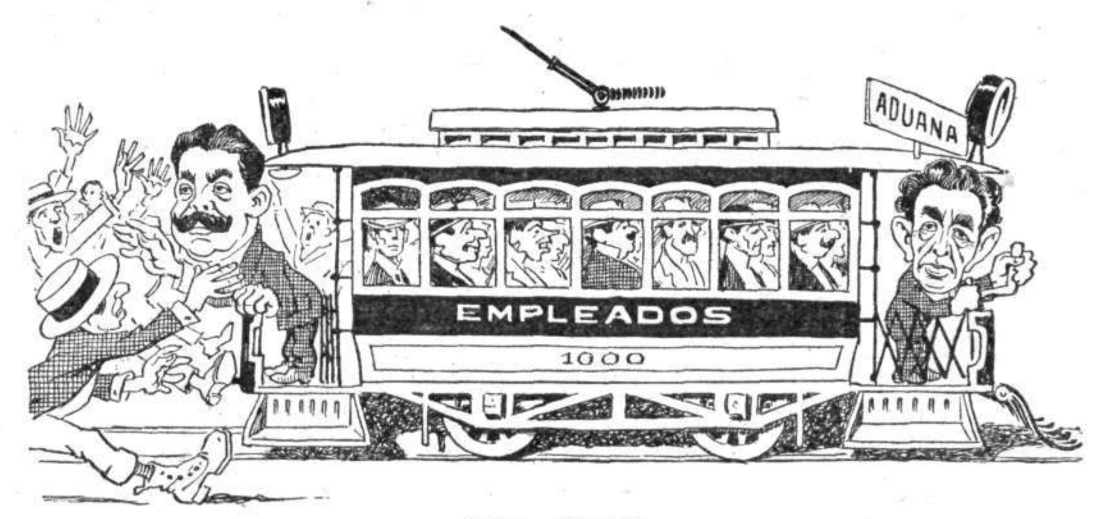
Dile que espectros doquier me siguen;
Que las auroras son mis tristezas,
Y que en las noches más tenebrosas
Se ensancha mi alma.

Vuela a las sombras mi cuerpo amigo.
Vuela a la tumba donde por siempre
Duerme su sueño mi niña hermosa:
¡Dulce Esperanza!

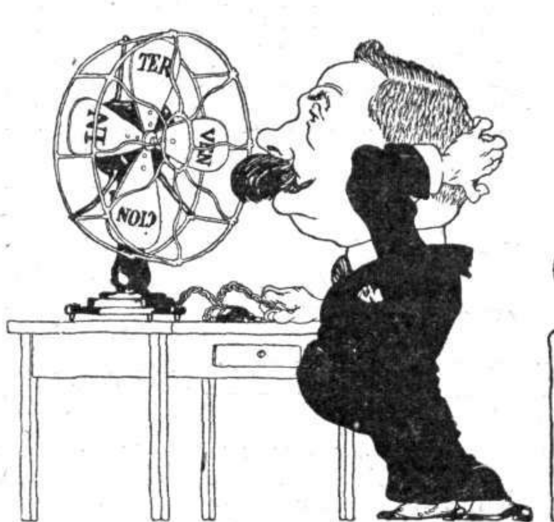
Y con acento que infunda miedo;
Cuéntala todas mis amarguras,
Cuéntale todos mis desengaños,
¡Mis tristes penas!

Arturo G. Lazcano Colodrero.

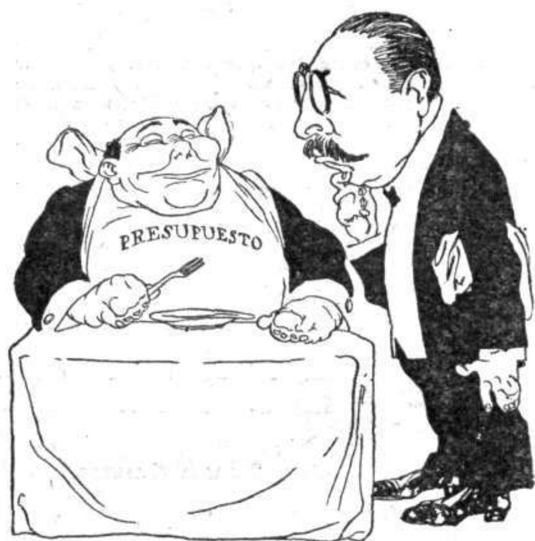
Emisión menor



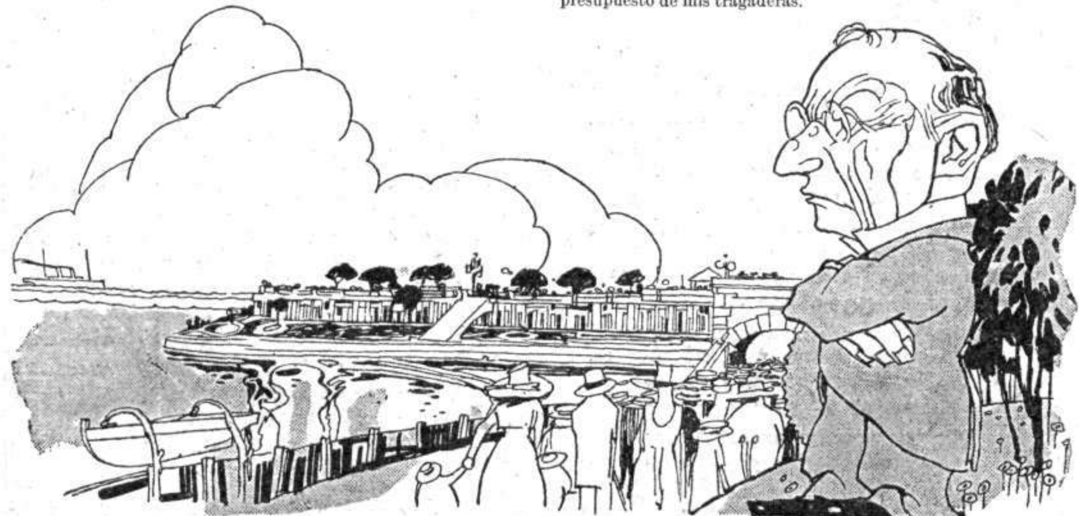
Lozano. — ¡Completo!



Isaza. — ¡Qué chambón he sido!... ¡Yo mismo pedí de Buenos Aires este aparato y ahora temo hacerlo funcionar!...



Saguier. — Y... ¿qué le ha parecido?
Presupuesto. — Dos duodécimos es plato poco resistente para presupuesto de mis tragaderas.



Llambías. — ¡Qué poco respeto! ¡Están divertiéndose sin tener en cuenta la seriedad que doy a todos los actos con mi sola presencia!

Dib. de Polimani.

De Rosario



Miembros de la colectividad británica, durante la cena organizada por el «Club Rosario Atlético», en la plaza Jewell, festejando la entrada del año.

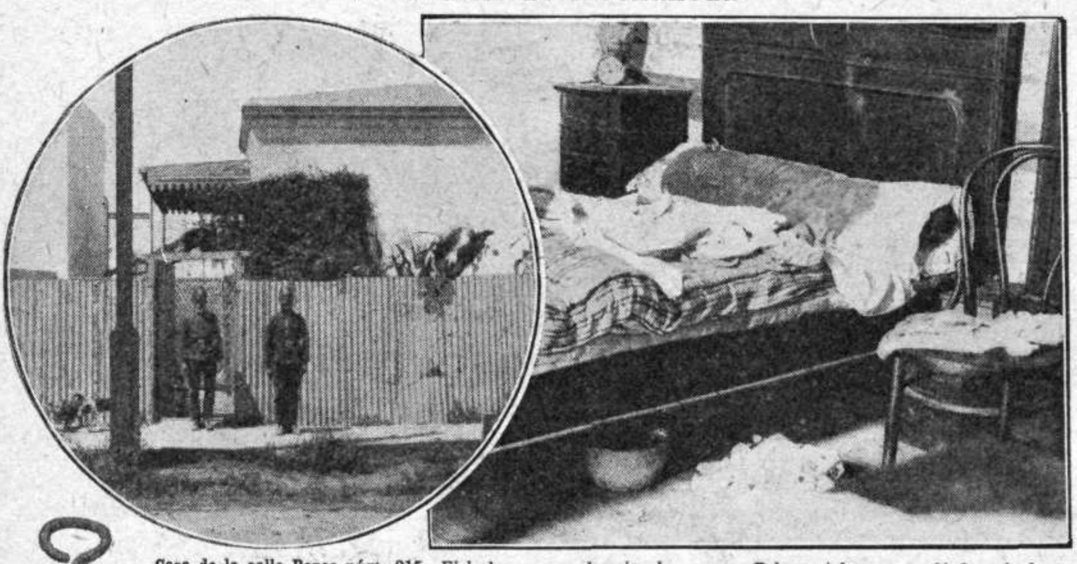


Aspecto que presentaba la sala del teatro Colón, en el «reveillón» que a beneficio de los niños huérfanos, por la guerra, dió bajo su patrocinio la sociedad «Unión Damas Argentinas Pro - Aliados».



Los nuevos concejales municipales, presididos por el señor Carlos Paganini, reunidos en el salón de la biblioteca del Concejo, una vez terminado el acto de prestar juramento de sus cargos.

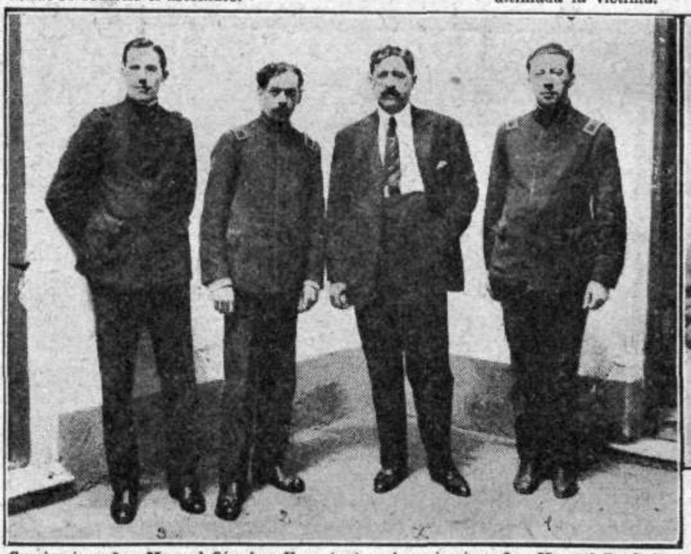
El crimen de Avellaneda



Casa de la calle Pozos núm. 215 donde se cometió el asesinato.

El lecho, en que dormían los esposos Deluca, tal como quedó después de ser ultimada la víctima.

La pala de 15 kilos de peso, usada como instrumento, para cometer el hecho.



Comisario señor Manuel Sánchez Vera (×), subcomisario señor Manuel B. Quijano (××), oficial inspector señor Ignacio Rivero Maza, y el escribiente-secretario, señor José Carlos Barrasco, que actuaron eficazmente en el descubrimiento del crimen.



Adela Príncipe de Deluca, esposa de la víctima, cómplice y encubridora del asesinato, que en el primer momento trató de simular el haber sido asaltada por unos desconocidos.



Eduardo Torres, instigador y autor material del asesinato.

Uno de esos actos monstruosos, en los que parece que los ejecutantes carecen de razón e instintos humanos, se ha llevado a cabo en una pequeña casa de un apartado barrio de Avellaneda, ocupada por Camilo Deluca, su esposa Adela Príncipe y cuatro hijos, el mayor de los cuales cuenta 13 años de edad.

La mujer Adela, no mal parecida, logró despertar en el sujeto Eduardo Torres, una vehemente pasión, que correspondida ampliamente por ella, vino a turbar la vida antes feliz del matrimonio.

Con la misma intensidad de su amor por Torres, se despertó en Adela un odio terrible hacia su esposo, odio que fué la causa principal que motivó el crimen.

A proposición de la mujer, Torres accedió a dar muerte a Deluca, para lo cual concertaron ambos el que la designada víctima se hallara durmiendo para asesinarla; para ello Adela les avisaría el momento más oportuno. Este no tardó en llegar; una noche, a las 10, daba la mujer la señal convenida y hacía penetrar a Torres, armado de una pala, hasta la habitación en que descansaba Deluca; una vez hecho esto, Adela alumbraba con la luz de una lámpara la cabeza de su esposo y el criminal descargaba un feroz golpe sobre el infeliz Deluca, destrozándole el cráneo, herida de resultas de la cual fallecía instantes después.

Consumado el horrendo hecho, la mujer acompañó al criminal y al sujeto amigo de éste, quien fué llevado por si había que pelear, hasta los fondos de la casa para que huyeran, ocupándose después en despistar a la justicia.

La indignación de los habitantes de Avellaneda ha sido grandísima, intentando linchar a los asesinos cuando eran transportados al lugar del hecho.



Germán López, delatado como cómplice de Torres.

EL CISMA



Sorprende sin duda alguna
una
extravagante y curiosa
cosa,
un hecho que han de juzgar
singular
los que deben lamentar
la cosa o el hecho "en sí".
El caso es que ocurre aquí
una cosa singular.

¿Quién le llama a Dios de tú?
Becú.
¿Quién ataca su poder?
Saguier.
¿Quién quiere escupir al cielo?
Melo.
Para horrible desconsuelo
de diversos radicales,
los tres genios infernales
son Becú, Saguier y Melo.

Debe pensar en vencer,
Saguier.
Inspira mucho recelo,
Melo.
Se empeña en hacer el bu,
Becú.
Fieles hasta el caracú,
los que no son disidentes,
califican de imprudentes
a Saguier, Melo y Becú.

¿Podrá conseguir su anhelo,
Melo?
¿Lo mismo hará que Mambrú,
Becú?
¿Les dará mucho que hacer,
Saguier?
Bien pronto vamos a ver
si tienen autoridad
y lo que hoy, en realidad,
son Melo, Becú y Saguier.

Dicen que vale un Perú,
Becú;
que Melo tiene poder
y Saguier;
que dignos de admiración
son.
Producida la escisión
con sus males y sus bienes
mañana sabremos quienes
Becú, Melo y Saguier son.

¿Es, quién llegó a tal extremo,
blasfemo?
¿No será un tejemaneje
hereje?
¿No es, quien la ocasión atrapa,
antipapa?
Si el triunfo se les escapa
y les vemos enojados,
los tres van a ser llamados:
¡Blasfemo! ¡Hereje! ¡Antipapa!

Dib. de Redondo.

LUIS GARCÍA.

En honor de monseñor Costamagna



El obsequiado, con monseñor Alberti y altas autoridades eclesiásticas, ocupando la cabecera de la mesa, en el gran banquete que le fué ofrecido en el «Colegio San Carlos», por la «Asociación de ex alumnos de don Bosco».

De Montevideo

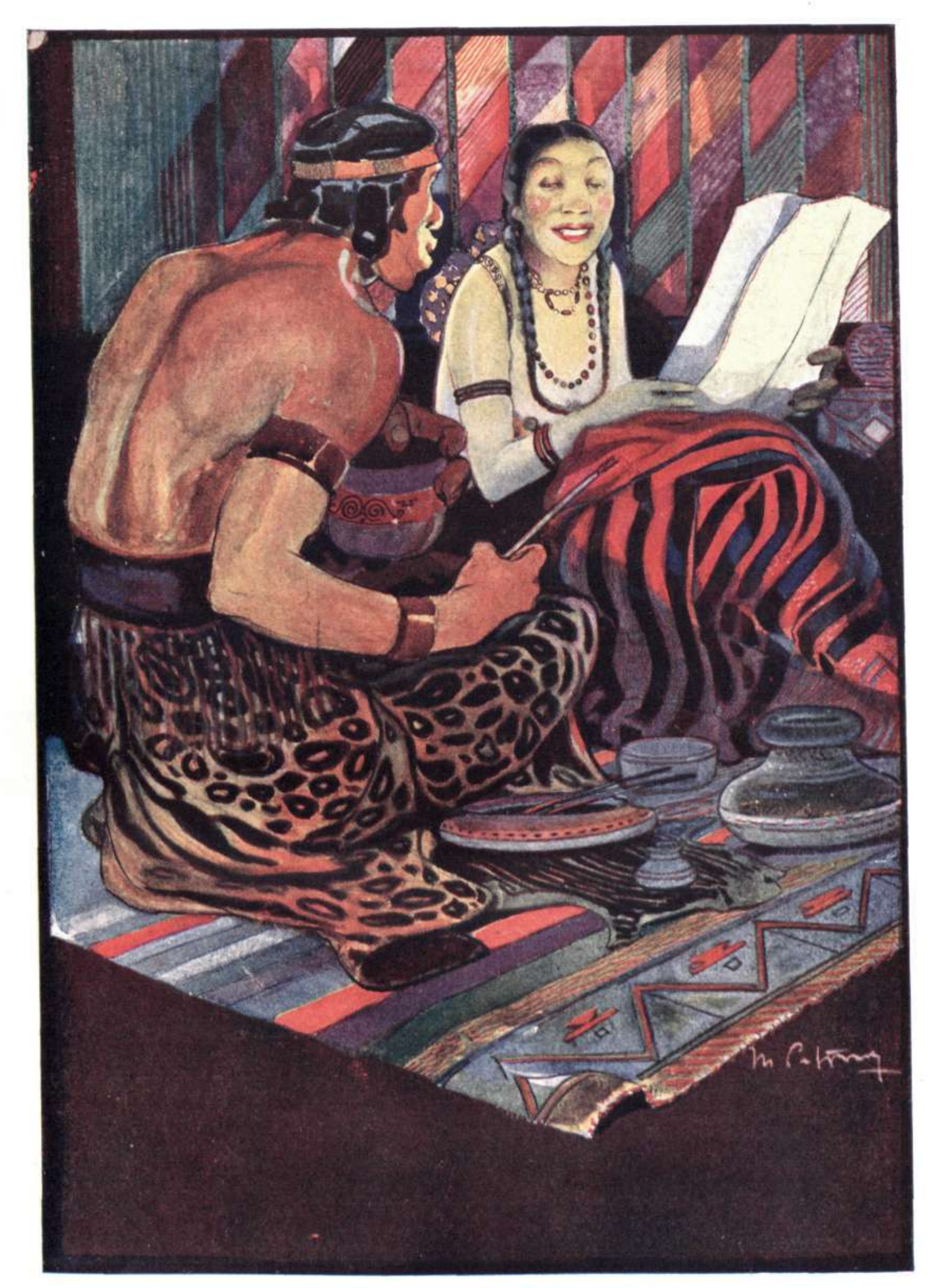


Núcleo de periodistas, que fueron comensales en el banquete de confraternidad con que el gremio despidió el año 1918.



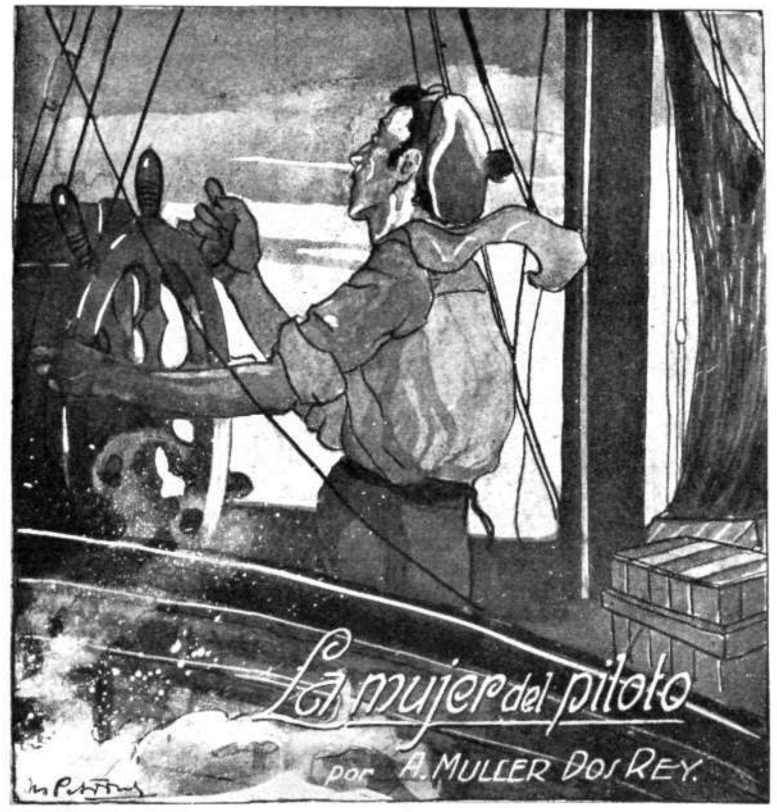
Miembros de la colectividad española que tuvieron a su cargo la organización de las tradicionales romerías, reunidos después de haber celebrado el éxito de las mismas, con un almuerzo campestre.

Niños que asistieron a la fiesta infantil, dada por el «Club Suizo», festejando la Nochebuena.



INDUSTRIALES INDIGENAS

GOUACHE DE MIGUEL PETRONE



señaló una vela hacía el Norte. Judith, apresuró con alegría los arreglos de su hogar y armó un árbol de Navidad, para sorprender al esposo.

Cantando y riendo, iba y venía en una agitación febril. Llamaba a la criada, y le daba órdenes, insatisfecha con su propio trabajo; pues todo le parecía poco para el digno recibimiento del marino, que llegaba después de una larga ausencia.

Una noticia, sin embargo, la desalentó: el pescador Romualdo, le aseguró que la calma del mar, no permitiría entrar al barco en aquel día.

Por la noche, cuando se convenció de que el buque no había llegado, se recogió para dormir agitadamente, no sin antes encomendar a su esposo a N. S. del Buen Viaje.

De madrugada, abrió la ventana de su casita que daba al mar y se puso a contemplarlo, escuchando sus lejanos susurros. La fresca brisa del Este le daba en el rostro y agitaba sus crenchas negras. Poco después, pasaba por allí, el viejo Manuel, experto práctico de la barra, asegurándole que el *Adela* entraría a la tarde, con el repunte de la marea.

Efectivamente, a las 4 el *Adela* transponía la barra, mansamente; una bandada de gaviotas volaba en torno a sus velas, soltando píos estridentes.

Poco después, atracaba al puerto y el capitán desembarcaba. En su fisonomía bondadosa, notábase en seguida, algo de grave.

Judith, le salió al encuentro, abrazándolo y preguntándole ansiosa por su marido. El viejo lobo de mar, con voz vacilante, le contestó que el piloto desembarcaría más tarde; tenía un servicio urgente a bordo, y le había pedido que viniera a saludarla, y decirle que lo esperase.

Judith, muy triste y como si presintiese una desgracia, volvió a su hogar, no sin mirar repetidas veces al barco, sintiendo una honda aflicción por no traer consigo al esposo.

Cuando obscureció, mandó prender las luces del árbol de Natal, y se sentó en la ventana, a la espera del amado. Había comenzado a impacientarse; pero entró el capitán y sin poderse contener abrazó a la pobre Judith, desatando sus ahogados sollozos. La esposa del piloto, lo adivinó todo y ante la crueldad del destino que le arrebataba al compañero en plena luna de miel, perdió la razón. El bravo piloto, había caído al mar, pereciendo ahogado.

En la calle, las voces, las campanas y los cantos festejaban la víspera de Natal. Sólo, sin tener quién lo admirase, el árbol armado por Judith, se erguía en medio de la sala. De sus velitas de colores, caían lágrimas de cera que rodaban al suelo.

«La mujer del piloto» — la llaman las gentes del pintoresco puerto de Itajahy. Cuando un navío se acerca Judith se adorna de flores y arregla sus harapos, para correr presurosa hacia la playa, en procura del marido que no llega nunca.

Y cada nuevo desengaño, la pobre loca lo reemplaza con una nueva esperanza: vendrá mañana — se dice — pasado, dentro de un mes, en otro barco quizás...

De noche, se pasea cantando, por la rivera del mar, a la espera del ansiado buque que le traerá el esposo que se fué hacia lo desconocido.

El mar, que la conoce, susurra tiernamente, como alimentando esas ilusiones... Y el mar que le robó el compañero, dejando su cerebro sumido entre la niebla, y su corazón huérfano de todo afecto, le canta las salmodias del misterio.

Traducción de Arturo Aguirre.

Dib. de Petrone.

En la playa de Itajahy el piloto vió la silueta de su novia, cuando una tarde de invierno, las velas largas y con brisa fresca, el *Adela* penetraba al puerto.

Regresaba de un viaje al sur, donde tuvo que desafiar un temporal que puso en peligro sus vidas, durante tres días.

Ya en el puerto, vió la playa llena de espectadores, con trajes domingueros, que contemplaban la embarcación, al mando del viejo capitán Rodríguez.

Entre el grupo de muchachas que, en su afán de distracción, saludaban a los recién llegados, se destacaba la esbelta figura de Judith, su novia, una morocha de ojos melancólicos, quién agitaba suavemente el pañuelo, en una expansión de *saudades* por la ausencia de tantos días.

Y él, regresaba a cumplir su palabra empeñada: iba a desposar a la gentil morocha, en cuya alma se había fundido el sentimiento sincero que supo inspirar a su corazón de hombre de mar, sin dobleces ni engaños.

José Limas, era joven aun, pero gozaba de justa fama como piloto, ya por su larga práctica, ya por su entereza ante el peligro. Su casamiento, tendría un digno coronamiento: le nombrarían capitán del *Etelvina*, nuevo patacho que debía adquirir el armador del *Adela*.

El piloto y Judith se casaron una tarde de octubre, al son de los repiques de la campana de la vieja capilla, que saludaban con ese sencillo tañer, la naciente felicidad de los desposados.

La fiesta fué completa, como son las de los casamientos celebrados en las ciudades marítimas de Santa Catalina.

Días después, partía nuevamente el *Adela* con rumbo al Norte, y José Limas, en el castillo de proa, quedóse mirando la playa, donde la esposa, sollozando siempre, agitaba su pañuelo en un silencioso adiós interminable.

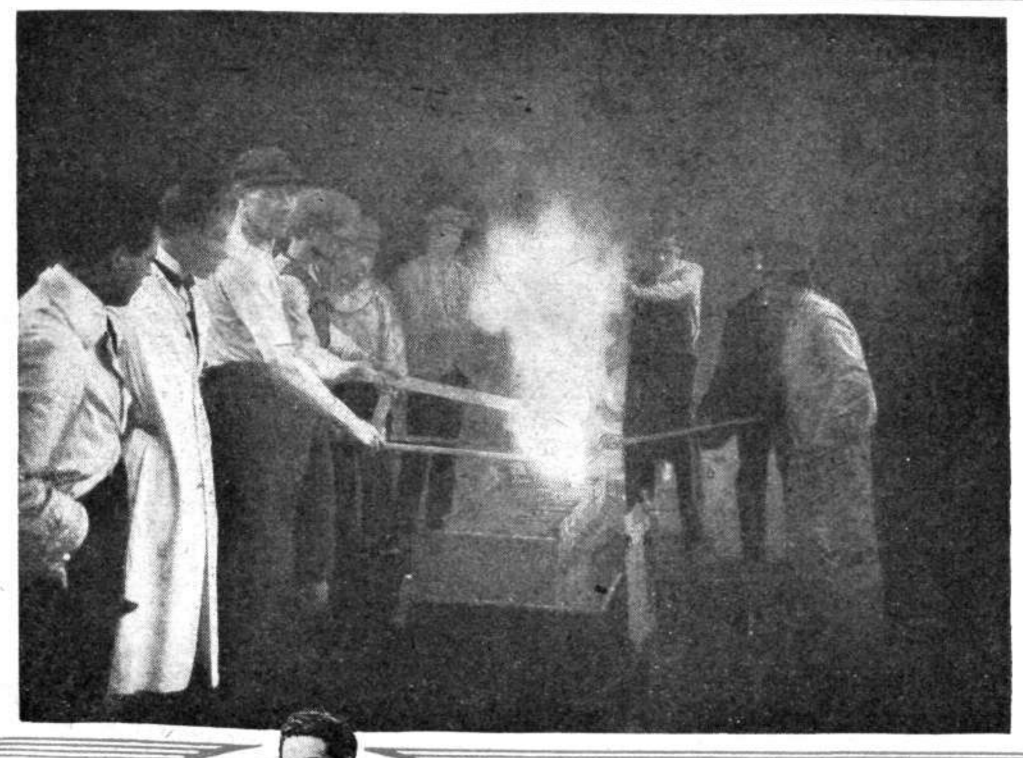
Por la tarde, en el horizonte lejano, desaparecía el *Adela*, semejando sus blancas velas, empequeñecidas por la distancia, una garza volando hacia lo desconocido.

Era una víspera de Natal. Hacía tiempo que el barco había salido de Río de Janeiro para el Sur. Su llegada se esperaba por momentos, con una impaciencia incontenida. En la mañana del 23 de diciembre, el atalaya

LEONARDO RUIZ

Escultor, modelador y fundidor





El señor Ruiz, dirigiendo la fundición de una pieza.



Medalla, modelada y fundida por el señor Ruiz.

El señor Leonardo Ruiz, esculpiendo una placa.

Placa, trabajada por el señor Ruiz.

El primer Salón de Artes Decorativas que acaba de tener lugar en Buenos Aires, ha puesto de relieve a una cantidad de hombres meritorios, verdaderos artífices, que saben aplicar artísticamente el arte a la industria. Sobresale, en primer término, entre estos jóvenes, el señor Leonardo Ruiz, — quién a pesar de sus veinticinco años, — ha probado que hay en él, condiciones más que suficientes, y que es un verdadero artista.



Conoce y practica el vaciado, el modelado y el cincelado, y además como se trata de un perfecto dibujante, crea sus modelos, donde pone de manifiesto su buen gusto, y luego como artífice al realizar la obra, su elegancia en la ejecución.

El señor Ruiz, en su taller, con los señores Enrique Pardo de Tavera y Fernando Nybroe.

La comisión de Artes Decorativas haciendo justicia a sus revelantes méritos, premió con medalla de plata, un magnífico velón mudéjar, del más puro estilo, y que fué admirado por cuantos concurrieron a ese certamen.

Hemos visto otras obras creadas por el señor Leonardo Ruiz, y es de justicia manifestar, que es un artista bien encaminado al que le esperan grandes triunfos.

En el taller de torno, cincelando una pieza.

Para él no hay más que su taller, y bien sea dibujando, atendiendo la fundición de un bronce, trabajando y cincelando en el torno, no hay cosa que salga de sus manos que no esté trabajada a conciencia y con el sello de un arte exquisito. El está en todo y para todo encuentra pronto una idea artística para depurar su arte.

Lámpara pompeyana, creación del Sr. Ruiz.

Conocedor de los artistas antiguos y modernos, y de todas las dificultades de técnica, es como ha logrado hacer creaciones bellas. El gobierno de Santa Fe y el «Club Español de Buenos Aires», le encargaron de la herrería artística, realizando su labor con verdadera esquisitez.

El señor Leonardo Ruiz, estudió en la Academia de San Fernando de Madrid. De sus conocimientos dan pruebas sus muchas y artísticas obras, y es de esperar que en exposiciones próximas nos dé pruebas tangibles de sus adelantos, pues se trata de un artista y de un trabajador.

Velón mudéjar, creación del señor Ruiz, y que ganó medalla de plata en la Exposición de Artes Decorativas.

CHISPAS DE LA GUERRA

El pelotón marchaba silenciosamente y con ese aire abandonado de toda marcialidad que pone el paso de camino. Cruzaba un campo que habían agujereado de trecho en trecho los obuses y la metralla, y al cual daban punzante tristeza algunas cruces de madera coronadas por un casco.

Al descender una pequeña hondonada apareció delante del grupo, arrodillada sobre la tierra removida en que también se alzaba una cruz, la figura encogida por el dolor, de una mujer que rezaba.

El sargento se detuvo y le dirigió algunas palabras.

La mujer las oyó sin entenderlas tal vez, descubrió su cara desolada, y respondió a lo que creyó que se le preguntaba, entorpecida la voz por su sollozo:

— He venido a rezar sobre la tumba de mi cuarto hijo muerto.

El sargento, como herido, dejó su posición de descanso, se cuadró como ante un jefe y mandó presentar las armas.

Los soldados ejecutaron el movimiento con automática precisión.

Aquella humilde mujer se irguió en toda su estatura, y con voz vibrante y sin sollozos, exclamó:

— ¡Vive la France quand même!

Y el pelotón siguió su marcha sin que durante un largo espacio sus hombres cambiaran una sola observación.

Era después de la batalla del Marne donde retrocedieron los destinos de Alemania.

Una mitad de compañía llegó en descanso a un bar complicado con artículos de almacén, situado en las afueras de una aldea que habían desalojado los teutones. Los soldados apoderáronse alegremente de las mesas y gritaban sus órdenes entre frases autoritarias o risueñas.

El patrón y una muchacha multiplicábanse para acudir a donde los gritos eran más imperiosos.

Llegó el momento de ajustar las cuentas.

Los precios aparecieron excesivos, entablándose las discusiones. De cada mesa se levantaba una protesta.

— ¡Bodeguero de Satanás!, ¿así tratas a tus compatriotas, que vienen de batirse?

El patrón, exasperado por la sórdida codicia, que ahoga todo sentimiento, dejó escapar su ruindad: «Mejor era servir a los alemanes. Pagaban sin rezongar...»

El capitán de la compañía, que asistía al espectáculo recostado en el marco de la puerta, arrancó el cigarrillo de sus labios y mandó:

— ¡Saquead la casa desde el sótano al granero!

Y el patrón vió, azorado, cómo sus botellas y sus conservas pasaban a las mochilas y sacos con una rapidez de salvataje.

Instantes después el grupo bullicioso uníase a su regimiento, mientras el propietario reflexionaba, sin duda, sobre el valor económico de las impertinencias en el comercio.

En ese rincón al lado del mar, donde Bélgica hace flotar su pabellón para decir al mundo que aun existe, se batía desde hacía tiempo en la misma trinchera, un grupo de soldados en quienes la camaradería había llegado a la fraternidad.

Entre ellos, un joven pálido se distinguía por su valor silencioso y la impaciencia con que aguardaba la distribución irregular de la correspondencia.

Alguna vez había impuesto silencio a las bromas de sus compañeros con una de esas confidencias que arrancan la pena que quiebra o la alegría que desborda.

El joven amaba profundamente.

Llegó un día el correo. No hubo mano que recogiera más temblorosamente una carta. Y desde ese instante se le vió más aislado, más taciturno.

Un compañero aseguró que lo había visto llorar besando la carta.

Nadie osaba interrogarlo.

Una mañana se hizo más recio el fuego con que se mantenía la vigilancia.

El joven sacaba fuera del foso su medio cuerpo como si quisiera observar mejor al enemigo.

Sonreía tristemente cuando le gritaban, previniéndole su imprudencia.

El fuego comenzó a disminuir. Y fué entonces que se derrumbó pesadamente y rodó muerto al fondo de la trinchera.

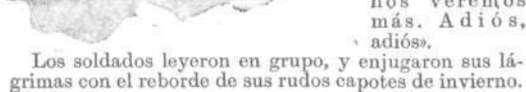
Sus compañeros lo rodearon.

Alguien dijo:

—Se ha herido él mismo. Esta sospecha se hizo certidumbre por la posición de la herida. Se le extrajeron sus papeles. Cuidadosamente doblada, en el fondo de su bolsillo interno apareció una carta de mujer.



«Combate para vengarme, pero olvídame. Los alemanes pasaron por nuestro pueblo, lo saquearon, y no me han dejado para tí. Debo vivir para el hijo de esa desventura. No nos veremos más. Adiós, adiós».



Los soldados leyeron en grupo, y enjugaron sus lágrimas con el reborde de sus rudos capotes de invierno.

En una mesita situada sobre una ancha vereda de la plaza Víctor Hugo, escribía yo algunas carillas, y contemplaba el movimiento tan curioso de aquellos días que siguieron a la liberación del Marne. Ya algunos inválidos mezclaban su pesado andar a la agilidad nerviosa de los demás peatones.

Lentamente cruzó por delante de mi un oficial joven que manejaba torpemente sus muletas. La cruz de la legión de honor honraba su pecho.

Detúvose para descansar un instante. Levanté mi sombrero en respetuoso saludo.

Me miró como interrogándome.

— No tengo el honor de conocerlo.

Mi saludo es simplemente un homenaje.

— ¿Es usted extranjero, señor?

— Sí, mi capitán.

Volvió a sus muletas y se alejó como si huyera. Pero yo vi que de sus ojos se desprendieron dos lágrimas.



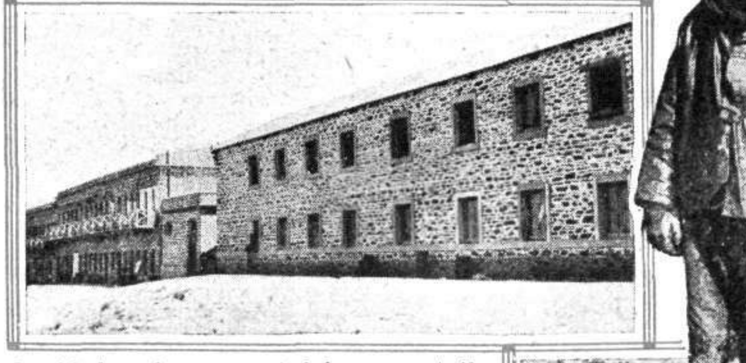
Julio Llanos.

Dib. de Alonso.

El obrero petrolífero

Vista general de la villa obrera de la Explotación Nacional del Petróleo de Comodoro Rivadavia.

Entre las máquinas humanas que trabajan en la explotación de la riqueza procedente de las entrañas de la tierra, también es digna y merecedora de estudio, el obrero petrolífero.



Las viviendas modernas; una parte de las casas construídas con piedras.

En la Explotación Nacional del Petróleo de Comodoro Rivadavia, trabajan casi 1.500 obreros. Los casados están aparte de los solteros; viven en casas de zinc y madera, una gran parte, y muchos otros viven en casas de piedra. Ultimamente se han mejorado bastante las viviendas de los obreros, construyéndose nuevas casas más cómodas.

La vida en la zona de Comodoro Rivadavia es cara, por la escasez de algunos artículos de primera necesidad y por el encarecimiento de otros. Para abaratar la vida en algo, se ha inaugurado hace poco, un mercado que vende productos, especialmente verduras y diversos comestibles, a precios acomodados, porque para su transporte desde Buenos Aires, se utilizan los buques petroleros.

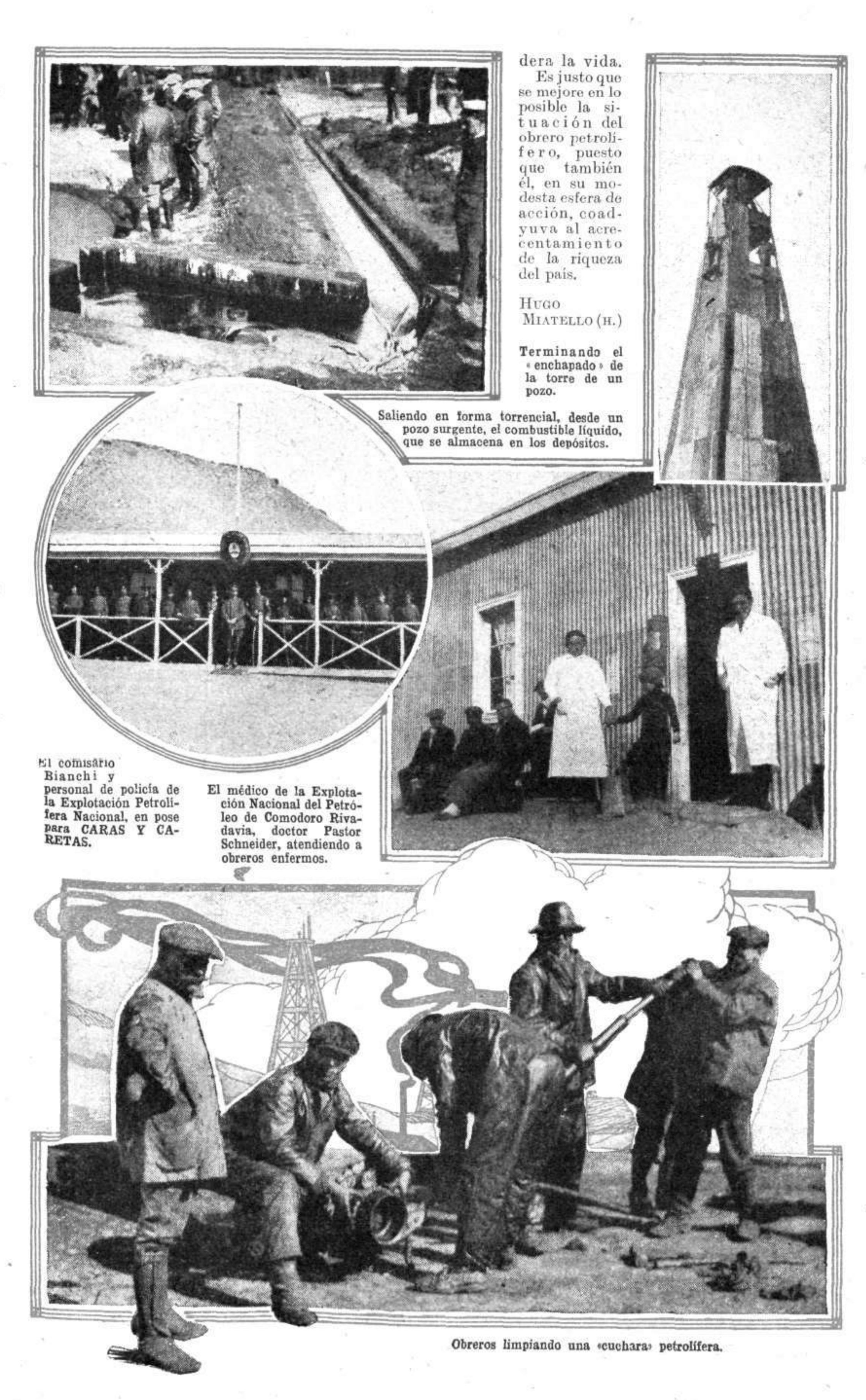
También se tendrá en breve, un hospital para atender y curar mejor a los enfermos. La enfermería actual no reune las condiciones que reclama una explotación adelantada.

Con la implantación de la jornada de 8 horas y de 3 turnos para el trabajo en la explotación, se ha mejorado al obrero petrolífero en sus condiciones económicas y sociales.

El jefe de la Explotación Nacional, comandante Felipe Fliess, ha realizado una cantidad de obras en favor del obrero, contribuyendo a su bienestar y al adelanto de los trabajos para aumentar la producción.

El comandante Fliess goza de un gran aprecio entre los obreros petrolíferos de Comodoro Rivadavia porque él, en todo momento, los atiende en sus reclamaciones razonables, y se ocupa continuamente de hacerles más lleva-

Un obrero petrolífero, con el clásico traje impermeable.



dera la vida.

Es justo que se mejore en lo posible la situación del obrero petrolífero, puesto que también él, en su modesta esfera de acción, coadyuva al acrecentamiento de la riqueza del país.

HUGO MIATELLO (H.)

Terminando el «enchapado» de la torre de un pozo.

Saliendo en forma torrencial, desde un pozo surgente, el combustible líquido, que se almacena en los depósitos.

El comisario Bianchi y personal de policía de la Explotación Petrolífera Nacional, en pose para CARAS Y CARETAS.

El médico de la Explotación Nacional del Petróleo de Comodoro Rivadavia, doctor Pastor Schneider, atendiendo a obreros enfermos.

Obreros limpiando una «cuchara» petrolífera.

EL PASADO Y EL PRESENTE DEL HUMORISMO

Para CARAS Y CARETAS

Existen grandes verdades contra las cuales el tiempo y el olvido nada pueden; abandonadas alguna vez por años y años, surgen después con vigor de vida y alcanzan definitivamente las prerrogativas de una existencia inmortal. Esto y no otra cosa parece ser lo que ha sucedido con el humorismo y lo que ha tratado de demostrar, habiéndolo conseguido brillantemente, el ilustre fisiólogo francés Carlos Richet, catedrático de fisiología en la Universidad de París.

Para Hipócrates y Galeno, la vida dependía de los humores; si éstos se hallaban en buen estado, se tenía la salúd; y la enfermedad, cuando se corrompían. Todo giraba, entonces, en torno de la sangre, la bilis, la atrabilis y la pituita, extraña clasificación, integrada por dos grupos de humores que son absolutamente imaginarios.

La erudición mantuvo durante más de seiscientos años el auge de la pituita, generadora de los tumores y del reumatismo y de la atrabilis, causal de negras melancolías... hasta que la experiencia con Harvey y Descartes, triunfa de ella, cambiando con los anatómicos del Renacimiento, con los Willis, Winslow, Morgagni y otros, toda la orientación de la fisiología... Con el nacimiento de la química, que trae aparejada la constitución de la fisiología y de la medicina, como ciencias experimentales, cuando Lavoisier logra demostrar con sus memorables experimentos, que la vida es un fenómeno químico, triunfa el experimento de la observación y de los mirajes del microscopio; la patología experimental, que tiende cada día más a confundirse con la fisiología, de la patología celular, instaurada por Virchow, y el criterio biológico-químico, que es decir evolutivo, priva también en el campo de la bacteriología, donde triunfa definitivamente el humorismo con el descubrimiento de las múltiples y complejas funciones químicas de la sangre, cuyo número aumenta cada día... Y así también logran establecerse sobre bases seguras sus leyes. Entre ellas, e impuesta por un número considerable de hechos, se halla la *ley de los imponderables*, según la cual las cantidades de substancia que entran en juego en las reacciones fisiológicas, están a menudo en tan débiles proporciones, que se las puede considerar imponderables. Esta ley encuentra una comprobación luminosa en toda la fenomenología de los *infinitamente pequeños químicos*, en la acción de las sales metálicas — de vanadio y especialmente de talio y bario — sobre la fermentación ácida de la leche; en la sensibilidad extrema de las células vivas a las acciones químicas, que llega a cifras inverosímiles por su ínfima pequeñez; en los diversos fenómenos quimiotáxicos del mundo biológico; en la experimentación con las toxinas micróbicas y el fenómeno de la anafilaxia, etc., etc. En todo esto, la química de los imponderables, que es la química de las funciones biológicas de los humores, dirige, orienta, canaliza las energías vitales; y hace prever por los *innumerables* que son los *imponderables*, la existencia de toda una nueva serie de fenómenos, algunos de los cuales ya averiguados — en la *fisiología del individuo* — que será la fisiología del porvenir, por los resultados tan fructuosos que la determinación de la variabilidad de los individuos de una misma especie, traerá para la medicina. Ya en la anafilaxia, por ejemplo, se ha pretendido, no sin ciertos hechos en apoyo, hallar un medio para reconocer la diversidad humoral de los individuos. Y este hecho, *de que exista en los humores de cada individuo un caracter por el cual éste difiere de todos los de su especie*, nos hace franca, completamente humoristas.

El doctor Carlos Richet, uno de los más ilustres fisiólogos contemporáneos, al cual se deben notables descubrimientos, como la sueroterapia (en colaboración con J. Héricourt), la anafilaxia, etc.

Por otra parte, los fenómenos de anafilaxia, debidos a la acción combinada del antígeno con la toxogenina, los fenómenos hemolíticos, los glicolíticos, neurolíticos, limpolíticos, etc., son debidos al concurso de dos substancias, las cuales aisladamente son inactivas; he aquí, pues, la segunda ley del humorismo, cuya generalización es muy grande; la cual nos lleva como de la mano a la tercera ley que expresa que los fenómenos de gran intensidad pueden producirse inmediatamente cuando intervenga una causa química aunque muy débil. Y de esta instabilidad química de los cuerpos que constituyen el ser vivo, surge toda la fisiología, en su espantosa complicación. ¡Siempre la química, dirigiéndolo todo, gobernándolo todo!

VÍCTOR DELFINO.

En la época del Rémington...

Para Caras y Caretas

La expedición al río Negro, llevada a efecto por el Ministro de Guerra, general Julio A. Roca, había terminado en mayo de 1879 con singular fortuna, y las tropas que tomaron parte en esa operación se disponían a echar los cimientos del pueblo Avellaneda, en uno de los parajes más pintorescos de aquella región de ensueño. Los ingenieros que asesoraban al comando en jefe eligieron el terreno, trazaron las calles de la futura gran ciudad, señalaron la ubicación de los cuarteles, delinearon solares, proyectaron monumentos y volvieron a la capital, satisfechos de su labor y orgullosos de la obra que dejaban esbozada en la cartulina de los dibujantes.

Al cabo de dos semanas el campamento estaba transformado: en el sitio de las carpas se alzaban amplias y cómodas cabañas, al abrigo de las cuales podrían atenuarse las inclemencias del invierno.

Ya se anunciaba la llegada del comisario pagador, que llevaba dos meses de sueldo a cuenta de los tres años y pico que se debían al ejército; y ya se decía, también, que las carretas de la proveeduría estaban a pocas jornadas de distancia, colmadas de víveres y de vicios de entretenimiento. Los hermanos Kincaid, audaces pobladores de la Guardia Mitre, se acercaban con un respetable arreo de novillos cuya carne, gorda y sabrosa, reemplazaría la tumba flaca y mal sana del contratista oficial. La esperanza llenaba de ilusión a todos los espíritus, y el contento general se reflejaba en todos los semblantes.

La división, — que después del regreso del general Roca, — había quedado al mando del coronel Conrado E. Villegas, se componía de los siguientes cuerpos: Infantería, 1.º al mando del coronel Teodoro García; 2.º al del teniente coronel Benjamín Moritan; 6.º al del teniente coronel Manuel Fernández Oro. Caballería, 1.º, mandado por el coronel Manuel J. Campos; 3.º, por el teniente coronel Germán Sosa; 5.º, por el teniente coronel Lorenzo Wintter; 11.º por el teniente coronel Marcial Nadal. Artillería; una sección, de la que era jefe el mayor Julián Voilajusson.

En total: 3.000 hombres, contados los jefes, los oficiales, el personal de las comandancias, los peones, los vivanderos, etc. A esto, agréguese alrededor de 1.000 mujeres y niños que seguían al ejército en sus campañas, y que, con él, participaban de las glorias, de las miserias, de los triunfos, de los dolores y del olvido.

En los primeros días de julio, fué enviado el regimiento 5.º de caballería a fundar lo que es ahora el pueblo Roca.

Un día, el 16 ó el 17 de julio se notó, sin que el hecho produjera alarma, que el río empezaba a crecer rápidamente. Los zanjones que atravesaban el valle fueron llenándose de agua, dejándonos entre el río y las barrancas, hasta que, de pronto, y a consecuencia de una avenida extraordinaria, quedamos completamente cercados.

A la espalda y a los flancos teníamos el río, cada vez más crecido e impetuoso, mientras que al frente, en una extensión mayor de dos leguas, se expandía la inundación, bajo la cual desaparecían los montes de chañar y los matorrales de jarilla.

Entonces empezamos a trabajar en la defensa. El peligro de ser alcanzados por el agua estaba en el frente, y allí se construyó un parapeto que era necesario reforzar a cada instante, no sin ceder terreno a la creciente. Allí estábamos, pues, amontonados, sin provisiones, sin abrigo, sin medicamentos, llenos de enfermos, en una miseria cuyo recuerdo trae al espíritu la terrible sensación de aquellas horas inolvidables.

Obligados por el frío, quemamos la madera de las cabañas; y deshecha la ropa por las intemperies, fuimos quedando poco menos que desnudos.

El racionamiento lo constituía un puñado de harina, que cada cual amasaba en las caronas, y que luego cocía en el rescoldo. Del arroz y de la sal no quedaba siquiera el recuerdo, y el que hallaba en las maletas una cebadura de yerba, y en el bolsillo tabaco para hacer un cigarrillo, era el hombre del día.

Nos daban también carne; ¡pero qué carne! Dentro del campamento habían quedado alrededor de ciento veinte caballos de los jefes, de los ayudantes y de la proveeduría. Esos animales, puestos bajo segura custodia, se nos fueron entregando a razón de uno por día y por cuerpo. Al principio, aun rendían los matungos; pero cuando, faltos de alimento y llenos de mataduras, iban transformándose en esqueletos, no sólo llegaron a ser una miseria, como cantidad, sino también a constituir un peligro para la salud. Mi regimiento tenía para racionar 20 jefes y oficiales, 324 de tropa y 90 familias. Y para todos ellos un mancarrón escuálido, sin sangre, que no era preciso matar a cuchillo: bastaba empujarlo para que muriese.

Mientras tanto, sin poderlas salvar, ni siquiera utilizar para el racionamiento, las caballadas de la división y el ganado del proveedor, — más de 6.000 cabezas, — se ahogaban casi a nuestra vista, ofreciéndonos, anticipadamente, el horrible espectáculo de lo que el destino nos reservaba.

Sin embargo, no hubo en aquella tropa un solo desfallecimiento ni un gesto de contrariedad.

Desde la diana a la puesta del sol se hacía ejercicio, se cubrían las guardias, se daba academia de clases y oficiales y, al llegar la noche, aquellos hombres, a los cuales ninguna fatiga era capaz de rendir, bailaban alegremente al compás de las bandas, hasta que el toque de silencio los obligaba al sueño y al descanso.

Cierta mañana se oyó de pronto, a lo lejos, una descarga de fusilería, a la que siguieron otras dos, con breves intervalos.

— ¡Ahí está, — exclamó el coronel Villegas, saliendo pálido de ira de su rancho, — ahí está ese comandante Wintter, requiriendo auxilio porque se le han debido humedecer las medias. ¡Qué cuatro tiros está necesitando para curarse del asma!

Y llamando a su ayudante de campo, le dijo:

Vaya usted a los cuerpos y ordene que toquen dianas. El comandante Wintter anuncia que el río está bajando y que su regimiento ha podido seguir camino.

Qué injusto fué en aquel momento mi coronel.

El comandante Wintter, que no podía conocer ni sospechar siquiera nuestra situación, pedía auxilio, en efecto.

Sorprendido él también, y cercado por la inundación,

se había refugiado en una loma que el agua iba alcanzando hasta no dejar espacio para que estuviera en seco la mitad del regimiento. Las defensas ya no defendían nada; no había que comer, se carecía de leña para hacer fuego, y, para colmo, la viruela diezmaba la gente!

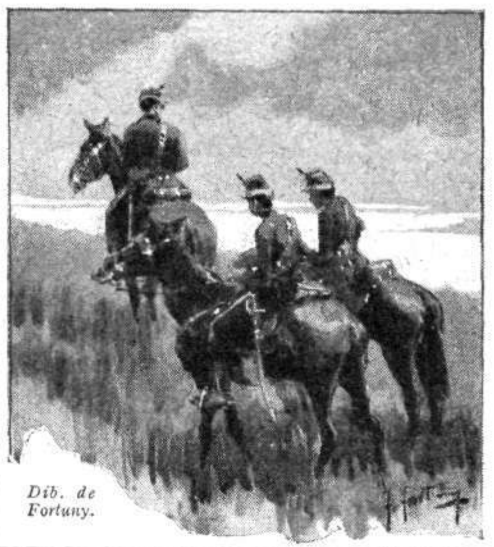
Un poco más y la división entera hubiera sucumbido allí, en medio de la desesperación más espantosa.

Por suerte, la providencia tuvo compasión de aquellos bravos y el río, después de una pausa, inició la retirada de sus aguas.

A principios de agosto vimos surgir, a manera de salvadores islotes, la jiba de algunos albardones, y el 6 por la tarde quedó resuelta la evacuación del campamento. El agua había desaparecido casi por completo del valle; pero el campo, convertido en un fangal, no permitía dar un paso sin hundirse los hombres hasta la cintura.

Antes de amanecer el día 7, los cuerpos estaban listos para marchar; no debían llevarse más que las armas y la munición, dejando las monturas, cuyo peso habría agotado, a poco andar, la resistencia de aquella tropa extenuada por las privaciones y las fatigas de tan largo asedio.

En los primeros momentos el desfile se hizo con relativa facilidad, porque el suelo, endurecido por la helada de la noche anterior, conservaba alguna consistencia; pero más tarde, cuando la escarcha desapareció barrida por el viento, el avance se convirtió en angustioso tormento. Dábamos un paso y la pierna se metía hasta la rodilla, dejando la bota aprisionada en el fango. Haciendo milagros acrobáticos para sacarla y calzarla nuevamente, avanzábamos con lentitud de tortugas. De esta suerte, y después de catorce o quince horas de esfuerzos, lograron los primeros soldados alcanzar el terreno firme, donde encontraron leña para encender fogatas, que servían de faro a los rezagados, y que mantenían en los más débiles la energía que empezaba a decaer.


Dib. de Fortuny.

Al día siguiente, los cuerpos pudieron reunir los hombres que iban llegando hambrientos, ateridos de frío, deshechos los pies por las espinas, desnudos; pero, eso sí, sin haber perdido un cartucho del pesado portamunición, ni dejado en el camino un botón del correaje.

Las pobres mujeres, cargadas con sendos atados de pilchas, tironeadas por el enjambre de cachorros que se les prendían de la arremangada pollera, fueron incorporándose a las tropas, penosa pero bravamente, y momentos después ardía el chañar en los fogones, a cuya luz centenares de parejas zapateaban los más alegres y retozones gatos de la coreografía criolla.

Un poco más adelante, pero ya en contacto con nosotros, estaban, el comisario que nos llevaba dinero, Kincaid con sus novillos gordos, las carretas de los pulperos cargadas con yerba, con azúcar, con frascos de ginebra para los hombres, con botellas de esperidina y de menta para el bello sexo.

De las miserias y del peligro pasado, ni sensación ni recuerdo. Aquellos bravos milicos no sabían pensar más que en la grandeza de la patria y en las glorias del regimiento.

MANUEL PRADO.

TIPOS POPULARES DE LA REPUBLICA

Rafael Mattano, de Avellaneda

CARAS Y CARETAS tiene en Avellaneda un constante y simpático propagandista en el vendedor Rafael Mattano, veterano de los canillitas de esa ciudad.

Veinte años consecutivos que pregona nuestra revista lo han hecho sumamente popular y estimado, ya que para él no han existido obstáculos que interrumpieran su humilde y animosa tarea.


Mattano, de 12 años de edad, vendedor de CARAS Y CARETAS en Avellaneda, desde su aparición.

Refiérense de él, anécdotas que denotan en Mattano, un singular cariño por su oficio, penoso la mayoría de las veces y al que el público no lo juzga como tal, dado que los canillitas soportan casi siempre alegres las inclemencias del tiempo, su principal enemigo.

Ha hecho Mattano en Avellaneda, una valiosa propaganda por CARAS Y CARETAS, propaganda que ha acrecentado nuestra venta, entre su numerosa población, demostrada por el simpático canillita con su libreta de apuntes, en la que se ven los progresos de difusión verificados durante los veinte años en que él la vende.

CARAS Y CARETAS quiere hacer al publicar estas breves líneas, un merecido elogio a la labor de Mattano, labor obscura y humilde, pero no por eso menos valiosa.


Mattano, en la actualidad, vendiendo CARAS Y CARETAS a una niña.



AUSENCIA

Al compás soporífero y blando
del bucólico son de molienda
que interrumpe la paz de la hacienda,
una anciana en su rueca está hilando.

Suspirando, llorando, mirando
el borroso confín de la senda,
rememora en su agreste vivienda
de un adiós el instante nefando.

Desque el hijo, al azar de la suerte,
ha ya tiempo, en malhora, partiera,
sin hablar de retorno siquiera,

a raudales sus lágrimas vierte
anhelando las seque el que espera
y que no las enjugue la muerte.

GREGORIO REYNOLDS.
(Boliviano).

Dib. de Valdivia.

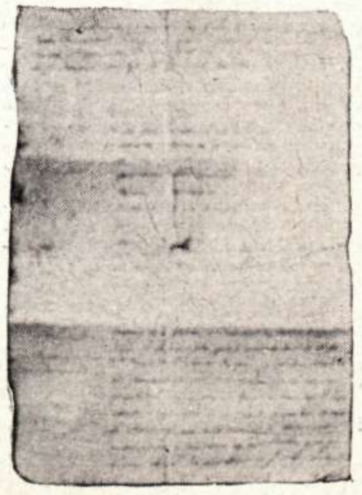


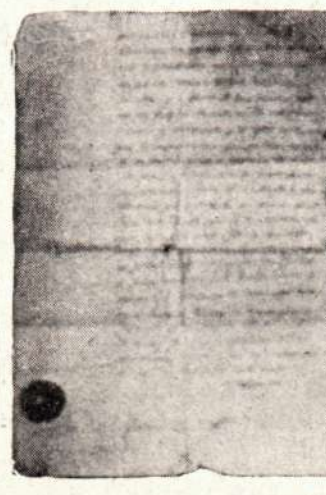
ARTE ARGENTINO

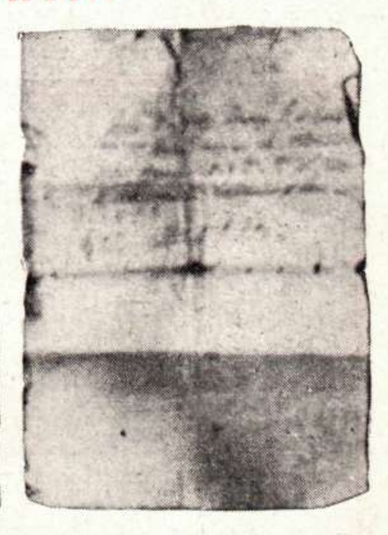
LA DANZA DE LA ROSA
POR JORGE LARCO



DESDE CURUZU CUATIA







Tres hojas del acta de fundación de Curuzú Cuatiá.

Cuando Belgrano estuvo de paso por estos pagos, el año 1810, dictó un decreto erigiendo en ciudad la población de la parroquia de Nuestra Señora del *Pilar de Curuzúquatiá*, como se lee en el acta auténtica que aun existe, celosamente conservada, y que pude fotografiar.

El decreto consta de unas cuantas hojas, que llevan su correspondiente sello en lacre y firma de don Manuel Belgrano y de su secretario.

Empieza así:

« Auto de distritos señalados por el Exmo. Dr. Don Manuel Belgrano ala poblacion dla Parroquia de Na Sra. del Pilar D. Curuzuquatiá, Jurisdicion de Corr. Año Dmi 1810.

« Don Manuel Belgrano Coronel de los Reales Exércitos, Vocal de la Exma. Junta Provincial Gubernativa que a nombre de S. M. el Sr. D. Fernando VII rige estas Provincias del Rio de la Plata, Representante y General en Jefe del Exército del Norte.

« Por cuanto atendiendo a los más distinguidos méritos y servicios que han contraido los vecinos de esta Jurisdiccion em las varias ocasiones que han sido ocupados a beneficio de la causa pública y del Estado, acreditando su valor y patriotismo en todas las acciones de guerra que contra la Patria han promovido los enemigos así infieles como extrangeros de qe aun aora mismo se resienten varias familias por la última acción con los Yngleses en el año de 1807 con la toma de Montevideo, y así mismo en la actualidad se han prestado con todas sus facultades al servicio de la Patria reconociendo la Exma Junta Provisional Gubernativa que a nombre de S. M. el Sr. D. Fernando VII, etcétera, etc., he venido a quitar todos los obstáculos que se oponían ala formación, adelantamiento y progreso de este pueblo y en particular a decidir la question de estos terrenos por corresponder a los indios de Yapeyú, etc., etc.... »

Y termina:

« Dado en el Cuartel General de Curuzúquatiá firmado de mi mano sellado con el sello de mis armas y refrendado por mi secretario a los diez y seis de Nobiembre de mil ochocientos diez años. — *M. Belgrano*».

Hoy, la que fué población de Nuestra Señora del Pilar de Curuzú Cuatiá es uno de los centros más importantes de Corrientes, si tal vez no es el primero en lo que se refiere a ganadería y comercio.

Llegué a Curuzú Cuatiá un día domingo y la calle Berón de Astrada me produjo el efecto de una animadísima arteria de una gran ciudad. Los autos iban y venían incesantemente, cargados de niñas bonitas, algunas de las cuales manejaban ellas mismas el volante con una seguridad admirable, el rostro encendido, los ojos brillantes por la emoción violenta de la carrera, mientras el aire, cortado con suma violencia, procuraba vengarse, intentando desarreglar los artísticos peinados asegurados con amplios pañuelos de seda.

Hileras de mozos en las veredas del Hotel Londres, del Banco de la Nación, presenciaban el desfile, comentando la belleza de ese enjambre de golondrinas, que se perseguían sonrientes, triunfadoras, sabiendo que eran objeto de incondicional admiración, mientras, como contraste a tan aristocrática escena, unos pobres paisanos montados en matungos flacos y cansados, pasaban casi tímidamente...

En lugar de bajar al



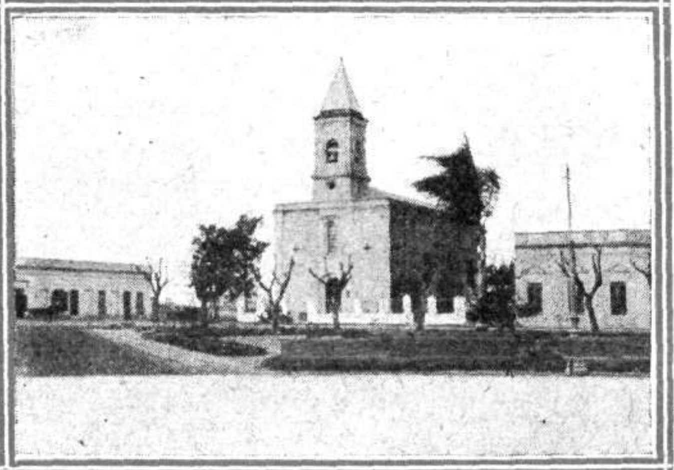
Edificio del Banco de la Nación en Curuzú Cuatiá.

Hotel Londres, me fuí al Hotel Paniale, célebre un tiempo como restaurador del estómago de los viajeros.

Era una especie de oasis entre los hoteles de la provincia, y doña Francisca, entre el elemento de los viajantes de profesión, goza de una merecida popularidad.

Había sido cliente muchos años atrás, y no quise darle el disgusto de irme a otra parte, a pesar de que las piezas y demás dependencias de la casa podrían presentar un aspecto mucho mejor... Pero... ¡Qué se va a hacer!... Es tan buena la pobre vieja, tan atenta, que uno no tiene ánimo para no ser su cliente.

Todo el santo día se lo pasa rezongando con el personal y recorre, a largos trancos, el antiguo caserón medio derrumbado, dando órdenes y cuidando del bienestar de sus huéspedes:



Plaza e iglesia de Curuzú Cuatiá.

— ¿Le gusta el berro? Voy a prepararle todos los días una ensaladita de berro de mi quinta, ¿sabe? Limpito... Puede estar seguro... No es como ese que recogen en los charcos, donde todo el mundo lava la ropa... Un pollito, también... y lo que guste... Usted no hace más que decirme lo que quiera.

Si por casualidad algún pasajero se enferma, doña Francisca ya no vive, y queda preocupada, inquieta, hasta cuando sus remedios caseros no hayan devuelto la salud al cliente. Noche y día está ahí, preguntando, ponderando la cataplasmas, el caldo de cebolla, los empaques fríos e imprecando a la cachaza del personal, que no se esmera nunca, nunca, a sentirla a ella, en cumplir lo que se le ordena:

— ¡Tomasa, Tomasa! ¡Pero... Tomasa!...

La aludida se da vuelta con movimiento paquidérmico y contesta:

— ¿A mí me llama, señora?

— Y a quien, entonces, si no hay otra acá... ¿Lo ve como son?... A ver si te movés, tortuga...

Para ella, todos son grandes hombres los que pisan su casa:

— ¿Ese?... Es el inspector de la más grande Compañía de Seguros que existe en Buenos Aires; el otro, el representante de la casa mayorista más grande de la Capital Federal...

No hay personas «cualquiera» en su hotel, como tampoco no hay quien llegue por primera vez.

— Aquél de allá, hace veinte años que es cliente de casa; el otro, el rubio, lo conocí soltero y ahora está casado, con hijos...

Y a cuantos caen de verdad, por primera vez al «Paniale», les dice inexorablemente:

— Usted ha venido otra vez «in mia casa»... Como no... No se acordará, pero... ¡Cómo no, cómo no!...

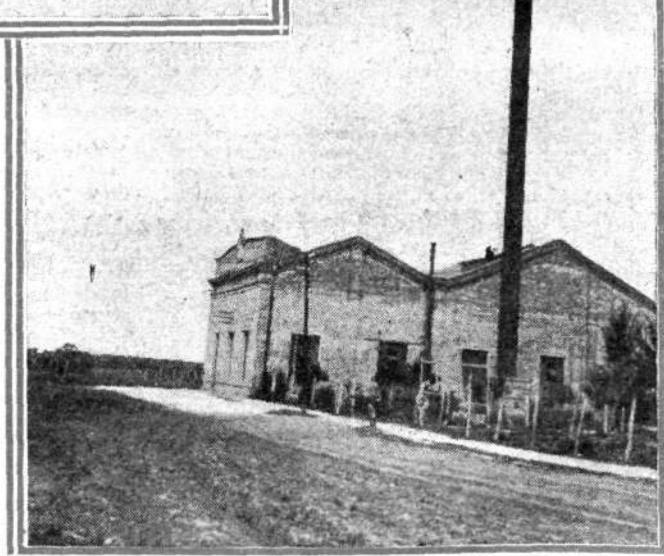
Curuzú Cuatiá ha edificado recién un nuevo Hospital, de 40 camas, que le hacía bastante falta, dadas las condiciones deplorables del viejo caserón en que se atendía a los enfermos, sin distinción de infecciosos, no infecciosos y operados.

En otro ambiente, estas condiciones habrían traído consecuencias fatales en los sometidos a operaciones quirúrgicas; pero aquí, nada. La naturaleza del correntino desbarata completamente las teorías de la Facultad y deja a los bacteriólogos con una cuarta de narices. La desinfección no es elemento de importancia en la curación de las heridas para un correntino; su naturaleza vigorosa elimina los gérmenes patógenos y procede a una cicatrización rápida, casi increíble.

Solamente el que los conozca de cerca, puede darse cuenta de la verdad de lo que digo. Me relataba el doctor Canessa casos de heridos gravísimos, con los intestinos afuera, que permanecieron por horas en el suelo, sucios, embarrados, vendados más tarde con camisas sudorosas y polvorientas, por falta de algo más limpio, y que fueron traídos al Hospital en un estado que para los facultativos no daba esperanza de salvación. Sin embargo, al término de una semana se levantaron lo más bien, como si tal cosa.

El Hospital necesitaría otro pabellón de igual capacidad, para destinar una sala a los de clínica médica y otra a los de clínica quirúrgica, y hacer igual cosa con las mujeres.

Pero, por el momento, hay que conformarse con esto; y darse por satisfechos con que el antiguo edificio sea destinado a oficinas de administración, residencia de las hermanas y asilo para crónicos. Se gastaron unos 55.000 pesos para edificar el nuevo pabellón, y no se puede exigir demasiado, no porque la ciudad no sea rica por demás, sino que hay un entusiasmo relativo en lo que se refiere a edificaciones de esta índole.



Usina de luz y fuerza.

A la vagancia de los niños, plaga que afecta esta preciosa ciudad, ha procurado poner remedio el cura párroco, Padre Martín, secundado por una dama distinguidísima, la señora Lucía Iturriaga de Albors, presidenta de la «Sociedad Protectora de Colegios Pobres de San Antonio».

Y algo se ha hecho, sin duda; pero queda aún mucho que hacer.

En la casa parroquial funcionan dos escuelas para niños pobres, y el mismo Padre Martín suministra en parte los útiles y libros necesarios y en parte los da la asociación «Pan de los Pobres».

Sin embargo, es increíble la cantidad de chicos que andan sin que nadie se preocupe de ellos, expuestos a la corrupción y a todas las consecuencias de una crasa

ignorancia. El paisano es humilde, trabajador incansable afuera de su provincia, sufrido y valiente.

Hay que ver a estos hombres que aquí pasan la vida durmiendo, hay que verlos en los montes de quebracho, en la vecina orilla del Paraná. Parecen máquinas que manejan el hacha, y los carreros pasan una vida talmente penosa y aplastadora que no se llega a comprender cómo puedan tolerarla años y años.

¡Y siempre contentos, siempre alegres!... Dejadlos cantar, reír, charlar a gusto; dejadlos que emitan sus alaridos cuando deben hacer algún esfuerzo colectivo y no sentirán la fatiga ni el cansancio.

—¡Hip-puh!... ¡Hip-puh!...

Una carcajada, un *añámenbuy*, y están del otro lado.

Hace poco que los peones de estancia ganan 17 ó 18 pesos por mes; antes ganaban mucho menos, los había con sueldos de siete u ocho pesos, y eso que tenían que recorrer campo, cumplir todas las tareas que requiere un establecimiento ganadero y servir al patrón mucha veces de escolta, es decir, exponer la vida a peligros no indiferentes.

Y, sin embargo, fieles como perros, sumisos y siempre listos.

A veces he llegado a pensar que eso de mantenerlos en tal estado de inferioridad respondiera a un plan de más fácil dominio... Puede ser que me equivoque; pero lo he creído y me ha confirmado en esta idea el hecho de que algunos de ellos que han podido aprender algo han sabido desarrollarse, iniciar negocios y formarse una desahogada posición, sin pretensiones ni lujos; pero que les permite vivir con cierto confort.

Luego, no son refractarios como muchos pretenden a las mejoras, más bien, su vista no llega a más extensos horizontes porque se les mantiene a obscuras.

Por mi parte, considero que la conscripción será de mucho beneficio para estos espléndidos tipos de trabajadores; ella, poco a poco los transformará, haciéndolos conscientes ciudadanos...

Se reprocha a estos pobrecitos el no tener mayores aspiraciones de comodidad y bienestar. Pero esta es una consecuencia natural del atraso en que viven y nada más. Cada hombre se va forjando el paraíso a su manera, según sus propios conocimientos, y es muy natural, por ejemplo, que uno que otro impulsivo, entre ellos, cometa un crimen para robar cinco o diez pesos, y no se sienta tentado por billetes de a 500 ó 1.000 nacionales.

Sabe lo que puede hacer con cinco o diez pesos; pero una suma grande, para un paisano de éstos, resulta algo así como las cifras de los empréstitos de guerra.

Visité la «Escuela Normal Provincial», fundada el 22 de abril del 1915.

Ocupa un local bastante amplio, y es frecuentada por unos 600 alumnos, de los que parte pertenecen al curso normal, otros a la escuela inferior, a la elemental y la nocturna para adultos. Director es el señor Justo Rubén Coria y vicedirectora, la señora Parmenia Duarte Di Tela.

Cada grado se distingue por un lema especial, que los alumnos deben repetir cada vez que se levantan para ir al recreo. El director me explicaba con muchos detalles la importancia de estos lemas:

—Vea usted, por ejemplo: en este grado... ¿Qué dice allí? Lea, lea no más...

—«Labor y perseverancia»... Pa...

—Un momento:... La maestra dice: «Labor y perseverancia»... y los muchachos contestan:... Lea, lea...

—«Para vencer»...

—Ece:...xactamente. Y sabe lo que quiere decir, ¿no?... Quiere decir qúe hay que trabajar, trabajar mucho, perseverar en el trabajo para vencer... ¿Pero vencer qué?... Las dificultades de la vida... ¿Comprende, usted?

No me parecía muy difícil; pero, claro que... después de la explicación del director, el lema resultaba evidente.

La enseñanza perseverante, continua, suele imprimir un sello didáctico muy profundo en el maestro, del que no sabe desprenderse nunca, ni cuando podría hacer un paréntesis a sus tareas.

Donde menos pensaba, encontré un numismático, un aficionado a la colección de medallas y monedas antiguas, quien tiene en su poder unas dos mil piezas, entre las que las hay verdaderamente notables.

El señor Fortunato Massardi, es el coleccionista que ha reunido este apreciable tesoro, que necesitaría ser catalogado en debida forma. Muchas monedas las tiene en cuadros a propósito; pero en los cuadros no están todas las mejores.

La mayor parte las guarda amontonadas en un pequeño cofre, sin control ninguno, tanto que me permití hacerle notar como no todos los visitantes de su pequeño museo podrían resistir a la violenta tentación de hacer ejercicios de escamoteo, y me parece que mi consejo lo tendrá en cuenta.

—No se me había ocurrido... ¿Sabe que tiene razón?

Y como toda acción meritoria merece una medalla, me obsequió con una moneda del tiempo de las cruzadas; que, por mi parte, cuidaré mucho más religiosamente de lo que no cuide el señor Massardi las de su museo, por el hecho de que es un recuerdo simpático, y al mismo tiempo unos de los pocos ejemplares que obran en mi poder en materia de monedas antiguas y... modernas también.

Las estancias de Curuzú Cuatiá, riquísimas en ganado vacuno y lanar, son las que dan las lanas más apreciadas, y en estos años, con los precios que han alcanzado, es fácil hacerse una idea de los resultados obtenidos por los felices propietarios de grandes extensiones de campo poblados de ovejas.

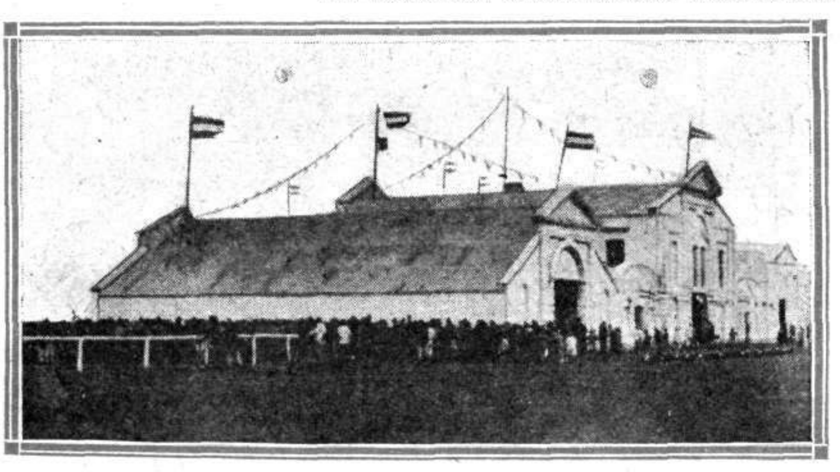
Como dato, basta decir que más de un estanciero ha sacado la bonita suma de cien mil pesos, solamente con el producto de lana, y que ha habido quien casi duplicó esta cifra.

El comercio, solidísimo, a veces algo anticuado en sus procedimientos, pero sano; en conjunto, un contraste curioso entre mucha riqueza y muchísimo pobrerío, un aspecto de prosperidad y bienestar, casi diré de lujo, y entre todo eso los perezosos que viven del pan que cae de las mesas de los pudientes.

Si es cierto que Curuzú Cuatiá quiere decir en guaraní cruz de papel, me parece que se podría especificar mejor de qué clase de papel se trata, y llamarla... ¡Cruz de papel... moneda!

Dr. A. Vaccari.

Curuzú Cuatiá, agosto, 1918.



Las instalaciones de la «Sociedad Rural», durante la entrega de la bandera al regimiento, por las damas de Curuzú Cuatiá y jura de los conscriptos.



EL MAGO

(De la América precolombiana)

Los cultos del mago y del niño, fueron emociones y creencias centrales de la raza diaguita. Moría el taumaturgo de la tribu o se ausentaba para siempre un niño, y ya estaba el festival en torno a la urna cineraria. Se regocijaba el pueblo porque al reintegrarse los ángeles y augures al Gran Todo y volar al sol, se iban a rogar por la raza.

Más que en las «huacas» y petroglifos, la tradición del mago diaguita, supervive en el discurso de los ancianos. Es que el augur lo fué todo. El miraba el cielo, oía el canto de la perdiz y el relincho del guanaco, y anunciaba buenas lluvias. Contemplaba el halo de la luna, y preconizaba terremotos y vendavales. Veía a las víboras llegar hasta las tamberías, y presagiaba tiempos de seca y hambre.

El mago, además, curaba los males del hombre; aliviaba las dolamas del bruto; y bendecía las sementeras. Oficiaba de sacerdote, interpretando los mitos y misterios; y en los días de victoria y amor, cantaba versos al ritmo del tamboril. Era, pues, el vínculo que unía las gentes con el gran espíritu protector; el puente sagrado por donde iban y venían los bienes y males, los olvidos y recuerdos, los conjuros y penitencias... Atentar contra él, hubiera sido profanar a los dioses. En cambio, cuidarlo, oir sus palabras y seguir su índice, he aquí el supremo deber.

Pero un día, fenecía también, como todo en la vida; y empezaba entonces la segunda parte del culto. Se encendía la hoguera en lo más alto de la montaña, lejos de la tierra baja... Conducían hasta allí, el cadáver — puesto en urna de arcilla — y lo incineraban. Los vientos de la cumbre daban pábulo al fuego. Las llamas vibraban, se hacían pavorosas en la noche negra; y en torno, hombres y mujeres, tomados de la mano, danzaban al ritmo de quien sabe qué palabras que se han llevado los siglos.

Cuando el cadáver quedaba reducido a cenizas, lo bajaban nuevamente a la tierra. Ya el mago no era sino finísimo polvo, casi ingrávido, cual si en vez del cuerpo, se hubiera incinerado el espíritu. Aromaban las cenizas con esencia de «tusca», «piscala», «ariruma» y «retamo»; les agregaban piedra bezoar, el talismán del guanaco; y así, perfumadas y santificadas, las entregaban a las doncellas de la tribu.

Las vírgenes calzaban la «uschuta», poníanse el blanco traje talar; fraccionaban las cenizas en partes iguales y se iban a los cuatro vientos de la comarca. Marchaban cantando a difundir, al voleo, los sagrados restos, para que de este modo, el mago, en cuerpo y alma, se incorporara a la heredad, y siempre estuviera con ellos: en la tierra de labranza, en el agua del río y de la fuente, en los árboles y en el aire.

....

¡Oh sublime culto, remoto y casi inverosímil! Las ancianas lo evocan en las noches frías, junto al hogar encendido. Y hablan con unción, y afirman, y nadie sería capaz de contradecirlas.

Con la civilización, con la conquista, el mago primitivo, perdió sus atributos, y se transformó en hechicero malandante, para quien también se prendió la hoguera en bárbaros holocaustos. Había degenerado el rito y el poema de los antepasados; y el fuego homicida de hoy, era distinto de la hoguera sublime y litúrgica.

Alguna vez al recorrer los valles de San Juan, Catamarca y La Rioja, y contemplar en las altas cumbres esas fogatas que encienden los chalanes y pastores, tuve la ilusión de que allá..., arriba, se quemaba el cuerpo de un mago. Me creí transportado a los orígenes de América; y quien sabe por qué atavismo diaguita que llevo en la sangre, quise trepar la sierra, y danzar en torno al fuego de la raza...

César Carrizo.

Dib. de Sirio.

Historia romancesca de una bailarina

Bien hacen nuestros incipientes saineteros en explotar esa inagotable mina que el léxico criollo ha denominado «conventillo». Aunque las autoridades del bien decir no hayan incorporado ni esa palabra al catálogo de las que, por su linaje o méritos propios, reciben la ejecutoria de limpieza, ninguna otra puede substituir a la que clasifica esos caserones que, por autonomasia, se les conoce por conventillos. Esas babilonias que el lenguaje popular tan gráficamente bautizó, tienen, a pesar de su aparente similitud, poco parecido con las que los españoles llaman casas de vecindad. Estas, hasta cierto punto, no son otra cosa que una agrupación de connacionales, con religiones comunes y similares costumbres. En esas casas conviven personas, que si se tomaran el trabajo de atisbar sus genealogías no verían en ellas más que una infinita llanura con mucho de hondonadas y escasas e imperceptibles elevaciones.



La anciana mostrando al cronista, ante un humilde senado, sus habilidades coreográficas.

La ex danzarina Luisa Ristori, protagonista de una novela vivida, que se halla actualmente en un «conventillo» del Paseo de Julio.

Pero el conventillo es una cosa propia de este país, poblado por migraciones desacordadas que socialmente vistieron a la ciudad con las galas de arlequín. Así se crearon nuestros conventillos, casas formadas de estrechas celdas, en las cuales se encierran los más extraordinarios personajes junto a las más vulgares existencias; en donde se epilogan los más rientes destinos, y germinan vidas que, con el tiempo, acaso influyan en la historia de sus patrias. El torrente inmigratorio ha arrastrado no sólo el desecho de historias rotas, sino también semillas fecundas y riquezas ignoradas. Y he aquí que el conventillo no otra cosa es que un recipiente en el que se deposita lo que los privilegiados califican de escoria social. Dijérase, y perdónese la irreverente metáfora, un inmenso cajón de los que en las mañanas se colocan en los portales, en donde, entre el fárrago policromo de residuos sociales, se encuentra una prenda de insospechable estimación que denuncia, en su mísero abandono, al genio del artífice que la tallara, o méritos que la veleidad de una moda ha arrojado a la fosa de los objetos inútiles.

Es ahí en donde el azar de la vida volcó en la declinación de su existencia a una criatura que en otra hora vistiera doradas galas y alegrara con los cascabeles de la juventud a sus semejantes. El cronista, un pobrecito curioso, la descubrió en una de sus andanzas ajenas al trajín periodístico. Themis había delegado en él una misión penosa. Pero cuando el ministro de la justicia menor se disponía a cumplir su triste cometido, la desahuciada contó su historia, una historia que, aderezada con las flores inodoras de Carolina Invernizio, haría suspirar a más de una romántica midineta. Y el minestril, ante ese personaje que parece desprendido de un folletín del año 50, añoró sus tiempos de periodista, depuso su precaria vara de mando y tajó la péñola enromada...

Un risueño patio, pleno de luz y de chicuelos desarrapados es el que recoge los mortecinos rayos de una lumbre que se apaga. Un desolado ocaso, cubre de abandono, a una vida de luminosa mañana. Es una anciana nonagenaria que, alejada de su patria, se va extinguiendo asfixiada por los años, después de conocer las tinieblas de las simas y el esplendor de las cumbres. Vinculada con nobles, hija de faranduleros, hermana del astro más resplandeciente de la mitad del siglo pasado, ofrece todos los elementos que componen uno de esos romances de percal, adecuados para leer en los tranvías o entre las sábanas, al terminar las labores cotidianas...

... Poco más de dos décadas habían transcurridos en el curso del siglo pasado, cuando una familia de saltimbanquis llegó a Cividale, un humilde lugar italiano próximo a la frontera austríaca. Era un matrimonio y dos pequeños hijos, quienes, en un incesante rodar de pueblo en pueblo, se detuvieron en la plaza principal de la localidad, para después proseguir su penoso peregrinaje. Un ejercicio desgraciado de volatín ocurrido al jefe de la familia puso una pausa a las correrías de la pequeña caravana. La forzada detención fué lo suficiente larga para que el obscuro matrimonio ilustrara el nombre del pueblo, con el nacimiento de una hija que había de ser años después una egregia actriz. Allí nació también la viejecita que ocupa esta nota, primer retoño femenino del errante matrimonio.

— *Todo esto que les relato* — *nos dice esta última en un castellano de sainete* — *me fué referido años más tarde por mi protectora. Entre los confusos recuerdos de aquella época, lo único que se mantiene nítido en mi memoria es la imagen de mi madre, tendida una noche entre cuatro velas. Mi padre, a poco de este triste suceso, nos abandonó acompañado de una «ecuyere», que a esa sazón llegara al pueblo. De mis dos hermanos varones no tuve más noticias.*

Luisa, la olvidada viejecita se detiene a contemplar su pasado. Por un tiempo parece que su memoria se adormió. Ignora cuándo y en qué situación fué recogida por la marquesa, en cuyo castillo vivió hasta que

su alma inquieta la arrojó al mundo «feérico» que su imaginación apenas entrevía. Cuando la tosca crisálida se despojó de los hilos que sujetaban sus alas, la marquesa le relató la curiosa historia de su nacimiento, le entregó unos retratos y papeles, y le dijo:

— Ya que quieres partir ve a visitar, a tu hermana Adelaida. Es una gran artista. Con el brillo de su nombre quizás logres tú también triunfos en el arte.

Su hermana, en efecto, comenzaba a encenderse en llama de gloria en los retablos europeos. Su nombre acaso sahume más de una vejez con aromas de mocedad. Era Adelaida Ristori, que, por la mitad del siglo último, se elevaba a las crestas más altas del arte trágico. ¿Cómo se hizo artista la hermana de Luisa Ristori? Ésta lo ignora. Sólo sabe que cuando su noble protectora le habló de su hermana, el nombre de ésta ya empezaba a ser voceado por la Fama.

Empero, Luisa Ristori no logró los lauros que las juveniles ilusiones le mostraban. Entró de bailarina en un teatro de segundo orden; pero como era más hermosa que danzarina, sus éxitos duraron lo que el verdor de sus años. En el arte de Terpsícore, apenas se le distinguía por «la hermana de la Ristori». Para ella parecía haber sido pensada la intención del pareado de Manuel del Palacio:

Se le conoce porque es
Marido de la Sinués.

Joyas, sedas, rasos engalanaban su alegre juventud; conoció las guirnaldas de una primavera vida de sol y de flores; el dinero se filtraba entre aquellos dedos de hada, que la edad convirtió en menudos sarmientos... Pero el arte de bambalinas y especialmente el de las concertadas cabriolas, tiene la firmeza de un palacio de escenografía... Un día la cigarra envidió a la hormiga, precisamente en la hora en que la fortuna le mezquinaba sus halagos. Bien sabido es que las bailarinas suelen acordarse del camino de la virtud en el declive de su hermosura. Luisa, aunque no podría colocarse en este caso, experimentó frío de soledad, y casó entonces con un militar, el teniente Luis Mussi, que la dejó viuda al poco tiempo de matrimonio.

— Por esos años—nos dice la anciana—mi hermana se unió en matrimonio con el Marqués Caprónica del Grillo. ¡Tengo sobrinos nobles allá en Italia! — agrega con legítimo orgullo.

Este parentesco es un timbre de vanidad para la ex danzarina que se extingue miserablemente en un conventillo de la gran metrópoli. ¡Sino caprichoso el de la familia de titiriteros que alguna aburrida deidad depositó hace cerca de un siglo en un rincón de Italia! Aquellos dos niños mayores que formaban parte del ambulante circo se perdieron para siempre en la espesura de los años. Quizás uno de ellos, haciendo piruetas y suertas diabólicas, erró por pueblos y ciudades hasta que la huesa lo acogió en su seno; acaso el otro haya vegetado en alguna aldehuela del reino, sin adivinar nunca que una de sus hermanas era nada menos que una señora marquesa: la Marquesa de Caprónica del Grillo...

Luisa Ristori, es tal vez la única sobreviviente de aquella familia aventada por el destino. Sueña con el pasado ya que no puede hacerlo con el porvenir. De su alcurnia farandulera, tiene un indeleble recuerdo: sus articulaciones fueron luxadas en su niñez.

— ¡Qué lástima — exclama — no haber dedicado mi vida a la acrobacia! ¡Yo también sería una estrella en ese arte!

Y dice bien la pobre anciana. Aunque, si bien se mira, su gloria, por muy brillante que fuera, no obscurecería de fijo a la de su hermana, la ínclita histrionisa. ¿Y quién se acuerda de ésta? Para una buena parte de nuestra generación la memoria de ambas hermanas es idéntica: lampo en las sombras, estela en el agua, humo en el espacio...

E. GONZÁLEZ CADAVID.

EL CRISTAL DE MI ALMA

Con este título ha publicado el señor Arturo S. Mom, un libro de poesías selectas, del que forman parte estos sonetos.



Lo que al mundo concierne con afán he cuidado
así como las rosas del jardín interior.
En cada cosa un poco de ilusión he volcado
y siempre donde he visto belleza he puesto amor.

Con el alma en los labios, con más alma que ciencia,
la estrofa de mi verso canté sencillamente
y tan sereno como lo puede mi experiencia.
(Mi vida cuenta un cuarto de siglo solamente).

Y digo a los que me oyen: si bien no soy un santo,
en la vida del prójimo jamás causé quebranto,
no conozco la envidia ni la mala intención;

a todo el que me quiere yo quiero; y por fin digo
que soy un buen sujeto, que la vida bendigo
y que siempre en mis actos está mi corazón.

CORAZON

A la luz de la luna la tierra se adormece
y todo de un efluvio de beatitud se llena.
Oh, dulzura de ser y de sentir si fuese
más suave mi destino, mi vida más serena!

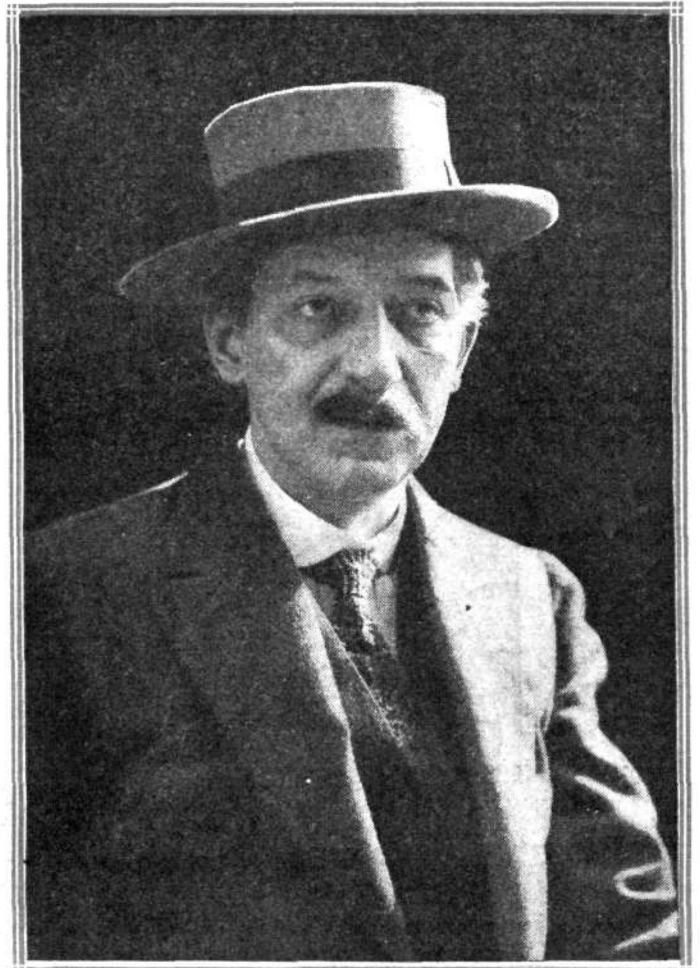
Y en medio del silencio que en forma tal acrece
que el mismo pensamiento dijérase que suena
mi espíritu es un mar de angustia y me parece
más grande mi desdicha, más profunda mi pena...

Y hay una idea fatal que me obsesiona: pienso
que fuera hondo placer fundirse en el inmenso
ámbito de la noche, camino del olvido

y de una decisiva, final claudicación...
Mas he aquí que lanza su imperioso latido
llamándome a la vida mi enorme corazón!

ARTURO S. MOM.

GOMEZ CARRILLO



Soy yo menos que nadie para hablar de Gómez Carrillo. De su obra considerable conozco sólo los libros de guerra y de viajes, y aun eso, leídos a través de traducciones que parecen excelentes. Pero traducir a un poeta —y Carrillo es, ante todo, un gran poeta en prosa— es transvasar más o menos diestramente un líquido perfumado, cuyos mejores aromas y más sutiles se alteran y evaporan.

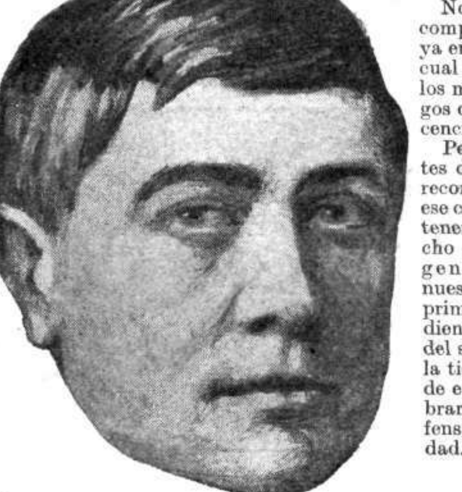
Sólo he leído sus escritos de guerra y de viajes, que, por lo demás, tienen un estrecho parentesco. Porque la guerra que él describe por modo tan humano y colorido, no es sino un viaje más patético que los otros a los países de las locuras y las ferocidades del hombre.

Allí está todo entero Carrillo con sus cualidades todas y no añadiré, como es uso, con sus defectos, porque, como viajero, no se los conozco. Da él la impresión del peregrino perfecto, del peregrino que uno querría ser. Y ya vaya a Egipto o a Palestina, a la Champañ a o a Flandes, él es siempre el mismo hombre, el mismo testigo que sabe verlo todo, oirlo todo, comprenderlo todo y amarlo todo, y que sobre todo sabe escoger en todos los aspectos, en todos los escenarios, en todos los medios, en todos los pensamientos, en todos los sentimientos aquellos que, pensamos, habríamos escogido nosotros mismos.

No es fácil caracterizar su manera; tanto es sencillamente amplia y humana. Si se le compara a los grandes viajeros, que son, más de lo que se cree, grandes bienhechores, no se parece a ninguno, no tiene ninguna de sus manías: pero diríase, en cambio, que todos le han dejado alguno de sus mejores dones. Sabe pintar un paisaje, una ciudad, un palacio, como Teófilo Gautier; pero alcanza, además, a poblarlos, y en él el mármol y el bronce no aplastan a los hombres. Es a veces, risueño, familiar y exuberante, como Dumas, padre; pero se ve que su imaginación está siempre al servicio de la más estricta verdad. Cuando hace falta, muéstrase preciso, meticuloso, narrativo y gráfico, como Stendhal; especulativo y documentado, como Taine; fatalista, sombrío, pictórico, melancólico y vago, como Loti; sensitivo, soñador y sutil, como Gerardo de Nerval; ergotista, combativo, práctico y moderno, como Julio Huret, de quien tiene la ojeada pronta y despiadada y la frase instantánea. Y todo esto se funde y se armoniza, forma un tejido unido y sin costuras, sin piezas, atravesado por hilos de oro y plata, que nos avisan de que bajo el escritor febril vive un poeta que no desmaya por nada y a quien los mejores poetas de hoy saludan como a un gran hermano turbulento e infatigable.

Infatigable, esa es la palabra exacta. Su vida —que ha de referirnos pronto— recuerda la de aquellos magníficos artistas del Renacimiento italiano que derrochaban ardientemente tres o cuatro existencias en una sola y conocían la vida tres o cuatro veces mejor que los que no consumen sino una.

Pero no es mi intención trazar ahora las maravillosas aventuras del último de los románticos, que ha sabido realizar y renovar sin tregua y sin fatiga, en el curso de las semanas y de los días, tan monótonos para los hombres medio somnolientes que somos casi todos, la mayor parte de los bellos ensueños que los demás sólo hemos acariciado en los ardores de nuestros veinte abriles.



No hablaré tampoco hoy del compañero a quien he conocido ya en el ocaso de mi vida, en la cual ocupa el mismo lugar que los más íntimos y queridos amigos de la infancia y de la adolescencia.

Pero quiero, por lo menos, antes de terminar estas palabras, recordar todo lo que debemos a ese corazón caballeresco, que, sin tener nada que ganar y sí mucho que perder al adoptar tan generosa actitud, irguióse a nuestro lado y fué uno de los que primero y tal vez el que más ardientemente de todos, en medio del silencio egoísta del resto de la tierra, elevó una voz que desde entonces no ha dejado de vibrar con bella armonía en defensa de la justicia y de la bondad.

MAURICE MAETERLINCK.

El L. C. Timoteo y el pesquisa Doroteo.

Todos negros


El ladrón tiene una idea
y se sube a una azotea.


El pesquisa que es curioso
le persigue, cauteloso.

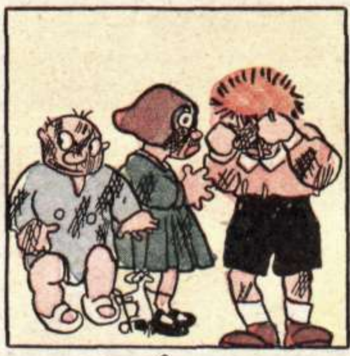

—¡A la chimenea! — grita
y en ella se precipita.


Cae en una habitación
convertido en un carbón.


Cuando le ve, una señora
se asusta, protesta y llora.


El, que un tenorio parece,
se le acerca y la ennegrece.


Aproxímase a la suegra
y también la pone negra.


Y a los chicos ¡cataplún!
los convierte en un betún.


Por igual sitio ha venido
el pesquisa ennegrecido.


Que transforma en carboneros
a mucamas y porteros.


Arman tal algarabía
que acude la policía.



Y allí, al cabo de un segundo,
negro ¡negro! es todo el mundo.

Dib. de Macaya.


BAO
B

Ingenieros civiles egresados en el año 1917


Señor Jesús B. Andrés Varela.

Señor Marcelo E. Albarracín.


Señor Hernán Brunner.


Señor Federico Zunino.


Señor Carlos Woodgate.


Señor Martín J. Warnes.


Señor Jorge Valiente Noailles.


Señor Manuel F. Burzaco.


Señor Alfredo G. Galmarini.


Señorita Aída Maradona.


Señorita Elisa B. Bachofen.


Señor José Gilli.


Señor Gustavo Kreutzer.


Señor Guillermo Suasnavar.


Señor Enrique Semmelhaach.



Señor Baldomero Seguí.



Señor Alberto F. J. Schmidt.


Señor Ernesto Sarmiento.


Señor Teodoro Sánchez de Bustamante.


Señor Alberto J. Samar.


NOTA
COMICA
DEL
GLAUDA
VERMOUTH
ARGENTINO
— ¿Está fresca esta merluza?
— Y gorda.
— Esa no es razón; porque mi mujer está gorda y sin embargo no está fresca.

Ingenieros civiles egresados en el año 1917







Señor Antonino Rulli. — Señor Simón Rubinstein. — Señor Mario J. Rovera. — Señor Jorge T. Rojo. — Señor Juan C. Ricchieri. — Señor Andrés Carlos Rey. — Señor Cayetano Repetto.








Señor Roberto Raventos. — Señor Carlos W. Anthony. — Señor Roberto Baca. — Señor Jorge Bacigalupi. — Señor Israel H. Arroquí. — Señor Armando Repetto.









Señor Juan Torassa. — Señor David Cuayat. — Señor Le Brenn Quaintenne. — Señor Ricardo M. Ortiz. — Señor Carlos Alberto Ochoa. — Señor Alberto J. Obejero. — Señor Carlos Noya Schoo.

"EVINRUDE"

Motor marino, especial para pequeñas embarcaciones.

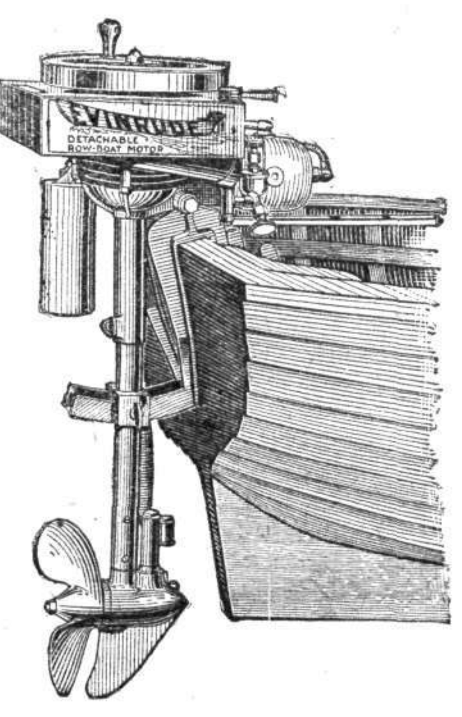
Constituye el ideal para aficionados, pequeñas industrias e isleños.

Es portátil y de colocación inmediata a cualquier tipo de bote o canoa, sin alterar para nada la embarcación.

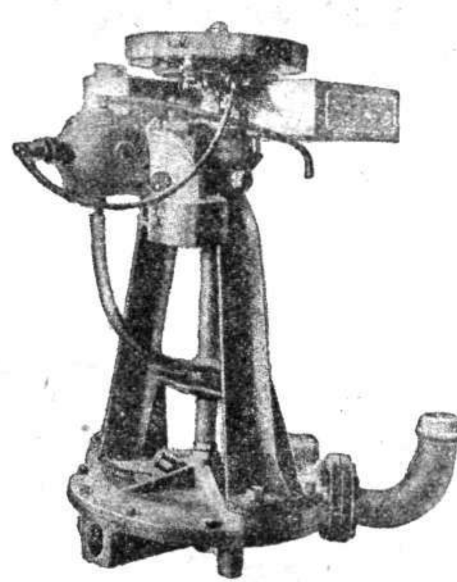
Impulsa fácilmente a un bote con 10 pasajeros, desarrollando una velocidad de 15 a 18 ks. por hora.

Motor de 2	HP.	$ **350.—**
„ „ 3 ½	„	„ **450.—**
„ „ 4	„	„ **475.—**

Más de 1000 motores vendidos en la República Argentina por nosotros.



BOMBA CENTRIFUGA "EVINRUDE"



Precio: $ **500.—** m|n.

Es tan fácil su manejo como el motor amovible "EVINRUDE", y es muy seguro su funcionamiento. Es una bomba recomendable para Hacendados, Ingenieros, Compañías mineras, etc.; para subir agua a los tanques de casas de habitación, hoteles y casas de campo.

Y en general, para todo fin donde se requiera agua en abundancia, y para sacar el agua del fondo de los barcos.

Tamaños	Alt. Mts.	Ltrs. hora
2 c. de F.	1 ½	16.000
„ „ „ „	4 ½	13.000
„ „ „ „	7 ½	9.000
„ „ „ „	10	3.400

Solicite informes a sus representantes exclusivos:

Establecimientos Mestre y Blatgé, S. A.

SANTA FE, 1072 - Buenos Aires

Ingenieros civiles egresados en el año 1917


Señor Fausto R. Newton.

Señor Jose Maria Moyano.


Señor Eduardo Mompelat.


Señor Antonio Medici.


Señor Gabriel C. del Mazo.


Señor Eduardo Maurette.


Señor Luis Matti.


Señor Francisco Marseillan.


Señor Angel E. Ybarra García.


Señor Ignacio Maqueira.


Señor A. M. Kweitel.


Señor Jacobo Katzenelson.


Señor Ricardo D. Isola.


Señor Luciano Indavere.


Señor Roberto Gorostiaga.


Señor Pablo Gorostiaga.


Señor Carlos A. Gorostiaga.


Señor Aquiles Gianol.


Señor Julio Ferrari.


Señor Alejandro Fabre.



Cuando a la playa usted vaya
a tomar baños de mar,
no debe usted olvidar
que lo mismo que en la playa,

que en casa o en el hotel,
en toda hora y ocasión,
para la higiene el jabón
representa un gran papel.

Porque es un error, que fragua
muchos males, el pensar
que es, en los baños de mar,
único elemento el agua.

No es suficiente agua sola,
y es menester el jabón
para ayudar a la acción
tonificante de la ola.

Y para este resultado,
que el higienista reclama,
en todo el mundo ya es fama
que el **REUTER** está indicado.

Ingenieros civiles egresados en el año 1917



Señor Simón Espil. Señor Luis Eraña. Señor Domingo Dutari. Señor Rodolfo Cuello. Señor José Cavestani. Señor Gael Palacios Molina.

Agrimensores egresados en el año 1917



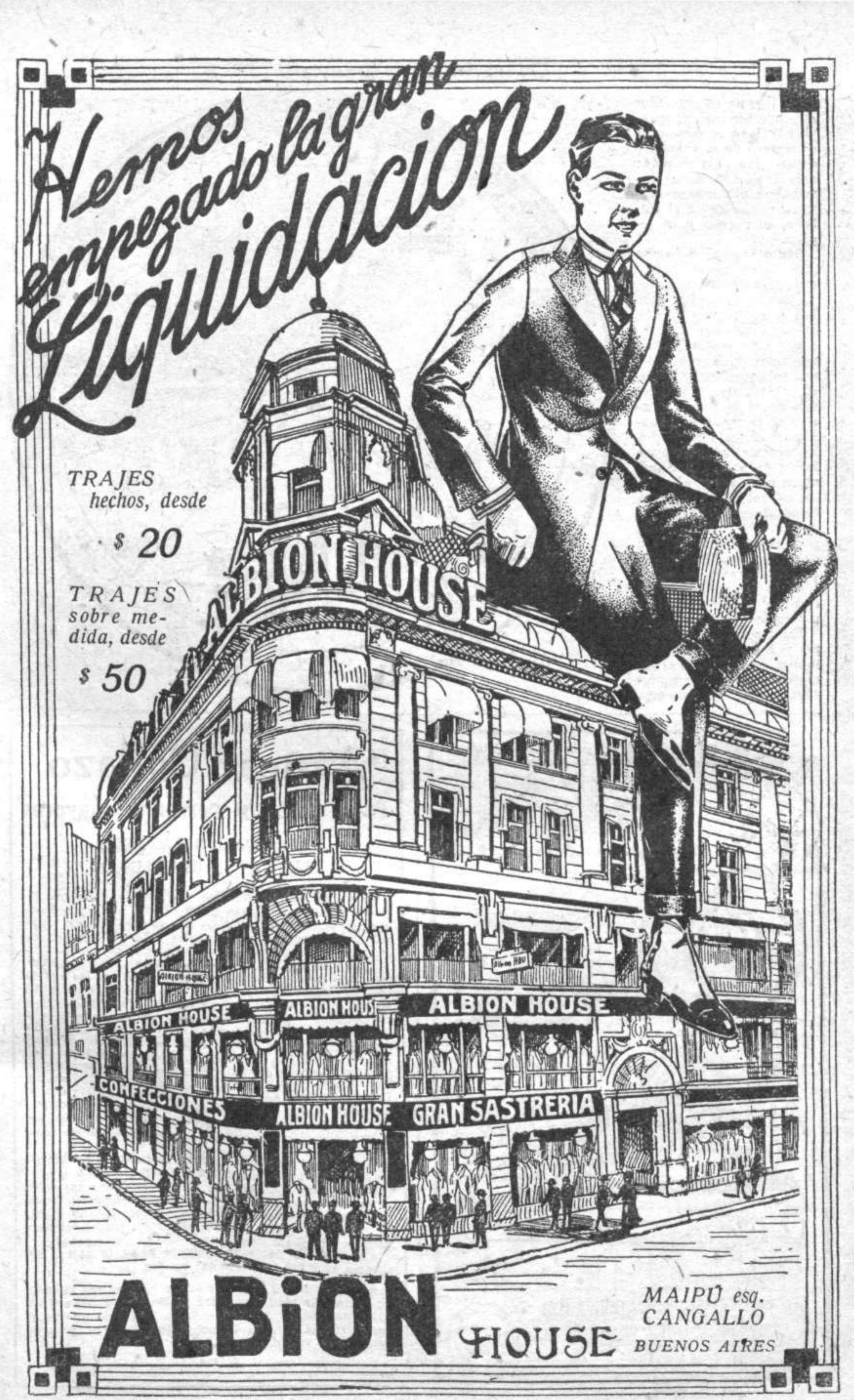
Señor Arturo Cano. Señor Alfredo Baldassari. Señor Enrique Bergonzoni. Señor Domingo Bianchi. Señor Jorge Dufourg. Señor Rufino Espinosa. Señor Carlos J. Forn.








Señor Agustín Lanata. Señor Ciriaco Luis Zapata. Señor Félix Molinuevo. Señor Enrique Otaño. Señor Alberto Portinari. Señor Bautista A. Saini. Señor Luis Soubie. Señor José E. A. Zampini


Hemos empezado la gran Liquidacion
TRAJES
hechos, desde
$ 20
TRAJES
sobre medida, desde
$ 50
ALBION HOUSE
ALBION HOUSE
ALBION HOUSE
ALBION HOUSE
CONFECCIONES
ALBION HOUSE
GRAN SASTRERIA
ALBiON HOUSE
MAIPÚ esq.
CANGALLO
BUENOS AIRES

"The times is money"

El tiempo es oro, dice el proverbio inglés; aprovechar bien el tiempo es el secreto de la vida, nos dicen los higienistas; así el tiempo debe distribuirse alícuota y equitativamente entre el trabajo, el recreo y el reposo.

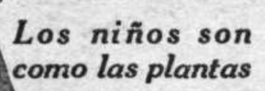
Nuestro gráfico da una idea perfecta de cómo debemos dividir y aprovechar las veinticuatro horas que tiene el día, si queremos que nuestro organismo marche como un reloj bien regulado.

Como puede verse por él, el reposo, el sueño, nos ocupa la mayor parte del tiempo; el organismo, según todos los higienistas, precisa ocho horas de sueño, por término medio, y ello es lo cierto, que esta necesidad nos priva del 33 por ciento de la vida, por cuanto un hombre que haya vivido 80 años, en rigor, sólo ha disfrutado de 54 años conscientes, pues los 26 restantes los pasó soñando.

En acostarse temprano y levantarse de mañanita, estriba pues el secreto de la salud, según afirman sesudos autores.







que requieren un constante y amoroso cuidado para que se desarrollen sanos, bellos y vigorosos.

Sólo así constituirán el legítimo orgullo de sus padres y una grata esperanza para el porvenir.

Por ésto es deber ineludible de toda mamá procurar que sus pequeños gocen siempre de un perfecto funcionamiento intestinal, administrándoles con frecuencia los



al chocolate

Constituyen un laxante suave y eficaz, de gusto exquisito, que es tomado por los niños con mucho agrado, porque debido a su sabor delicioso, creen *que se trata de una golosina.* Es el purgante ideal para las señoras.

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Unicos Concesionarios:

P. SOLDATI & Cía.

DROGUERIA SUIZO-ARGENTINA

Rivadavia y Catamarca - Buenos Aires

Sucursal en ROSARIO:

DROGUERIA SOLDATI

1180 - RIOJA - 1186



La gravedad de su mal

será pasajera, aunque actualmente sufra continuos tormentos a causa de la excesiva fatiga cerebral que paulatinamente lo aniquila, si recurre ahora al poderoso tónico reconstituyente

HEMATÓGENO
del Doctor HOMMEL

Las notables propiedades que posee como regenerador de la sangre son bien conocidas, y lo hacen insubstituíble en los casos de **anemia, linfatismo, postración, clorosis, inapetencia, excitación nerviosa, debilidad cerebral** y todas las enfermedades que tienen su origen en la pobreza de la sangre.

Preparado con sangre fresca, pura y sana, fortifica los nervios y los músculos, purifica y enriquece la sangre, devuelve el apetito, reanima el espíritu e incita al funcionamiento normal de los órganos vitales.

PÍDALO EN TODAS LAS FARMACIAS

Unicos depositarios:

P. SOLDATI & Cía.

DROGUERIA SUIZO-ARGENTINA

Rivadavia esq. Catamarca - Buenos Aires

Sucursal en ROSARIO:

DROGUERIA SOLDATI

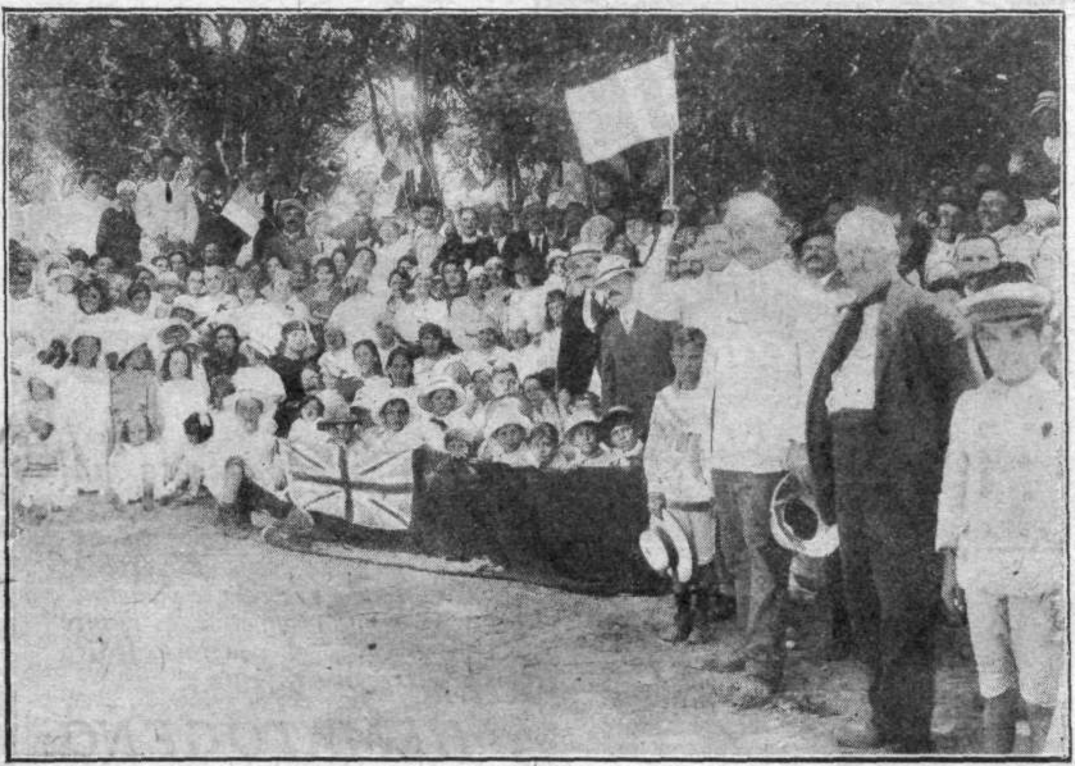
1180 - RIOJA - 1186

Hematógeno

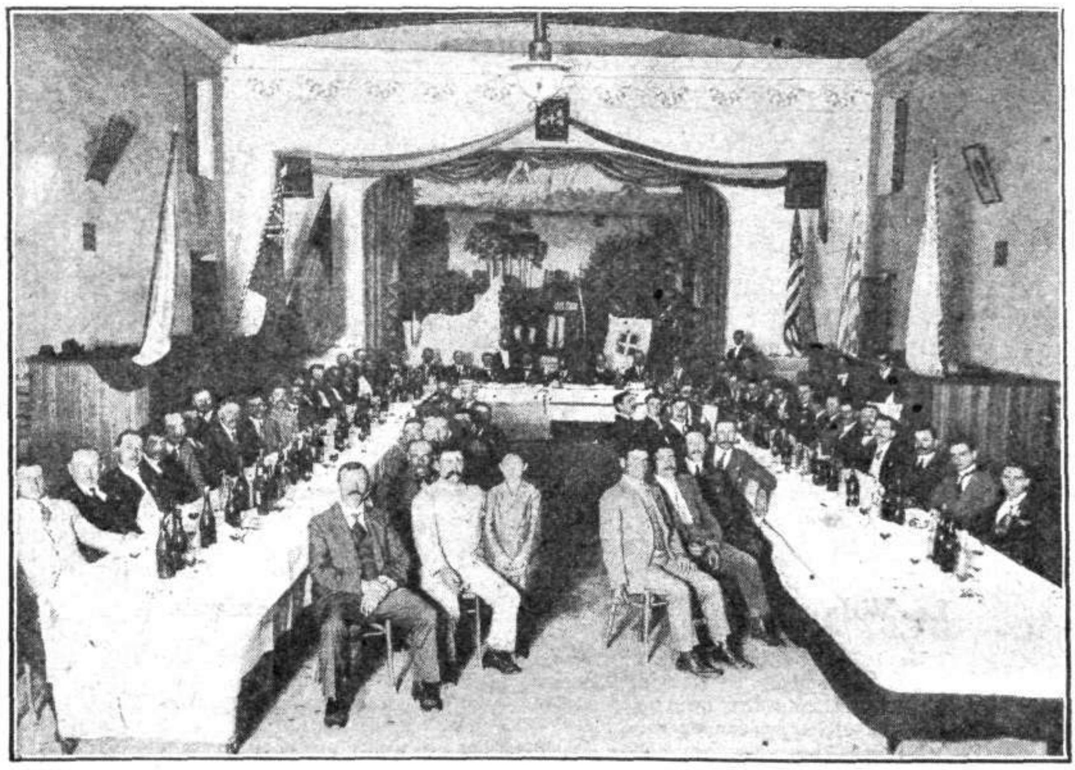
del Doctor

Hommel

ZURICH SUIZA

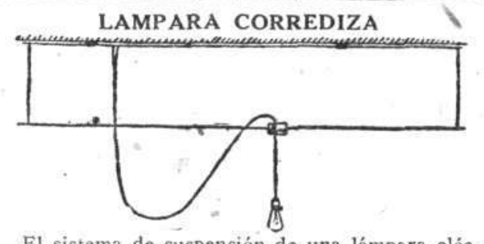


ALEJANDRO. — Familias de la localidad que asistieron al pic-nic organizado por la comisión «Pro festejos conmemorativos de la victoria», formada por los señores Antonio Strada, Ezio Galeazzi y Atilio Maggi.



ONCATIVO. — Banquete realizado en la «Sociedad Italiana», con motivo del triunfo obtenido por las naciones aliadas contra los imperios centrales.

LAMPARA CORREDIZA



El sistema de suspensión de una lámpara eléctrica que se ve en nuestro dibujo, es muy útil porque permite correrla por delante de las anaquelerías si se trata de un almacén, o a lo largo del banco si se trata de una carpintería.

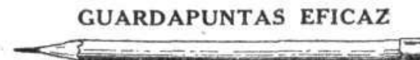
Como se ve en el grabado, todo se reduce a tender una cuerda o un alambre del largo conveniente con un aislador de porcelana que corre de extremo a extremo, y al cual se ata el flexible a la altura que más convenga.

LAVAR CON AGUA DE POZO. — El agua de pozo, casi siempre contiene sales que cortan el jabón; para poderla usar sin este inconveniente, se mezclará por cada 100 litros de agua 30 gramos de soda de lavar o de potasa, que se deslíe primero en un poco de agua caliente.

PARA DESTRUIR LOS PARÁSITOS de la cabeza de los niños, se les frota ésta con la pomada siguiente: se deshace una yema de huevo duro con un poco de grasa fresca de cerdo y una cucharada de aceite. Después de 24 horas, se lavan con agua tibia y vinagre, se peinan y quedan destruídos los parásitos.

PARA CEJAS RALAS y mal formadas se aconseja untarlas al acostarse con un poco de grasa en rama o vaselina; por la mañana se lavan cuidadosamente con agua fría, se secan, se untan con un poco de petróleo y se peinan con un cepillito especial para las cejas; esto nunca se hará a contrapelo.

GUARDAPUNTAS EFICAZ



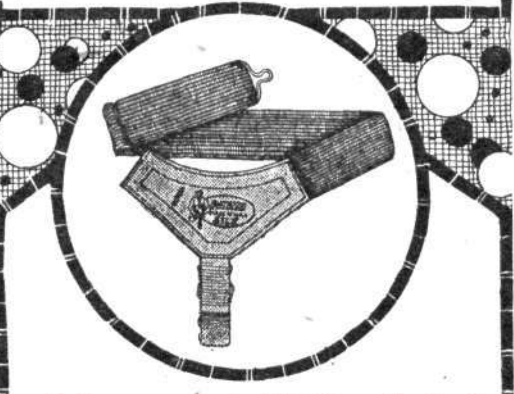


Mejor que guardapuntas, debe llamarse librapuntas al sistema que representa nuestro dibujo. Es verdaderamente desesperante que después de haberse pasado unos minutos sacando y afinando la punta del lápiz, ruede éste por la mesa, se caiga al suelo y en un instante quede destrozado el trabajo de un rato.

Esto es lo que se evita con el librapuntas, que consiste en un casquillo o contera metálica lleno de perdigones y ajustado al extremo superior del lapicero.

El peso de los perdigones hace que al caer el lápiz toque primeramente en el suelo la parte de arriba y como la punta recibe así un golpe ligero, no se rompe.

LIGAS PARIS



¿Quiere un par de LIGAS perfectas?

Exija LIGAS PARIS, son las mejores, las que dan mayor comodidad, las que duran más y las más elegantes.

Las LIGAS PARIS verdaderas, llevan impreso el nombre PARIS en la parte interior del escudo, como lo indica el grabado.

DE VENTA EN TODOS LOS NEGOCIOS DEL RAMO

Unico depositario: LUIS BOCCHIO

BALCARCE, 571 - Buenos Aires
Unión Telefónica, 4653, Avenida

Fabricantes: A. STEIN y Co. - Chicago

GARANTIA: Si se encuentra alguna imperfección en el par de ligas PARIS, el agente o los expendedores, tendrán mucho gusto en reemplazarlas por un par perfecto



SENOS

Desarrollo, endurecimiento completo y robustez del seno de la mujer, en forma sorprendente y en muy pocos días. Nada de píldoras ni drogas, que en este caso constituyen una verdadera farsa. Tratamiento científico e inofensivo, con el

DESARROLLADOR "BALZAC"

Soliciten por carta o personalmente, folleto, que se remiten gratis bajo sobre cerrado.

DIRIGIRSE a "BALZAC"
577, ESMERALDA, 577 — BUENOS AIRES

NOTA. — La casa es atendida por señoras.



LAS CANAS

En dos minutos la persona más exigente quedará satisfecha.

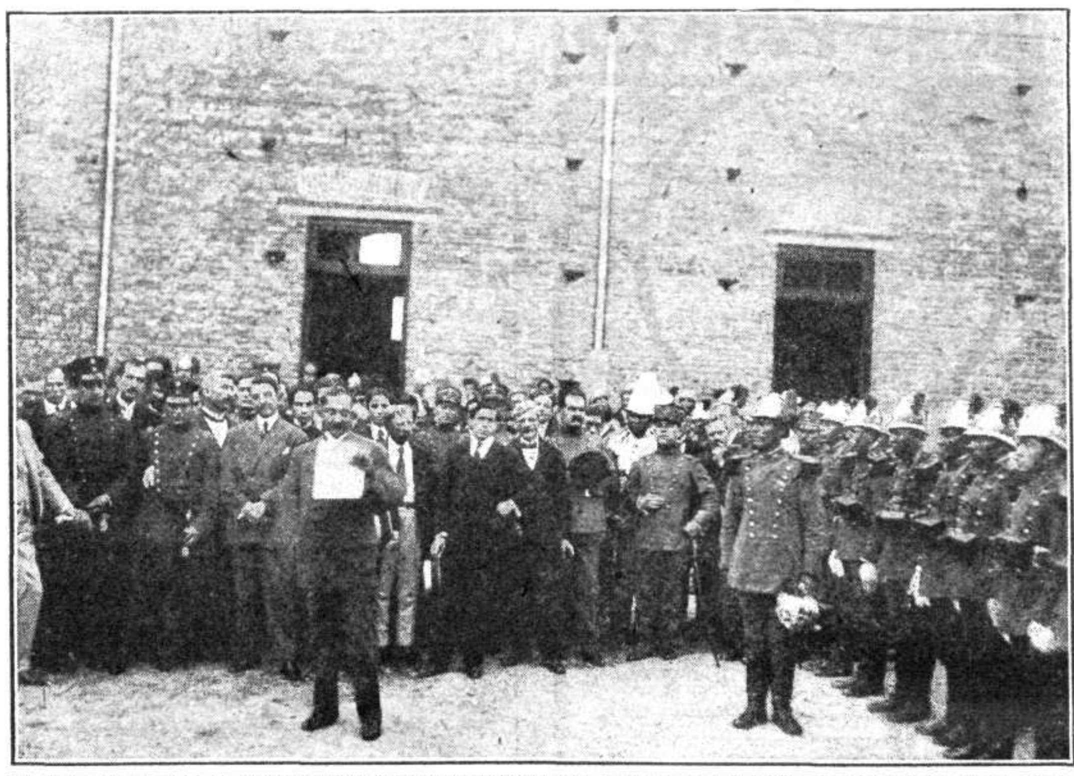
Nada de preparaciones especiales ni de molestias de ningún género para su aplicación; basta con tomar un poco de **Okaline** y pasarse por los cabellos canosos; al instante reaparecerán sin una cana y con el matiz del color que se tenía antes de encanecer. Deja el cabello sedoso y limpio. Remedio práctico e inofensivo. **Cada aplicación dura un mes. Xignaria** es el complemento de la **Okaline.** Si a los dos días de usar la **Okaline** se frotan los cabellos con unas gotas de **Xignaria,** la belleza que adquieren éstos es aún más hermosa que la natural. Desaparece la caspa y las canas no continuarán saliendo debido a las propiedades tónicas de la **Xignaria. Okaline, 7 $. Xignaria, 4 $.** Encomienda, 50 cts. En venta: A. Pérez, Alsina, 1194, Bs. As.

Jabón

"TINKAL"

En toda época del año
ríe el niño siempre igual
cuando lo llevan al baño,
si ve a su lado el "TINKAL".

El Jabón "TINKAL" otorga al cutis extraordinaria suavidad.



Acto de la entrega del premio acordado al cabo de bomberos Avelino Gómez, por la Jefatura de Policía, con motivo de un acto de arrojo realizado por el citado. Asistieron a la simpática ceremonia el gobernador interino, el Ministro de Hacienda, el jefe de policía y una numerosa concurrencia.



Cuando los letreros del camino indican peligro, los neumáticos tipo 'Cadena' significan confianza y seguridad. En las vueltas cortas, caminos resbalosos y pavimentos duros, el tipo 'Cadena' es la protección del automovilista.

El Neumático United States
Tipo 'Cadena'

es de doble eficiencia. La cadena en relieve se adhiere al camino y al mismo tiempo produce una succión dentro de los eslabones que resiste toda moción lateral. La altura y espesor de la cara aseguran un recorrido mayor. El agarre del tipo "Cadena" sobre cualquier camino—bueno o malo—hace que sea casi imposible el resbalamiento. Y el precio del neumático "Cadena" está al alcance de todo automovilista.

El tipo 'Cadena' es uno de los cinco tipos de neumáticos United States—que constituyen un surtido *completo*. Uno de estos tipos se adaptará a las necesidades del coche de Ud., asi como a las diversas circunstancias del servicio.

Visite Ud. a su vendedor para obtener estos neumáticos *incomparables*.

United States Rubber Export Co., Ltd.
Buenos Aires:
SAN MARTIN, 501.

Rosario:
SARMIENTO, 648.

elegramas: "USCO".

De General Acha (Pampa Central)

La señora María S. de Cabral, rodeada de las personas que le entregaron una medalla de oro y un pergamino como premio a su actuación en el cargo de presidenta de la «Sociedad de Beneficencia».

APUNTES Y RECORTES



— Supongo que no pones mala cara porque este sea el octavo sombrero de la temporada.

— No, mi hijita, al contrario; me felicito, eso prueba que pasan muchas cosas por tu cabeza, aunque crean lo contrario.

Muy apasionado por el tabaco es el gran sabio e inventor Edison. Diez cigarros diarios son su consumo normal; pero en oportunidades, cuando se sumerge en el estudio de algún problema, suele aumentar esta cantidad hasta veinte, para mantener despiertas sus fuerzas mentales.

También el afamado actor americano Edwin Booth era visto muy rara vez sin su cigarro en la boca. Fumaba aún durante las representaciones, detrás del escenario, y cuando aparecía sobre las tablas, confiaba su cigarro al criado, para volverlo a tomar tan pronto como terminase su parte y se dice que se alegraba sobremanera si aun lo hallaba ardiendo. Es lógico que no pocas veces habrá contribuído a ello el sirviente.

Hace algunos años murió en Berna, a la edad de 73 años, un hombre que en 54 años no había fumado menos de 628.713 cigarros. Esta suma da un promedio de 13.791 anuales, o sean 31 cigarros diarios!... Su pasión le costó sesenta mil marcos.

Pero hasta este record fué superado por el holandés Van Klaes, que murió a la edad de 81 años y que fumaba alrededor de 10 libras de tabaco por semana.

Los señores Prevost y Batelli han presentado a la Sociedad Física y de Historia Natural de Ginebra una interesante memoria sobre el mecanismo de la muerte por las corrientes eléctricas, en la cual afirman que todos los animales sometidos a corrientes de alta tensión, por ejemplo, de 2.500 voltios, *mueren a consecuencia* de perturbaciones nerviosas y sobre todo de parálisis respiratoria. El corazón, sin embargo, continúa latiendo, siendo suficiente practicar en seguida la respiración artificial para que el animal se reanime.

Con las corrientes de baja tensión, el sistema nervioso es débilmente afectado y el animal continúa respirando; pero el corazón se va paralizando y no impulsa la sangre a las arterias. El perro y el caballo, en este caso, mueren de parálisis cardíaca. En los conejos y las ratas el corazón se paraliza un momento y recobra su actividad al interrumpirse la corriente.

Estas experiencias demuestran que los latidos del corazón de un perro, suspendidos por una corriente de baja tensión, se pueden restablecer por medio de corrientes de tensión elevada, de manera que con auxilio de la respiración artificial no tardan en reanudarse todos los fenómenos vitales.



— Disculpe, señora, ¿su esposo es persona de confianza?

— Como no... Ya ve, yo le he confiado mi vida.

— Bueno... ¿pero se le puede confiar algo de valor?


Galletitas BAGLEY
Preferidas por su exquisito gusto y valor alimenticio
Pida en todos los Almacenes:
"Gotas de Oro"
"Solar"
"Tertulia"
GALLETITAS
GOTAS DE ORO
BAGLEY
M.S.BAGLEY&Cia.Lda.
SOCIEDAD ANONIMA ARGENTINA
GALLETITAS
SOLAR
MONTES DE OCA 199
BUENOS AIRES
SOLAR
BAGLEY
M. S. BAGLEY & Cía. Ltda.
MONTES DE OCA, 199 - Buenos Aires

WINCHESTER

PREPARACIONES

W

para lubrificar, limpiar, pulir y desoxidar los metales finos.

El uso constantante de las ***Preparaciones WINCHESTER*** *— de las cuales hay una para cada necesidad, — le ayudará grandemente a conservar la precisión, velocidad y eficacia de las armas de fuego y a proteger de la oxidación toda clase de metales pulidos.*

Utilizando de manera adecuada las ***Preparaciones WINCHESTER,*** *restaurará Vd. completamente la superficie de todos los metales y prolongará su utilidad.*

Solicite informes y folletos explicativos, gratis, en las principales Armerías y Ferreterías del país.



WINCHESTER REPEATING ARMS Co.

NEW HAVEN — Conn., E. U. de A.

Gerente en Buenos Aires:

ALFREDO C. MELLOR

Avda. de Mayo, 1354

AVICULTURA CON EXITO

Aves, Perros, Gatos, etc., de razas puras. Huevos plenamente garantidos. Alimentos y medicamentos insuperables. Incubadoras, Implementos, etc. Pida Folleto C. C. 16, gratis.

CASA MINANA

U. T., 1734, Av. 521 Florida, Bs. Aires.

¿Quiere Vd. vestirse bien y barato?

Vendo vestidos de señora y hombres, nuevos y de poco uso, desde $ 12, 15, 18, 20, 25, hasta $ 55. Catálogo gratis. — **A. PESCHKE.** Esmeralda, 798 - Buenos Aires. U. T. 5583 Juncal.



GAS LIQUIDO

Marca registrada

ES EL MEJOR COMBUSTIBLE PARA Lámparas, Cocinas, Calentadores para Baño.

Catálogos y prospectos: GRATIS

R. Haupt y M. Pizza

Fabricantes Importadores

3266 - VICTORIA - 3266. Bs. Aires

U. T., 643 (Mitre)

Obsequio de Año Nuevo

Toda persona que efectúe sus compras durante el corriente mes de enero, recibirá un obsequio-sorpresa y un vale de VEINTE PESOS m/n., canjeable en mercaderías. Pida nuestro catálogo, si ya no lo posee, y efectúe una compra; por pequeña que ésta sea recibirá los obsequios Nuestro catálogo de RELOJES, ALHAJAS, LINTERNAS ELECTRICAS, BOQUILLAS y NOVEDADES se remite gratis al interior de la República.

CASA MATUCCI, Santiago del Estero, 653 - Bs. Aires

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a 2 centavos.





"SICILIAN BUTTERCUPS"

La REINA de las AVES Ponedoras, con cresta forma corona

Cultivamos, entre las 100 variedades, también esta famosa raza. Por el momento vendemos únicamente huevos para empollar.

Un folleto ilustrado, de todos nuestros planteles, vale 50 centavos. En colores, $ 2.

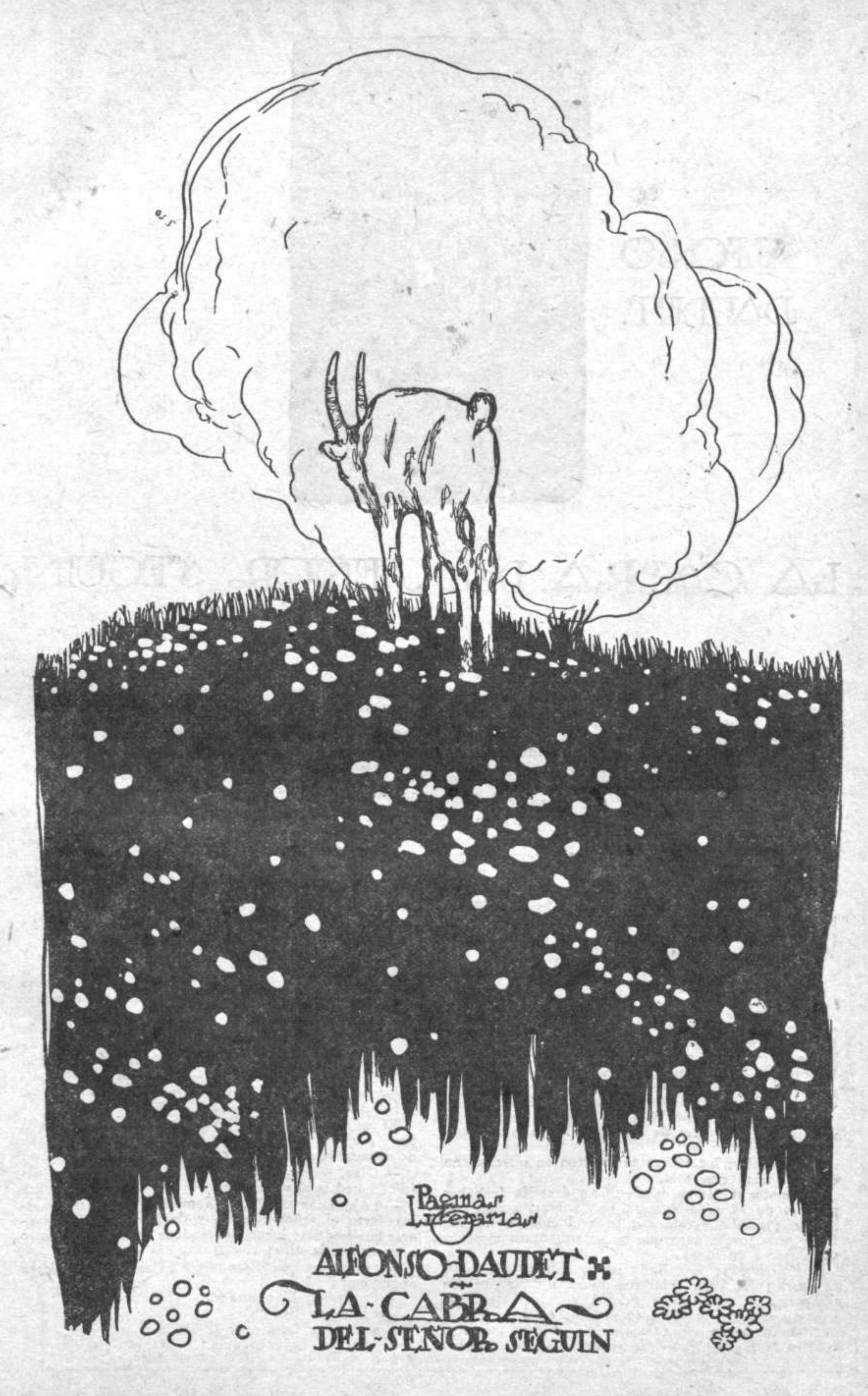
Pidan al director del Establecimiento de Avicultura, Casilla Correo 1471 - Buenos Aires.



APERITIVO VINO QUINADO KALISAY EL MAS SALUDABLE PRUEBELO

AVICULTURA MODERNA. — Incubadoras a lámparas o eléctricas, Implementos de avicultura, Aves de raza, Huevos para empollar. Libro instructivo, ilustrado	$ 0.50
LA CRIA DE ABEJAS. — Colmenas modernas, Implementos. Libro instructivo	» 0.50
FRUTICULTURA. — Secadoras de frutas, Máquinas de pelar. Libro instructivo	» 0.50
LA INDUSTRIA LECHERA. — Método práctico para hacer quesos y caseína. Libro instructivo	» 0.50
DICCIONARIO DE LAS ENFERMEDADES de las aves, sus síntomas y remedios. Libro	» 1.—
LA CRIA DEL CONEJO. — Libro ilustrado	» 1.—
AVES DE PELEA. — Cría y enfermedades. Libro	» 1.—

Remítase importe, indicando el libro que se desea, al dueño de la Casilla de Correo 1471, Buenos Aires.


Páginas Literarias
ALFONSO DAUDET
LA CABRA
DEL SEÑOR SEGUIN

ALFONSO DAUDET.



LA CABRA DEL SEÑOR SEGUIN.

Al señor Pedro Gringoire, poeta, en París.

¡Siempre serás el mismo, mi pobre Gringoire! ¡Conque te ofrecen plaza de cronista en un buen periódico de París, y tienes el cuajo de no aceptar!... ¡Mírate a ti mismo, infeliz mancebo! Mira ese jubón lleno de sietes, esas calzas derrotadas, ese flaco rostro pregón del hambre. ¡He ahí a dónde te ha conducido la pasión por las bellas ruinas! He ahí lo que te han proporcionado diez años de leales servicios entre los pajes del señor Apolo... ¿No te da ya vergüenza?

¡Hazte cronista, imbécil! ¡Hazte cronista! Ganarás buenos escudos contantes y sonantes de mogollón, tendrás tu cubierto en casa de Brévant, y podrás pavonearte los días de estreno con una pluma nueva en el birrete...

¿No? ¿No quieres?... Pretendes permanecer libre a tu antojo hasta el final... Pues bien; oye un poco la historia de *La Cabra del señor Seguin*. Verás lo que se gana queriendo vivir libre.

El señor Seguin jamás había tenido suerte con sus cabras. Todas las perdía del mismo modo: una mañanita, la menos pensada, rompían la soga, escapábanse al monte, y allá arriba comíaselas el lobo. Ni las caricias de su amo, ni el miedo al lobo, nada las contenía. Parece ser que eran cabras independientes, que anhelaban a toda costa el aire libre y la libertad.

El bueno del señor Seguin, que no comprendía una jota del carácter de sus animales, estaba afligidísimo; y decía:

— Se acabó; las cabras se aburren en mi casa, no conservaré ni una sola.

Sin embargo, no se desalentó; y después de haber perdido de idéntica manera seis cabras, compró la séptima; sólo que esta vez tuvo el cuidado de que fuese muy joven, para que se acostumbrara mejor a permanecer en casa.

¡Ah Gringoire, qué linda era la cabrita del señor Seguin! ¡Qué linda, con sus dulces ojos, su perilla de sargento, sus cascos negros y relucientes, sus cuernos a rayas y sus largos pelos blancos que la vestían de gabán! Era casi tan hechicera como el cabrito de Esmeralda — ¿te acuerdas, Gringoire? —; y además, dócil, zalamera, y se dejaba ordeñar sin menearse, sin meter la pata en la escudilla. ¡Una monada de cabrita!...

El señor Seguin tenía detrás de su casa un cercado de espinos. En él puso a su nueva huéspeda. En medio de la praderita clavó una estaca, cuidó de que tuviese cuerda larga, y de vez en cuando iba a ver si estaba bien. La cabra era muy feliz; y rumiaba la hierba con tan buena gana, que el señor Seguin estaba extático.

— ¡Gracias a Dios — pensó el pobre hombre — que a la postre hay una que no se hastiará en mi casa!

El señor Seguin se engañaba: su cabra se hastió.

Cierto día, díjose ésta mirando al monte:

— ¡Qué bien se debe de estar allá arriba! ¡Ay qué gusto triscar entre malezas, sin esta maldita soga que me despelleja el cuello!... ¡Quédese para el asno o para el buey eso de pastar en un cercado!... A las cabras nos hace falta mucho espacio.

A partir de este momento, parecióle insípida la hierba del cercado. Le entró tedio. Enflaquecía y se iba quedando sin gota de leche. Daba lástima verla todo el santo día tirar de la soga, con la cabeza vuelta hacia el monte, abriendo los agujeros de la nariz, y balando con tristeza *¡Bée!*

El señor Seguin advirtió que a su cabra le pasaba algo, pero no sabía que... Una mañana, al concluir de ordeñarla, volvióse la cabra y le dijo en su patué:

— Oiga, señor Seguin, me aburro en su casa; déjeme usted ir al monte

— ¡Ah, Dios mío!... ¡También ella! — gritó estupefacto el señor Seguin, y de la impresión cayósele la escudilla; luego, sentándose en la hierba junto a su cabra, la dijo:

— ¡Cómo es eso, Blanquita! ¿Conque me quieres abandonar?

Y respondió Blanquita:

— Sí, señor Seguin

— Pero, ¿te falta aquí la hierba?

— ¡Oh, no, señor Seguin!

—¡Quizá te habré atado corto! ¿Quieres que te dé soga larga?

—No vale la pena, señor Seguin.

—Entonces, ¿qué te falta, qué quieres?

—Quiero ir al monte.

—¿No sabes, infeliz, que en el monte está el lobo?... ¿Qué harás cuando se te presente?

—Le daré de cornadas, señor Seguin.

—¡Valiente comino le importan tus cuernos al lobo! Chivas mejor en cornadas que tú me ha comido. ¿Sabes lo que pasó a la pobre Renata, una señora cabra vieja que estaba aquí el año atrás, fuerte y astuta como un lobo? Se la tuvo tiesas con el lobo toda la noche... y después, a la madrugada, el lobo se la comió.

—¡Caramba, pobre Renata! Eso no le hace, señor Seguin; déjeme usted ir al monte.

—¡Bondad divina! —exclamó el señor Seguin.— ¿Pero qué les pasa a mis cabras? Otra más que el lobo me va a comer... Pues bien; ¡no... te salvaré a despecho tuyo, bribona! Y para que no rompas la cuerda, voy a encerrarte en el establo y no saldrás nunca de allí.

En seguida, el señor Seguin llevó la cabra a un establo muy obscuro y cerró lo puerta de él con dos vueltas de llave.

Por desgracia, se había olvidado de la ventana; y, apenas se volvió de espalda, marchóse de allá la pequeña...

¿Te ríes, Gringoire? ¡Pardiez! Ya lo creo; eres del partido de las cabras, en contra de ese buen señor Seguin... Vamos a ver si pronto te ríes.

Cuando la cabra blanca llegó al monte, aquello fué un arrobamiento general. Los añosos pinabetes no habían visto nunca nada más bonito. La recibieron como a una reinecita. Los castaños bajaban hasta el suelo sus copas para acariciarla con las puntas del ramaje. Las áureas retamas entreabríanse a su paso y exhalaban todo el mejor aroma que podían. El monte entero la festejó.

¡Figúrate, Gringoire, si estaría contenta nuestra cabra! No más cuerda, no más estaca... nada que la impidiese triscar y pacer a su antojo... ¡Allí sí que había hierba! Hasta por encima de los cuernos, querido!... ¡Y qué hierba! Sabrosa, fina, dentellada, constituída por mil plantas... ¡Diferencia del césped del cercado! Pues, ¿y las flores?... ¡Grandes campanillas azules, digitales purpúreas de largos cálices, todo un bosque de flores silvestres llenas de jugos bien olientes y que se subían a la cabeza!

La cabra blanca, medio borracha, revolcábase allá dentro patas al aire y rodaba a lo largo de las escarpas, revuelta con las hojas y las castañas caídas... Luego, de un salto, se ponía en cuatro pies, de repente; y cátatela disparada de cabeza, a través de brezos y chaparros, ya en lo alto de un picacho, ya en el fondo de una torrentera, arriba, abajo, por todas partes... Hubiérase dicho que en la montaña había diez cabras del señor Seguin.

Y es que a nada tenía miedo la Blanquita.

Pasaba de un salto grandes torrentes que la salpicaban de húmedo polvo y espuma. Entonces, chorreando toda, iba a tumbarse a la larga sobre una roca plana y poníase a secarse al sol. Una vez, al avanzar hasta el borde de una meseta, con una flor de citiso entre los dientes, vió abajo, allá abajo, en el llano, la casa del señor Seguin con el cercado de atrás. Eso la hizo reir hasta llorar.

—¡Qué pequeño es todo eso! —dijo.— ¿Cómo habré podido caber allí dentro?

¡Pobrecilla! Al verse encaramada tan en alto, creíase por lo menos tan grande como el mundo...

En resumen: aquel fué un gran día para la cabra del señor Seguin. A la mitad de él, mientras corría a diestro y siniestro, vino a dar con una manada de gamos dispuestos a mascar con buen diente una lambrusca. Nuestra pequeña andariega de traje blanco, produjo gran impresión. Diéronla el mejor sitio junto a la lambrusca, y todos aquellos señores estuvieron muy galantes... Hasta parece ser —quédese esto entre nosotros, Gringoire— que un joven gamo de pelo negro tuvo la buena suerte de agradar a Blanquita. Ambos novios se perdieron una o dos horas entre el bosque; y si quieres saber de lo que trataron, anda y pregúntaselo a las parleros arroyos que corren invisibles por entre el musgo.

De pronto refrescó el viento. La montaña se puso de color de violeta: era la noche.

—¡Ya! —dijo la cabrita; y se detuvo muy pasmada.

Allá abajo, la campiña estaba envuelta en brumas. El cercado del señor Seguin desaparecía entre la niebla, y ya no se veía más que la techumbre de la casita, con un poco de humo. Oyó las esquilas de un rebaño que iba a recogerse en el redil, y sintió profunda tristeza en su alma... Un gerifalte, de regreso, la rozó con las alas al pasar. Estremecióse ella... luego oyó un aullido en el monte.

—¡Guau, guau!

Pensó en el lobo; la loquilla no había pensado en ello en todo el día... En el mismo momento sonó muy lejos, en el valle, una trompa. Era que el bueno del señor Seguin intentaba el último esfuerzo.

—¡Guau, guau!... —decía el lobo.

—¡Vuélvete, vuélvete!... —gritaba la trompa.

Ganas le dieron a Blanquita de volverse; mas, al recordar la estaca, la soga, el seto vivo del cercado, pensó que ahora ya no podría acostumbrarse a aquella vida, y que más valía quedarse en el monte.

Ya no sonaba la trompa...

La cabra oyó tras de sí un ruido de hojas. Volvió la cabeza y vió entre la sombra dos orejas cortas y tiesas, con dos ojos relucientes... Era el lobo.

Enorme, inmóvil, sentado sobre el cuarto trasero, estaba allí mirando a la cabrita blanca y saboreándola de antemano. Como sabía bien que se la comería, el lobo no se apresuraba; solamente cuando ella se volvió, rióse él con sarcasmo.

—¡Ja, ja! ¡La cabrita del señor Seguin!

Y se pasó la gruesa y roja lengua por sus labios suaves como la yesca.

Comprendió Blanquita que estaba perdida. Al recordar un momento la historia de la vieja Renata, que se había batido toda la noche para ser devorada por la mañana, díjose que quizá fuese mejor dejarse devorar en seguida; luego, cambiando de parecer, se puso en guardia, con la cabeza baja y los cuernos hacia adelante, como una valiente cabra, que era la del señor Seguin; y no porque tuviese esperanza de matar al lobo —las cabras no matan a los lobos,— sino nada más que por ver si podría resistirse por tan largo tiempo como la Renata...

Entonces avanzó el monstruo, y los cuernecillos entraron en danza.

¡Ah valerosa cabrita; con qué bríos acometía! Más de diez veces —no miento. Gringoire— obligó al lobo a retroceder para tomar aliento. Durante esas treguas de un minuto, la golosuela cogía a escape otra brizna de sus caras hierbas; después, tornaba al combate, llena la boca... Aquello duró toda la noche. De vez en cuando, la cabra del señor Seguin miraba danzar a las estrellas en el claro cielo, y decía para sí:

—¡Oh! ¡Con tal de que resista hasta el alba!...

Apagáronse las estrellas una tras otra. Blanquita redobló las cornadas, y el lobo los mordiscos... Un resplandor pálido apareció en el horizonte... Desde un cortijo subió el cántico de un gallo enronquecido.

—¡Al fin! —exclamó el pobre cuadrúpedo, que sólo al día esperaba para morir; y tendióse en el suelo, con su hermosa piel blanca, toda manchada de sangre...

Entonces el lobo arrojóse encima de la cabrita y se la comió.

¡Adiós, Gringoire!

La historia que has oído no es un cuento de mi invención. Si alguna vez vienes a Provenza, nuestros caseros te hablarán a menudo de *la cabra del señor Seguin, que se batió toda la noche con el lobo, y al cabo, por la mañana, el lobo se la comió.*

Oyeme bien, Gringoire: *E pieu lon matin lon loup la mange.*



EL VIEJO BIBLIOFILO

Cierta mañana de primavera caminaba yo vagarosamente por los estrechos senderos de uno de esos bosquecillos que son en las afueras de toda gran ciudad lugares de reposo para los cuerpos y las almas fatigados. Fatiga de cuerpo y alma, escepticismo, tristeza, llevaba conmigo. Era entonces el tiempo en que las adversidades me sorprendieron desposeído de un ideal bastante fuerte para afrontarlas. Aquella mañana, bajo el cielo de claro azul, sentía un aquietamiento plácido, una bienhechora laxitud espiritual. A veces, envuelto en una rayada solar, me detenía con los ojos entornados, para gozar la caricia tibia con una sensación voluptuosa que era olvido, abondono de la tierra, transfiguración.

Al volver un recodo, en mi ruta incierta, dejé de hallar solitario el camino. En lo mediado de la vereda, un anciano y una joven se habían detenido, tan absortos en sí mismos, que no sintieron mis pasos. Intentaba el anciano descender por un declive casi vertical, lleno de sarmientos, zarzas y maleza; la joven, desde el sendero, le sujetaba una mano y con vehemencia disuadíale de su propósito. Al acercarme ví en el fondo de un pequeño foso, enganchado en unos ramajes, un libro de antigua traza. De un salto llegué junto a él, y unos instantes después lo devolví a su dueño. Un suspiro de alivio dilató el pecho del anciano.

— Muchas gracias, caballero — exclamó jadeando un poco mientras revisaba el libro ansiosamente. — ¡Si usted supiera cuánto se lo agradezco! Hubiera sido una desgracia perderlo. Todo por esta descuidada, que lo ha dejado caer. No llevarás nunca mis libros, no mereces llevarlos, no eres digna de ellos.

— Es la primera vez que sucede, papá — se disculpó confusa.

Bajo mis ojos, que se deleitaron un momento en la dulzura de los suyos, la joven se sonrojó aún más. Deseando calmar el enfado del anciano, pregunté:

— ¿Tiene gran mérito ese libro?

La fisonomía del desconocido se transformó. Sus mejillas, tersas a pesar de la edad, coloreáronse.

— Mucho, caballero, muchísimo. Es un ejemplar extraordinario; las "Odas de Horacio", con notas marginales de Luis Vives, a quien perteneció. ¡Una joya! No lo daría por nada. ¡Y pensar que si no es por usted, acaso no lo tuviera! ¡Qué desastre!

— *¿Quis desiderio sit puder aut modus-tamcari capitis?* — murmuré, sonriendo.

— ¡Cómo! ¡Conoce usted al poeta! Entonces ha sido él, su espíritu, el que le ha hecho llegar tan a tiempo — exclamó radiante.

Y después, contemplando las páginas del abierto volumen, añadió:

— ¡Ah, Horacio! Yo podría recitar mil veces tus versos y siempre temblaría con la emoción original. ¡Divino poeta!

Fué a cerrar el libro, y su hija le sujetó vivamente las manos.

— ¡Quieto, papá, que vas a matarla! Mira: una vaquita de San Andrés.

Por una de las hojas trepaba el insectillo, con su brillante caperuza roja esmaltada de puntitos negros.

— Una Mariquita, un *Coccinella variabilis* — dijo el anciano. — Ha querido leer también al poeta. ¡Fuera, marisabidilla! Vuele usted; váyase a beber su rayito de sol, que es la poesía de Dios.

Sacudió el libro, y el insecto extendió sus alitas transparentes, sin que el anciano, que reía como niño, dejase de mirarla.

— ¡Papá, por Dios!... — murmuró la joven, azorada.

— Es verdad... Dispénseme, caballero. Soy un poco inocente. ¡Siempre entre libros! Además, con usted tengo confianza; no en balde me ha devuelto mi Horacio. Será usted mi primer amigo.

Y al tiempo de ponerme en marcha, murmuró por lo bajo:

— El primero, no; pero casi casi. El primero...

Contempló de nuevo el viejo tomo, y con voz apenas perceptible, recitó este verso de Ovidio:

¡O mihi post ullos nunquam memorande sodales!

Pronto me unió con don Luciano, el viejo bibliófilo, un cariño profundo. Le visitaba todos los días. Anita, su hija y a la vez su compañera y auxiliadora, solía estar en el despacho. Cuando yo llegaba retirábase y nos dejaba entregados a pláticas inacabables. La balumba desordenada de los libros que colmaba una sala espaciosa, conoce los lamentos de mis horas amargas y desilusionadas. Don Luciano y yo estábamos un poco fuera de este mundo, con la diferencia de que en él todo era fe y en mí todo era desesperanza. Mis quimeras, el obsesionante anhelo de la felicidad inalcanzable le desconcertaban. Quiso curarme con máximas de los varones inspirados y con normas de los filósofos estoicos, sin comprender que únicamente un remedio vivo podía curarme.

—¡Eres imposible, muchacho, imposible! —gritaba don Luciano.—La felicidad consiste en ser feliz; sí, señor, aunque te rías; en ser feliz, y se puede ser feliz con muy poco. Todas esas dichas que tu ansías, las encuentro yo en mis papelotes; como las encuentra el bebedor en el vino. Consiste sólo en la conformidad, en la limitación, en ser humildes y creer que Dios ha puesto en su obra bondad bastante para no hacer infelices premeditadamente a hechuras indignas como nosotros.

Eran discusiones sempiternas que se renovaban con *ritornello* invariable. Enzarzados estábamos en una de tantas, cuando una tarde, casi anochecido, entró Anita para anunciar a su padre que deseaban verle unos caballeros. Salió don Luciano, y en tanto volvía, ella quedó acompañándome.

—Otra vez riñendo, ¿verdad? —me preguntó.

—No reñimos, señorita, ni reñiré jamás con don Luciano —respondí.

—Pero no se ponen de acuerdo, que viene a ser lo mismo. La culpa es de usted, lo sé. Papá me cuenta todo. Le tiene usted preocupado con ese empeño tan raro.

—No es ninguna rareza el deseo de tener ideales, señorita —contesté un poco molestado.—Yo compadecería con toda mi alma a quien no los tuviera; a usted misma, si se halla en ese caso.

—Pues no me compadezca. Tengo ideales, pero hasta que se cumplan, aguardo.

—¿Tranquila?

—Tranquila.

—¿Feliz?

—Feliz. Yo también soporto eso que usted llama la igualdad de los días, que yo no encuentro tan desesperante. Los paso muy entretenida. Me levanto temprano, voy a misa, comulgo.

—¿Con fe?

—Ya lo creo, y muy grande. Después vuelvo a casa, arreglo todo, ayudo a papá, viene usted, se encierran y me dejan puerta afuera, coso, veo a mis amigas si me visitan, me acuesto y me duermo hasta que me despierto.

—¿Para empezar lo mismo?

—Muy a mi gusto.

La fácil adaptación de aquella muchacha inteligente y bonita me dió pena. Hubiera querido verla menos sumisa, un poco atormentada por ansias interiores. Con el deseo de suscitar en ella una inquietud, le dije:

—Conserva usted el culto a Dios, en el que yo también creo, y los cultos familiares, de los que yo carezco. Eso es algo, sí; mas, ¿no ha pensado nunca en las horas que pasan, en la vejez?

—Algunas veces, y me hace poca gracia, lo declaro. Pero dígame: ¿Es que si pienso sus desatinos no seré nunca vieja? Yo creo que sí, más pronto; vieja y loca.

Me dejó atontolinado con sus simples razones. Por fortuna, entró en aquel momento don Luciano.

—Estoy curando a tu amigo —dijo Anita.

Su padre apenas la hizo caso.

El destino hizo que los días de Anita dejaran de ser iguales. Don Luciano murió. Sin dolor, sin sufrimiento, lleno de pureza, le llegó el sueño definitivo y eterno. Para Anita era el amor, único y absoluto, que se iba; para mí era un golpetazo más de la fatalidad, un cariño que me abandonaba para siempre, como tantos otros.

Fué necesario poner en orden algunos asuntos que don Luciano, poco afincado en las realidades terrestres, tenía en completo abandono. En su testamento me dejó el encargo de inventariar sus libros, el amor de sus amores, para que su hija pudiera saber con certitud la riqueza que, año tras año, se había ido amontonando en los atiborrados plúteos de la biblioteca. La ocupación estaba llena de atractivos para mí, y comencé a trabajar en seguida. Pasaba la mayor parte del día encerrado en aquel lugar de tan gratos recuerdos. Anita me prestaba un auxilio inestimable. Ibamos vaciando los anaqueles y estableciendo fechas, órdenes, categorías. A veces, cuando yo me engolfaba en la lectura de algún incunable, de algún becerro, de algún libro de privilegio, la huerfanita sentábase un poco alejada, silenciosa y quieta. Si mis ojos se alzaban de las páginas, hallaban siempre la mirada inefable de sus ojos, y era la sonrisa que entreabría sus labios un envío de aliento de inexplicable fortaleza, que ahuyentaba en mí la fatiga. Una vez, como yo perseverase con ahinco y sin fortuna en desentrañar una inscripción de latín arcaico, me quitó suavemente el libro de las manos.

—No trabaje tanto, no se canse —me dijo.

Y en seguida, con temor, con pesadumbre, dejando escapar un cuidado interno que la desasosegaba, exclamó:

—¡Cómo se sacrifica usted!

—¿Sacrificarme? —respondí asombrado.—¿Por qué?

—Es tan penoso ese trabajo... Tiene usted que hacer todos los días lo mismo, siempre lo mismo.

Sí, era verdad. Todos los días iguales, monótonos, pero yo sufría cuando llegaba la noche y gozaba cuando el sol salía; todos los días iguales, pero todos ellos con una dicha que, siendo semejante, era diversa a cada matiz de voz, a cada sonrisa, a cada mirada. Yo debí decirle esto, pero fuí cobarde y seguí mi trabajo. Así mucho tiempo, bajo la vigilancia severa de una parienta lejana, que vivía con Anita, continuamos nuestra labor hasta que pusimos las manos en el último estante. Entre los libros que de allí sacamos había un viejo devocionario, con el texto hebreo de los Salmos davídicos. Al abrirlo, Anita lanzó una exclamación de asombro:

—¡Una carta de papá!... ¡Es para nosotros!

La sorpresa nos dejó atónitos y suspensos. En el sobre, con la letra clara de don Luciano, estaban escritos nuestros nombres. Temblando, con un vago temor de misterio, abrí la carta, y con las cabezas casi unidas, leímos estas palabras:

"Cuando lleguen estas líneas a vuestras manos, habrá pasado el tiempo sobre vosotros. Dios lo habrá hecho todo.

"Hija mía: Recuerda siempre lo que tantas veces te dije. Se debe vivir de una sola manera: generosamente dando felicidad a quien la necesita, sin reservarse jamás, que la avaricia de los bienes de Dios los corrompe, como se corrompía el maná, gracia divina, en los odres de los israelitas codiciosos.

"Y tú, constante torturado, si quieres encontrar lo que buscas, hazte dueño de un corazón, y serás lo mismo que si fueras dueño del mundo. El mundo no es más que una multitud de corazones. En uno solo hallarás amor, odio, grandeza, miseria, todas las pasiones humanas. Serán pequeñas, diminutas, pero no te importe, que si quieres conquistar el mundo y al fin lo consigues, puede que no te parezca mayor que un solo corazón".

Cuando terminamos de leer, Anita, junto a mí, era toda ella un púdico temblor. ¡Voz inefable que llegaba de lo eterno, trayendo calor a mi alma! ¡Dulce alivio de mis cuitas y pesares! ¡Hora celestial en que sentí sobre mi pecho los latidos de un corazón que ya era mío!

JOAQUÍN ADÁN.



Nuestras Oficinas

¡Si soy muy desgraciado! ¡Si lo que me pasa a mí no le pasa a ningún nacido!

¡Y después extrañarán algunos que hable mal de nuestras oficinas y del demonio que se.

En fin, van ustedes a ver.

Yo creo cumplir fielmente las ordenanzas municipales; yo lleno el padrón con la mayor honradez posible cuantas veces lo exige el municipio, que no son pocas; yo saludo al alcalde de barrio siempre que lo veo, y hasta suelo preguntarle por la familia; no me atrevo a escupir en la calle por no provocar el desagrado de la pareja urbana, y voy pisando los adoquines con tanta delicadeza como si fuesen pedazos de mi corazón; y, sin embargo...

Sin embargo, la autoridad municipal me citó en debida forma un día, a fin de que concurriese a la alcaldía del distrito, "sin pretexto ni excusa de ningún género", a las once y media en punto, para responder de faltas de policía urbana, por mí cometidas: "bien entendido, que de no verificarlo, se me pararía el perjuicio, etc., etc."

Y allá me fuí todo tembloroso, porque tengo muy mala suerte, como llevo dicho.

—¿Qué faltas habré cometido yo, Dios de Israel?

—iba pensando, mientras enderezaba mis pasos a la "casa del pueblo" (que no es tal "casa del pueblo"), pero vamos al decir.—¿De qué delito se me acusará? ¿Constituirá una falta de policía urbana, esta opinión desfavorable que tengo yo acerca de nuestras oficinas? Yo no creo haber arrojado a la calle ninguna novela de López Bago... ¿Pues entonces?

Abrumado por el peso de estas reflexiones, a las once y media en punto pisaba los umbrales de la alcaldía.

Un portero, en traje de casa, discurría por el portal, con las manos cruzadas sobre la espalda y la mirada fija en el suelo.

Me acerqué respetuosamente...—¡Yo les tengo un miedo a los porteros!...

—Estoy citado—me atreví a decirle.

Miróme de hito en hito el funcionario de escalera abajo. Después, haciendo un gesto, como quien tiene un dolor de muelas y no se decide a sacárselas, murmuró:

—Váyase usted a la cola.

Que era casi tanto como mandarme a freir espárragos, o a otra cosa peor.

Entonces dirigí una mirada en torno mío, y pude convencerme de la gravedad de las circunstancias.

En correcta formación hallábanse en el portal hasta treinta personas de diferentes ramos; carboneros auténticos, es decir, manchados; mozos de caballeriza, ídem de cuerda; matronas más o menos limpias, traperos de ambos sexos, buñoleros ambulantes, un aguador, y un burro joven. El burro, y bueno será que lo consigne aquí, se había quedado en la calle por el bien parecer.

Yo me coloqué detrás del aguador, que es poco más o menos el lugar que en la sociedad ocupamos los escritores públicos, y tan próximo a él, que hubiera bastado un movimento "instintivo" de sus robustos pies para despedazarme.

Sus borceguíes, aquellos dos monstruos de cordobán con fauces de hierro, que diría un poeta de la clase de merluzas, de todos conocida, me amenazaban de muerte.

Pero no divaguemos como el poeta.

Sonaron las doce en el reloj de los tiempos, que era a la vez reloj de la alcaldía, y un trapero vehemente comenzó a impacientarse.

—Ya han dado las doce—gritó—y tengo sin escoger los trapos, que son mi alimento, como quien dice.

—"Paciencia"—contestó sentenciosamente el portero.

—Nos ha "fastidiao"—replicó una de las matronas peor vestidas.

Un murmullo de aprobación acogió esta protesta, expresada en términos tan sencillos como elocuentes.

Media hora después llegaba a nuestro oído una voz agridulce lanzada desde lo alto de la escalera, por un municipal revestido, que parecía un cínife.

—Que vayan subiendo, dijo.

—Limpiarse los pies—añadió el portero.

—No "arrempujar"—exclamó el aguador, soltándome un codazo, que me pareció el derrumbamiento de la catedral de Sevilla.

Y comenzamos a subir aquellas gradas, que a mí se me antojaban las del cadalso.

—¡Dios mío! ¿Qué habré hecho yo sin saberlo?—seguía murmurando, mientras me dejaba conducir como en volandas, por el vigoroso empuje de aquella multitud, compañera de infortunio.

Ya en lo alto de la escalera, el municipal de la voz casi dulce, paseó su mirada escudriñadora por la apretada fila, y dijo:

—"Siéntense" ustedes. ¿Traen ustedes las papeletas de citación? ¿Están ustedes citados para el día de hoy? ¿Hay alguno que "haiga" sido citado y no "haiga" venido?... A ver si se corren ustedes a la derecha para que quepan todos.

Un momento después, la puerta de la oficina giró sobre sus goznes, y un nuevo municipal apareció ante nosotros, exclamando con voz estentórea:

—Que pase el que esté primero.

El aludido traspuso los umbrales y desapareció tras una cortina que ocultaba a mi anhelante mirada aquel severo tribunal, árbitro de mi futura suerte.

Cuando llegó mi turno eran las doce y media.

—¿Trae usted papeleta?—me preguntó el municipal del bronco acento.

—Hela aquí.

—Venga—dijo arrebatándomela de las manos.

—¡Por Dios! ¡No me pegue usted, que soy muy poca cosa!—estuve a punto de decirle

Pero guardé silencio, enjugándome el sudor que surcaba mi frente.

—Pase usted—siguió diciendo el incontrovertible funcionario.

Obedecí sumiso: el corazón latía con violencia... ¡Iba a conocer la enormidad de mi crimen!... ¡Qué emoción la mía!

El municipal me condujo a una habitación decentemente amueblada, con puerta al foro, una ventana en segundo término, varios cuadros, mesa con recado de escribir, etc.

Allí permanecí unos cinco minutos a solas con mis negros pensamientos, hasta que vino a sacarme de mi abstracción el acento circunflejo de un nuevo empleado, para decirme:

—Vamos, pase usted; ¡de prisa!

Seguíle maquinalmente, y pronto me hallé en una espaciosa sala...

¡La sala del tribunal... ¡Oh!

Allí estaba la autoridad; grave, severa arrellanada en un precioso sillón, forrado de terciopelo carmesí.—¿Era carmesí? no recuerdo bien...—A su izquierda, un funcionario decentemente vestido, hojeaba unos papeles.

ESCENA ULTIMA

La autoridad, el funcionario y yo

Funcionario (leyendo).—"El guardia Fulano de Tal, de servicio en... da parte de que D... (Aquí mi nombre) domiciliado en... vierte la espuerta en la vía pública".

Autoridad (sonriendo).—¡Hombre! Aquí debe haber un error. Yo no creo que este caballero vierta...

Yo.—¿La espuerta? Todavía no, señor alcalde, pero sigo la carrera.

Autoridad.—¿Cómo?

Yo.—Quiero decir, que al paso que vamos, tendré que verterla el mejor día, porque soy escritor.

Autoridad.—Ha sido usted citado indebidamente por lo que veo, y siento mucho.

Yo.—No lo sienta usía. ¿Qué le hemos de hacer? Es que me persigue mi mala estrella. Yo he nacido para andar por las oficinas, como otros nacieron para párrocos o para individuos de la sociedad geográfica...

Autoridad.—Bien, pero...

Yo.—Nada; yo me voy muy contento, porque peor hubiera sido, que, además de traerme aquí y hacerme perder dos horas entregado al brazo secular del Ayuntamiento, me hubieran pegado los municipales de la puerta, y me viese, además, condenado a dos o tres años de presidio.

Autoridad.—La falta existirá, sin duda; pero ha debido cometerla otra persona.

Yo.—Sí, señor; habrá sido mi criada, pero es lo mismo.

Ya me voy acostumbrando a mi sino fatal, y créalo usía, yo no acabo bien. El día menos pensado me hacen responsable de las irregularidades cometidas en Cuba, y tengo que irme allá desde casa.

Autoridad.—Puede usted retirarse, y luego me envía a su criada para reprenderla.

Yo.—Será usía complacido.

Afortunadamente, el alcalde de mi distrito discurre como un hombre—rara avis,—y mis disgustos no tuvieron por entonces mayor trascendencia.

Pero mucho me temo que el municipal, al ver defraudado su celo, haga correr por ahí la voz de que yo vierto la espuerta todas las mañanas, y además de perder mi reputación de persona decente, me condene otro alcalde menos discreto a andar errante por las oficinas, lo cual sería peor cien veces que si me condenaran a cadena perpetua.

LUIS TABOADA.



En el gabinete de la manicura

I

En el gabinete de la manicura,
tu mano graciosa,
tu mano preciosa,
tan casta, tan pura,
tan linda, tan breve,
sobre la blancura
del cojín de seda bordado de rosa,
es como una rosa en la rosaleda;
rosa sobre rosa, nieve sobre nieve,
seda sobre seda.

¡Qué suave dulzura
la de la blancura
de tu primorosa
mano en la tersura
del cojín de rosa!

El codo apoyado
sobre la blandura
del cojín de seda,
tu brazo enarcado
es como el divino cuello torneado
del cisne de Leda.

¡Qué linda escultura
la de tu figura
en el gabinete de la manicura!

II

En el gabinete, tras de los cristales
llenos de rosales,
la tarde moría
en un dulce ocaso de melancolía,
que hacía más dulce y más desvaído
el balcón cerrado y el estor caído.
Un raro cernido
por entre el encaje
de los cortinones
llenaba tu traje
de anchos medallones
de luz; encendía
con vivos reflejos la cristalería;
besaba su cuello, besaba su frente;
sobre el transparente
cristal del tablero,
la pasta de fresas al sol refulgía,
como en un joyero
refulge el tesoro de la pedrería.
Todo relucía,
todo sonreía,
todo era alegría...
Tus ojos, tu boca...
Tu divina boca reía, reía,
una risa loca
de coquetería.

III

Reías, reías,
y es porque querías
con tu risa loca
borrar los agravios
que dijo tu boca,
la frase imprudente
que inconscientemente
se fué de tus labios...
Por eso tu boca reía, reía,
una risa falsa de coquetería,
una risa loca...

De pronto, la risa se apagó en su boca.
Sobre las sutiles randas del encaje
de tu lindo traje,
el rayo de oro se desvanecía;
la tarde moría
en un dulce ocaso de melancolía.
No sé qué pensaste
de mí. Me miraste
con una mirada
dulce, apasionada,
y, sin decir nada,
pusiste en mis labios tu mano de seda.
y yo, dulcemente,
deliciosamente,
besé el pulimento de una uña rosada
que era como el pico del cisne de Leda.

¡Qué dulce tortura
me dió tu hermosura
en el gabinete de la manicura!

Pedro Mata.



Recorte este aviso en la línea punteada y consérvelo; forma parte de una colección de láminas con costumbres Nacionales



PUNTA ARENAS, Estrecho de Magallanes. Copia de fotografía tomada por el señor Blas L. Dubarry en su último viaje a Tierra del Fuego.

AGUAS DE COLONIA

Destiladas sobre flores.

Duc Kendal Le Sancy Nora

Polvo de Nieve



LE SANCY

Con este nuevo y admirable producto de tocador, la belleza femenina obtiene un auxiliar poderoso para su realce y conservación, pues las cualidades que posee dan al rostro una suavidad encantadora.

PRECIO: $ **1.70** LA CAJA.





NOTA: Estos precios de venta para las AGUAS DE COLONIA rigen solamente en la capital. Para el interior se aumentan 20 centavos los frascos grandes, tamaño de un litro, y 10 centavos los demás.

«NORA»
Extrafina
Frasco grande. $ **7.50**
» medio . » **4.50**

«KENDAL»
Exquisita y suave
Frasco grande. $ **5.80**
Loción .... » **3.60**

RECOMIENDO muy especialmente la ventaja que reporta devolver los frascos vacíos, por los cuales las casas de venta abonarán los precios que se indican en cada frasco.

«LE SANCY»
Simple. Ideal para el baño
Frasco grande........ $ **3.70**
» medio........ » **2.20**
» cuarto........ » **1.50**
» chico........ » **0.45**

AMBREE
Deliciosa para el tocador
Frasco grande....... $ **5.70**
» medio........ » **3.30**
» cuarto....... » **2.—**
Loción............... » **2.90**

«DUC»
Unica por su delicado aroma
Frasco grande....... $ **5.80**

PIDA ESTOS PRODUCTOS EN TODAS LAS FARMACIAS, TIENDAS Y PERFUMERIAS DE LA REPUBLICA.

Medrano, 476 - **BLAS L. DUBARRY** - Buenos Aires

TALLERES GRÁFICOS DE CARAS Y CARETAS